

Confesiones de un Croupier

La Historia Secreta de los Juegos de Azar, vista desde el ángulo de la Banca, y revelada aquí por primera vez a través del vívido relato de uno de los más grandes "croupiers" del mundo: Paúl de Ketchiva.

Capítulo I - Secretos de Monte Carlo (1)

Cuando un Príncipe Real ganó en la ruleta 2.000.000 de francos. Se me ofrece una fortuna por estafar al Casino.

Capítulo II - Secretos de Monte Carlo (2)

El misterio del Club "V". El Príncipe de Mónaco no era jugador.

Capítulo III - La Mujer y el Azar

Una Baronesa me ofrece su mano si la dejo ganar 1.000.000 de francos. Cuando Eleonora Duse abandonó para siempre el juego.

Capítulo IV - La Realeza alrededor de la Bolilla de Marfil

El Príncipe de Gales era un esclavo del azar. Los Reyes de España en San Sebastián. Un suicidio dudoso.

Capítulo V - Los Garitos de París

Como se jugaba en el Cercle Hausmann. André, rey del juego de París. El "croupier" que intentó tentarme.

Capítulo VI - Quebrando la Banca

Los sistemas para quebrar la banca. El "infatigable" método de un rey. Taures y cabalistas.

Capítulo VII - ¡Alcohol, Amor y Crimen!

La fiebre de las pasiones en los Casinos. El juego de los fulleros. Beldades ante el tapete.

Capítulo VIII - Bajo las Luces Artificiales

Un niño de seña. Esposas sin marido. Mi ayuda a los "quebrados".

Capítulo IX - El Infierno al Desnudo

Cuando un soberano inglés salvó a un Príncipe germano. Jorge V odiaba el juego. El millonario americano que secuestró a cuatro muchachas.

Capítulo X - Beldades ante el Tapete

Sara Bernhardt y su mala suerte. El mayor éxito de Isadora Duncan. La extraña historia de Madame "Seis".

Capítulo XI - La Mujer de los Ojos de Serpiente

Un complot maravilloso. El cubano millonario y estafador. El más hábil criminal de Europa.

Capítulo XII - Cannes, la Ciudad de Color de Púrpura

La aristocracia en Cannes. La gira de un yate para volar al Casino. Cuando Rodolfo Valentino libró del suicidio a una dama.

Capítulo XIII - Testas Coronadas frente al Paño Verde

Los reyes de Bélgica. La mala suerte de Carol de Rumania y Mme. Lupescu: Intentos de asesinato.

Capítulo XIV - Monte Carlo, la de las "Gangas Subterráneas"

Tahures en los trenes nocturnos. Las mujeres vampiros. El "Palacio del Diablo" de los Sátiros.

Capítulo XV - Jugadores y Prestamistas

La mujer que empeñó a su hijo. La brigada de "Poste Restante". La joven rescatada de la Trata.

Capítulo XVI - Cae la Banca de Monte Carlo

La Baronesa que quebró la banca dos veces en una noche. Sir Basil Zaharoff ofrece comprar Monte Carlo. La suerte de Josefina Baker.

Capítulo XVII - Reinas y Ruletas

Una reina de España. La dama que se "desmayó". Realeza de Italia, Yugoslavia y Bélgica.

Capítulo XVIII - Picaros y Criminales

"Barba Azul" Landrú en Monte Carlo. Cuando Mata Hari hirió a un oficial ruso. Oscar Wilde.

Capítulo XIX - Reyertas en los Casinos

La mujer que peleó a cuchilladas. El hombre que quiso asesinarme. El chino y el hindú. El "siete" trágico.

Capítulo XX - La Historia Secreta de Monte Carlo

Espías arrestadas en Monte Carlo. La mujer que prefirió la muerte. El intento de extorsionar a un Emperador. Conclusión.

Me parece que fue Talleyrand quien dijera: "De todas las emociones humanas, ninguna es tan fructífera en vilezas e inmoralidad como el juego". Jamás fueron pronunciadas palabras tan certeras. El juego nada rinde ni nada trae en su camino que no sea muerte, deshonor y el descuidado quebrantar de los diez mandamientos... y también del undécimo, que consiste como ustedes saben en: "Jamás te hallarás a ti mismo....".

Últimamente se ha vuelto una costumbre entre los jugadores -cuando pierden- el sentarse y ponerse a escribir para el público, omitiendo referencias a tales pérdidas, pero haciendo sí, grandes gestos sobre la suma total de sus ganancias, y dando, de tal modo, la falsa perspectiva de que una fortuna está aguardándonos sobre las mesas de juego de cualquier casino internacional; esperando a quienquiera que se decida a venir y recogerla. Por mi parte diré, yo que he sido croupier cerca de quince largos años, y lo diré enfáticamente, que cualquiera que piense en visitar un Casino, ganar una fortuna -y mantenerla- está viviendo en un paraíso de tontos. Desde luego que Ud. puede ganar una fortuna en un golpe -en una sola vuelta de la ruleta- pero tan seguramente como el mundo gira sobre su eje, así un día Ud. regresará a las mesas -y perderá esa fortuna, probablemente con intereses-. Ha sido probado, una y otra vez, y yo como croupier con años de actuación estoy aún por ver al hombre afortunado que logró llevarse una fortuna del Casino... y mantenerla.

El jugador puede que no retorne y pierda en la misma mesa, o en el mismo Casino, pero a semejanza del dinero mal habido, las ganancias del juego están malditas, y el jugador que las logra, tarde o temprano las perderá en su nueva tentativa frente al azar. No son éstas mis simples presunciones, sino hechos; cualquiera que afirme que el dinero puede ganarse fácilmente al juego es un impostor o un embaucador.

Demostrado entonces que el juego es medio-hermano del Diablo, comenzaré con mis reminiscencias: recuerdos de diez años de trabajo activo como croupier en casi todos los Casinos de Europa, desde Montecarlo a Le Touquet, sin incluir los tres años pasados en el French Air Service, durante la Gran Guerra.

Escucharán ustedes la historia íntima y completa del juego en los grandes casinos, desde el ángulo de la Banca, y a través de la observación sobria de uno de sus miembros, indiferente a las

pérdidas o ganancias, ya que para un croupier el hecho de jugar él mismo significa en los Casinos franceses su instantánea destitución.

Mi primer puesto lo tuve en el más grande Casino del mundo: Montecarlo. Y obtuve esa entrada inicial dentro del mundo del juego de una manera más bien curiosa. Caminaba un día por la Rue de Rivoli, en París, cuando reparé de pronto que frente a mí un hombre bien trajeado dejaba caer algo que semejaba un paquetillo. Recogiéndolo descubrí que se trataba de una billetera. Con paso rápido alcancé al desconocido, y le entregué el hallazgo. Agradeciéndome con efusividad, me propuso cenar en su compañía, y no teniendo nada mejor que hacer, acepté.

Por encima de una "omelette", me enteré de que mi nuevo amigo no era otro que Monsieur Jean Zumac, una de las grandes potencias de la "Société des Bains de Mer", compañía que era propietaria del Casino de Monte Carlo. Para resumir mi historia, M. Zumac recompensó mi honestidad en devolverle su cartera, ofreciéndome una plaza de "croupier" en su famoso Casino, el cual tenía por entonces el magnífico salario de 1000 francos al mes... y el franco estaba a la par...

Dos días más tarde atravesaba yo el valle en dirección a la Estación, y dejando atrás el Jardín Botánico frente al Casino, presentaba la carta de M. Zumac, a "Monsieur Le Directeur". Había esperado que se me diera un puesto junto a las mesas aquella misma noche, pero pronto me desilusioné acerca de ello, al descubrir que, por lo menos durante un mes, debería seguir un curso de adiestramiento intensivo de los misterios de la ruleta, baccarat y "chemin de fer"... desde el punto de vista del croupier. En aquellos lejanos días la "Société" tenía una escuela permanente para sus empleados del Casino en Mónaco, dirigida por instructores bien calificados. Y así durante ocho horas diarias yo me sentaba a leer, y a observar las prácticas de instrucción, de la ruleta y otros juegos similares... y se me fue iniciando en las maneras del croupier. Cómo escudriñar a los jugadores fulleros, y a los disimulados rateros que se alzan con las ganancias de otros mientras no los observan. Bastante extraño, las mujeres son las más controladas en tal sentido. Pero no entraré aquí a describir todas las trampas y trucos que se me enseñó a descubrir; más bien los haré desfilar en conexión con incidencias directas.

Vino por fin el día en que me endosé un immaculado traje de etiqueta, y conducido por el "Directeur de Salle", ocupé mi lugar en una de las ruletas más pequeñas en la sala exterior. Era ya un croupier plenamente calificado. Y de este modo, a las diez menos diez de un anochecer de febrero, y de un año que no quiero recordar, lancé a girar la rueda mágica, por primera vez en tal carácter. Lo recuerdo vívidamente aún.

Por aquellas épocas Monte Carlo era un sitio diferente al que es hoy. Con el Imperio Germano en la cúspide de su poder, y la Corte Imperial de los Zares encarnada en el tope de la ola previa a la caída, Monte Carlo era un mosaico de Reyes, Reinas, Príncipes, Grandes Duques, Barones, Vizcondes... en fin, nueve de cada diez contertulios al Casino, llevaban un título en su mano... fuera él auténtico o espúreo. Además todo el mundo tenía dinero, y sabía ingeniarse para perderlo. Hoy los únicos que lo tienen son americanos o nuevos ricos de la industria... que se ingenian para no perderlo. Y cuando lo hacen, no es de aquella manera graciosa de la vieja "noblesse", sacudiendo los hombros y ordenando otra botella de champagne por esa apenas banal pérdida de cincuenta mil francos; o si no buscando solaz entre los brazos de alguna de aquellas hermosas "demi-mondaines" que decoraban el ambiente de todas las salas de Monte Carlo.

Me agrada recordar aquellos días. Sí, era para mí un placer entonces extender hacia jugadores tan "bonvivant" como la Emperatriz Eugenia, el Conde Von Blitzer, Eleanore Duse, y el rubicundo Gran Duque Nicolás de Rusia, fichas marfileñas que totalizaban a menudo medio millón de francos. Y hablando de la vieja Emperatriz Eugenia, quien siempre visitaba Monte Carlo durante la "season", recuerdo una disputa que sostuviera con Lady Blanche Hozier, la madre política de Winston Churchill. A ambas apasionaba la ruleta, y ambas apasionaban la ruleta, y ambas eran despreocupadas ganadoras y perdedoras elegantes. En esa ocasión las dos colocaron cinco luises en pleno. Yo tiré la bolilla y un "cheval" apareció, esto es 8. Y entonces, por el azar de las cosas, la apuesta de la Emperatriz Eugenia ¿o la de Lady Blanche?, se deslizó de su posición en el "pleno"

hasta la casilla con el número 8, lo que significa una ganancia de diecisiete veces la puesta. Extendí hacia ellas sus ganancias, y ambas al unísono comenzaron a argüir cuál de las dos puestas era la que, accidentalmente, cayera sobre el número premiado.

-No, "ma chérie" -decía la Emperatriz- fueron sus cinco luises.

-Absolutamente -replicaba la suegra del entonces Canciller del Tesoro-. Fueron los suyos.

Y así prosiguió aquella fraternal disputa, a tiempo que yo vigilaba las nuevas posturas.

Un hombre de poca estatura y de aspecto típico de la región, que estaba cerca del grupo, se acercó entonces, inclinándose frente a la Emperatriz; era el Príncipe de Mónaco, un íntimo amigo de aquélla.

-¡Oh! ¡La, la! Señor Príncipe -exclamó la Emperatriz-. Usted decidirá. Lady Blanche aquí se niega a aceptar noventa luises del Casino... ¿no es eso generoso?

La dama inglesa explicó su posición e insistió también en que el Príncipe decidiera. Concordé éste en resolver la cuestión, exclamó:

-Colocaré cinco luises en la próxima tirada. Y Uds., las dos, me dirán un número... el más cercano al que salga retirará la apuesta.

La Emperatriz sugirió "pleno, rojo y tres", y Lady Blanche eligió "cheval", 8 y 9, como antes. Lancé la bolilla... y salió pleno, y sin ninguna discusión la Emperatriz tomó las ganancias tan disputadas.

No creo necesario decir que un nuevo croupier en Monte Carlo debe ser la imagen de todas las virtudes, y sobre todo estar por encima de cualquier tentación de lucro. A las veinticuatro horas de haberme hecho cargo de mi puesto de croupier, alguien llamó a la puerta de mi modesto departamento en Mónaco.

Era una mujer cubierta por un velo. Estaba yo tomando mi frugal cena, envuelto en mi bata de casa, cuando aquella mujer entró precedida por el portero. Levantándome con presteza saludé a la visitante. Aquélla se sentó, mientras el sirviente salía, y a pesar de su tupido velo, pude observar que era joven, y hermosa. Durante unos instantes divagó acerca del principal motivo de su visita, hasta que repentinamente exclamó, con una voz velada y conspiratoria:

-Monsieur, ¿le agradaría ganar cincuenta mil luises?

-¡Cincuenta mil luises! ¡Una fortuna! -Me puse de pie, observando fijamente a mi interlocutora.

Deseando que prosiguiera, asentí con la cabeza.

Entonces, sólo entonces, levantó el velo que la cubría. ¡Sacre Dieu! ... Era hermosísima, morena, de grandes ojos expresivos, y su cuerpo era mórbido y voluptuoso. Sonreía mientras mis ojos la contemplaban embelesados... Puso una de sus manos sobre la mía, acercándose de manera que su perfume sensual me envolviera, y exclamó:

-Monsieur es maravilloso.... me gusta monsieur. Su voz era suave. Me agité incómodo. No era sino un hombre, y ella, bien, ella era extraordinariamente atractiva...

-Cincuenta mil luises, -repetió, y luego como si fuese un pensamiento posterior- y nosotros podríamos hacer mucho! ...

-¿Quiere, Madame, ser más explícita? -musité.

Ella parecía reconcentrada, ahora; con un movimiento abrió su cartera y extrajo algo envuelto en seda. Apartando la cubierta, descubrió un pequeño instrumento de acero de forma oval. En voz muy baja la mujer me delineó el proyecto. Debía introducir ese pequeño aparato magnetizado dentro de la rueda de la ruleta. Tenía una especie de cubierta de goma a un costado, y podía llevarse oculto en la mano, y ponerse y quitarse con todo disimulo. Sólo tenía que ponerlo a ciertas horas, cuando la mujer y sus cómplices estuvieran frente a la mesa, y retirarlo cuando ellos lo hicieran... Por sólo aquello recibiría ¡50.000 luises! El magneto, por supuesto, haría que ciertas series de números aparecieran en cada golpe, y la banda se encargaría bien de aprovecharlos.

-Sólo durante seis días, "mon ami" -dijo la mujer- y ganaremos medio millón de francos, de los que UD. recibirá cincuenta mil. Después nos iremos y UD. estará a salvo.

Era un proyecto ingenioso, pero yo no había pasado por los altos cursos de la "Société des Bains de Mer", sin aprender que tales iniciativas invariablemente fracasaban. Mi cerebro funcionó con

rapidez. Tenía aquí una oportunidad para establecer frente al Casino, una reputación de croupier insobornable. Decidí jugar contra esa banda y hacerles atrapar. La mujer me observaba.

-Acepto, Madame -dije con lentitud.

Se levantó de un salto, y me besó cálidamente en los labios, a tiempo que me pasaba el pequeño aparato.

-¿No lo olvidará, querido? Esta noche... -y tras de sonreírme de nuevo se marchó.

Después de vestirme con precipitación me dirigí al Jefe de Seguridad del Casino, y en el aislamiento de su gabinete le relaté cuanto había ocurrido.

Permaneció un momento silencioso, pero después de recibir el magneto de mis manos dijo:

-Ha prestado UD. un gran servicio al Casino, y ello no será olvidado. Puede dejar todo el asunto a mi cargo.

Esa noche cada uno de los componentes de la gavilla fue detenido en las puertas de entrada, y con el pretexto de que había algo dudoso en sus pasaportes, (todo aquel que entra al Casino de Monte Carlo debe enseñarlo y llenar un formulario), se les sometió a un interrogatorio. Casi en seguida una pareja de gendarmes los sacó del edificio, y ya que sus planes pudieron perjudicar al Casino, fueron escoltados hasta la Estación, y enviados a Francia, donde la policía de aquel país estaba notificada de su arribo. Esa misma noche el Director del Casino mandó a buscarme, y me hizo entrega de cinco mil francos en nombre del mismo "por servicios prestados".

Para retener sus empleos los croupiers tienen que ser, si no enemigos de la mujer, a lo menos muy poco sensibles a sus encantos, ya que durante la temporada se ven rodeados por las atenciones de los más bellos e inescrupulosos ejemplares de la tierra. En ciertas ocasiones se ve precisado uno a ser positivamente rudo para lograr su seguridad.

Mientras se regresa a casa desde el Casino, después del trabajo frente a las mesas, una mujer bonita y maravillosamente arreglada, lo detiene y solicita ayuda. Ha sido insultada -se busca con la vista al villano en derredor- que ha desaparecido. La belleza se torna fraternal; ella es bastante consciente de que uno es croupier, y antes de mucho está intentando que se traicione la confianza del Casino en su favor. Y el aspecto extraordinario acerca de muchas de estas tentadoras es que, fuera de Monte Carlo, son verdaderos modelos de virtud.

Tienen una idea peculiar de que el croupier puede "arreglar" la ruleta o las cartas, y de hecho siempre lo hace en favor del Casino. Por supuesto que el juego en el Casino de Monte Carlo es absolutamente limpio y honesto, pero es imposible convencer a tales mujeres de ello. Piensan que es bastante legítimo intentar fascinar a un croupier con sus incuestionables encantos, a fin de que altere los números o los colores en favor de sus apuestas. Muchas piensan que siendo hombres, se lo deben en homenaje al otro sexo. Tratan de minar la honestidad de un croupier de la misma manera como se esfuerzan en que el propietario del caballo les regale boletos de la carrera.

Una mujercita muy menuda, de nobiliario título inglés por más seña, me dijo un día, cuando yo me negué cortésmente a aceptar sus favores, en pleno Casino:

-Monsieur Ketchiva, ¡UD. no es un caballero! -Me condolí de su opinión a mi respecto, pero era un empleado del Casino, y ya que debía ejercer el oficio de croupier, lo haría honestamente. Los croupiers noveles y jóvenes son siempre materia de atención de las bellas jugadoras. Una hermosísima española manifestó su disgusto cuando me trasladaron del salón exterior a aquellos del fondo conocidos como "salle privé", donde se realizaban las sesiones de más cuantía.

Ocurrió por entonces que mi hermana llegara a visitarme, y la española se las compuso para lograr su amistad, con el objeto, lo comprendí más tarde, de poder tratarme. Como amiga de mi hermana, no sospeché de ella, hasta que un día me pidió la acompañase a dar un paseo por la terraza. Fue allí donde mostró sus cartas. Por supuesto nuestra amistad quedó disuelta al instante, prohibiéndole que volviese a frecuentar a mi hermana. Esa noche vino a mi mesa y comenzó a

jugar lentamente. Perdió, y al retirarse apoyó sus manos sobre mis hombros, y cuchicheó algo a mi oído. Debo decir que fue una calificación por no haber cedido a sus encantos, pero el hecho es que hablarme en secreto en la sala de juego causó suspicacias al Director, quien mandó llamarme al instante.

Fuí relevado de mi puesto durante una quincena, de modo que las sospechas se desvanecieran, pese a que tuve éxito en hacerle comprender al Director cuál fue la realidad de lo que ocurriera. Me parece que una de las noches más emocionantes de mi carrera, fue algunos meses antes de declararse la guerra. Asumía el más apasionante interés a causa de la jerarquía de los personajes que estaban presentes. Aunque la temporada no había aún comenzado, Monte Carlo estaba ya saturado de gente aquel mes.

Estaba yo percatado de que desde aquel lugar soleado, aunque siniestro, se movían muchos de los hilos vitales en el destino de Europa; que los agentes secretos alemanes y austriacos se reunían clandestinamente en una blanca villa del Cabo Martín, y que los conspiradores realistas realizaban allí sus encuentros para discutir sus políticas de guerra, mientras en apariencia se divertían alegremente en la Riviera.

Fue esa noche que pagué dos millones de francos al Archiduque de Alemania, quien pasaba por una de esas rachas afortunadas que eran el comentario de todos. En mi mesa estaba aquella noche memorable, además del Archiduque, el General Von Kluck, a quien combatiría más tarde en el Marne, y casi haría blanco de una granada. ¡Yo, el modesto croupier que retiraba sus pérdidas en Monte Carlo! El Gran Duque Nicolás de Rusia, el Commendatore Eduardo Gaspagui, del que sabía era de la policía secreta italiana... Estaba ahí también, un poco incongruentemente, Keppo, el gran comediante vienés. Vuelvo a pensar que fue aquella noche, la noche más crítica e interesante de mi vida. Mientras cantaba las posturas hacía girar la rueda, y pagando y retirando apuestas, observaba la heterogénea masa de jugadores. El Archiduque estaba sentado cerca del Gran Duque Nicolás, a medio metro de mí conversando afablemente -los dos mejores amigos del mundo.

Como decía, el primero ganaba de continuo y a medida que la velada transcurría, iba volviéndose más temerario. Erguido a sus espaldas, estaba un hombre alto, moreno y bien plantado, el favorito del Príncipe, el Conde Von Spiel, más tarde muerto en el Somme. De vez en cuando el Archiduque daba vuelta la cabeza, y alargando la mano recibía un puñado nuevo de billetes del Banco de Francia, de su asistente. El Gran Duque estaba bastante solitario, en su sencillo traje de noche, sin una sola condecoración, mientras que el príncipe real germano lucía el deslumbrante uniforme de sus regimientos alemanes. Repentinamente el Gran Duque se levantó y palmeando al Archiduque en el hombro musitó:

-Estoy sin suerte esta noche; tú lo has acaparado todo... Me voy a buscar a las damas -refiriéndose quizá a su amante. Sonriendo, su interlocutor murmuró:

-Las encontrarás tan esquivas como "Madame Chance".

-Quizás... Pero es un placer perder frente a una mujer -replicó el Gran Duque, y salió de la sala.

Durante más de una hora continuó jugando el Archiduque, hasta que llamado por una dama, se levantó anunciando que iría a bailar a Hotel de París, hasta la cercana madrugada. Mientras salía, reparé que el Commendatore Gaspagui recogía sus ganancias y dejaba también el Casino.

Todo ello, hizo que empezara a perderse en conjeturas, aunque reflexionando que el primero de los mandamientos de un croupier es atenerse a sus propios negocios.

La naturaleza ha sido siempre algo quijotesca, y uno de sus mayores caprichos es este pequeño principado lleno de sol, escondido tras los Alpes Marítimos, y mecido por las azuladas aguas del Mediterráneo... Mónaco, que encierra dentro de sí al más importante de sus ídolos, ¡Monte Carlo!

De esta ciudad mágica se ha glorificado y escrito tanto, que uno llega a preguntarse a veces si

merecerá otro calificativo que no sea el de "campo de juego del demonio".

Cualquiera que haya vivido allí durante cierto tiempo, como yo lo hice, no puede sino sentirse perplejo por la incongruencia de cuanto lo rodea. La belleza de su clima, sus jardines, panoramas, y también, ciertamente, el seductor exterior de uno de los sitios más saturados de vicio y delincuencia que se abre a la faz de esta tierra pecadora... Aquí, en este minúsculo principado de la Riviera, puede apreciarse cuanto de más bello nos ofrece la existencia: las más exóticas flores y mujeres, los hombres más encantadores, y todo el sin fin de cosas que tornan la vida fácil, comfortable, llena de opulencia y sensualismo.

La armazón íntegra de Monte Carlo, es una potente llamada a los sentidos -del color, olfato, tacto y emociones. Pueden hallarse aquí algunas de las "demimondaines" más bellas del universo, que nos brindan su presencia durante la época de "season"; es todo lo que brindan, por otra parte, porque más allá de sus atractivos físicos, estas mujeres encierran la más corrompida y mercenaria de las almas.

El verdadero soberano de Monte Carlo no es el insignificante y pequeño Príncipe de Mónaco, sino el dios Dinero. Todo se cotiza aquí, y la población íntegra está a los pies de quien acompañe sus deseos con alguna porción de efectivo. Pero estoy divagando. La impresión que intentaba comunicar al lector, era la de que si algún rasgo distintivo tiene Monte Carlo, él es, hablando con franqueza, su hermoso, sensual, lujoso, tortuoso y degenerado efectismo, cuidadosamente planeado para atrapar al incauto. Todo converge para que hombres y mujeres con dinero ensayen un sacrificio a la Diosa Probabilidad en los salones del Casino. Por ejemplo: el edificio de éste contiene un enorme teatro y salón de baile... ¡gratis! y mantenido por la «munificencia» de sus propietarios. El champaña de la mejor cosecha puede adquirirse allí más barato que en cualquier otra parte... aunque debe, por supuesto, beberse allí mismo. Puede uno ordenar una espléndida cena, maravillosamente servida, a un cuarto de su costo en los hoteles.

¿Por qué? Eso atrae gente al Casino, y una, vez allí resulta difícil resistir a, cuando menos, asistir al espectáculo del juego. Nueve veces de cada diez, quien sólo va a recrearse, no puede sofocar la tentación de jugar, y es entonces cuando pocos saben el momento exacto de abandonar...

Claro está que la Empresa vigila muy de cerca a los jugadores, y los excesos se contemplan con malos ojos. Existe un estricto código de etiqueta, impuesto por el Casino, aún en lo tocante a la vestimenta. Por ejemplo, intentar penetrar a los salones, desde las terrazas exteriores, en traje de "sport", le asegura a quién lo intente una cortés, pero indeclinable barrera frente a las puertas. Un humorista, bautizó esta escena tantas veces repetida, el "no estar a la nota para el juego". Con respecto a las toilettes femeninas existe siempre un severo control para evitar las demasiado atrevidas o llamativas.

Recuerdo aquella oportunidad en que a una de las actrices más famosas de París le fue interceptado el paso a causa de su vestido demasiado corto y descotado; se le rogó cumplidamente que regresara a su hotel, y volviera con un traje más de circunstancias. Durante la temporada no existe preocupación entre los jugadores que no se relacione con el Casino. Mientras están en el Café de París sorbiendo su "bock", sus miradas se escapan hacia el gran edificio de mármol, preguntándose quizá cuál es la clave de su secreto, o de a cuántas vidas truncadas sus muros blancos y fríos podrían referirse si gozaran de expresión.

Este edificio es en sí mismo una de las construcciones más curiosas. De sus setecientas cámaras y antecámaras, sólo un reducido porcentaje está abierto al público. Tiene la forma de una media luna con corredores intrincados, y fuera de los salones de juego hay una cantidad de estancias completamente desconocidas, y de hecho, sus entradas son invisibles. Tienen algunas de ellas un destino especial, sobre todo cuando alguien que ha perdido con exceso, extrae de pronto una pistola y hace fuego contra sí. Estos pequeños contratiempos causan un daño enorme al Casino, y resultan asombrosas las precauciones que éste toma para evitar tales incidentes.

Rememoro aquella noche en mi mesa, cuando una hermosa muchacha francesa, que acababa de perder alrededor de 10.000 francos, se levantó de su asiento, y sacando de su bolso un pequeño revólver se disparó un balazo en el corazón. No habían cesado todavía los ecos de la detonación cuando ya dos "Commissaires de Jeu" levantaban el sangrante cuerpo de la mujer, conduciéndolo fuera de la "salle" a una de esas antesalas misteriosas, mantenidas ex-profeso para tales emergencias. Todo el incidente, incluso el traslado, llevaría escasamente 15 segundos, y sólo la gente a su lado fue testigo de la tragedia. El tiro resonó en la sala entera, pero sólo contados presenciaron su trayectoria.

En otra ocasión un hombre ingirió veneno mientras permanecía sentado a una de las mesas de bacarat. Fue levantado de la silla y sacado al instante, muerto y para restaurar la tranquilidad, uno de los Comisarios, dijo en alta voz:

- "No se inquieten, señores; ha perdido el conocimiento solamente, abrumado por el exceso de ganancias", y agitaba al hablar un paquete de billetes de Banco en el aire. Honestamente, debo confesar que aquel hombre acababa de perder conmigo una suma superior a cien mil francos...

Hubo un tiempo en que el Casino acostumbraba pagar una especie de indemnización a la familia de los jugadores arruinados o desaparecidos, para verse libre de ellos. Fueron tan explotados, que hubo de decidirse a suspender tal práctica. Cuántas veces no habré escuchado la vieja historia de esos jugadores con astucia, quienes habiendo perdido, se dirigían al Jardín Botánico, disparaban allí un tiro al aire, y echándose sobre la tierra, después de impregnarse la cabeza con alguna sustancia rojiza, aguardaban a que los agentes del Casino rellenaran de dinero sus bolsillos, para prevenir de esa manera las sospechas de que fue el juego lo que lo llevara al suicidio. Por supuesto la "víctima" desaparecía por sus propios medios apenas se alejaban los "pagadores"... Esta es la historia; permítaseme decir ahora que ella es pura fábula, y se basa en un suceso ocurrido muchos años atrás, cuando el Casino puso realmente dinero en los bolsillos de un suicida. Pero desde entonces, pueden Uds. creerme, los encargados de hacerlo se aseguran bien antes, de que el "muerto" lo está en todo sentido. Una vez ocurrió que otro hombre también se envenenara una noche en la terraza. Los agentes del Casino, en permanente observación, pusieron dinero en sus bolsillos, después de auscultarle el corazón; eran gente lo bastante versada en medicina como para poder distinguir un desmayado de un muerto. Sin embargo, y como quiera que sea, el hombre volvió en sí, cuando los gendarmes lo conducían a la Morgue... Al comprobarse su reacción, el dinero que hallaran en sus bolsillos le fue reintegrado. ¡Dejo que Uds. mismos reconstruyan lo que aquel infeliz sintió! Pero este caso es un accidente, y que yo sepa no ha vuelto a repetirse desde entonces.

Aunque el Príncipe de Mónaco concurría asiduamente al Casino, rara vez jugaba, aunque se sabe que cualquier pérdida que pudiera sufrir, sería sólo dinero de la misma clase del que forma sus inmensas entradas... que provienen de su participación en la "Societé".

El Casino de Monte Carlo es administrado, como ya dije, por la "Societé des Bains de Mer", un título algo incongruente para la más poderosa organización de juego del mundo. En sus orígenes, sólo aspiró a edificar un espléndido lugar de veraneo, y sólo más tarde sus directores decidieron abandonar aquel proyecto, y construir lo que por años ha sido el mayor templo a la Diosa Fortuna, en los cinco continentes.

Durante la primera guerra mundial, el juego dio pérdidas al Casino, debido a la escasa clientela, que podía visitarlo, y así pronto se vio en dificultades financieras. Fue por entonces que lograron interesar al multimillonario Sir Basil Zaharoff, a que tomara el control de los intereses de la Compañía, y al amparo de las inmensas riquezas de éste, pudieron capearse los años del conflicto. Los años de aquellas posguerra le devolvieron su prosperidad, y luego parece que Sir Basil vendió sus acciones al Príncipe Radziwill, quien acostumbraba "copar" en mi mesa.

Creo haber dicho ya que el juego atrae a lo peor de ambos sexos, y desde que las emociones más primitivas se despiertan frente al girar de la ruleta y el rumor de las cartas, siempre hubo en Monte Carlo una legión de parásitos y fulleros, los que como cuervos rondaban a aquellos dominados por el vértigo del azar. Las autoridades del Casino tomaban medidas para excluir a las cortesanas demasiado conocidas, y a la gente dudosa de sus salones; una brigada de detectives privados andaba siempre a la caza de jugadores tronados o excéntricos. Se dice a veces que los Casinos emplean mujeres atractivas para que induzcan al jugador afortunado a volver, y dejar sus ganancias. No es así ciertamente. No hay necesidad de hacer eso: hay siempre suficiente cantidad de jugadores agolpados alrededor de las mesas, o apiñados en dos o tres filas detrás de los que juegan. Lo que ocurre es que los excesivamente afortunados son vigilados, seguidos e inducidos a veces por estos parásitos a visitarlos en sus departamentos privados de los hoteles, o a veces, en la "villa" propiedad de quien se insinúa. Recuerdo a una de ellas, a quien conocíamos como el club "V", debido probablemente a que es la inicial de «víctima». Se componía de una banda de tres mujeres y cinco o seis hombres, que llegó a ser tan famosa, que se maravillaba uno de cómo podrían lograr algún candidato. A la hora de llegar al Principado, ya estaba el visitante advertido contra el club "V".

La policía de Mónaco y los detectives de Seguridad no perdían un paso de esta gavilla noche y día, y fueron varias veces invitados por ellos a presenciar sus sesiones privadas de juego. Concurrieron aquéllos, y el juego comenzó, y aunque las víctimas perdieron de continuo, nadie logró descubrir el más leve signo de trampa o irregularidad. Y así transcurrieron las cosas hasta que una de esas tormentas eléctricas, violentas y repentinas, se desencadenó sobre la Riviera. Su fuerza sacudía la Villa del club "V", donde en aquel momento se jugaba febrilmente, y tanto arreció que, finalmente, cedió el cielorraso, cayendo en plena mesa de la ruleta... ¡un hombre!

Se acababa de resolver el misterio del club "V". Escondido en una cavidad secreta en lo alto, ese hombre dirigía la rueda de la ruleta con poderosos magnetos eléctricos; agujeros imperceptibles en el techo pintado al fresco le permitían observar qué combinaciones de números eran los más jugados, y naturalmente, esos números perdían...

Yo me referí antes a cuántas tentaciones cierran el paso a un croupier. Existen ocasiones en que se toman precauciones especiales con ellos, especialmente cuando alguien sufre pérdidas de consideración en sus mesas. A veces la pérdida de toda su fortuna, altera la razón de un hombre o mujer, incubando el peor de los odios contra el infortunado croupier que ha estado cumpliendo con su obligación. Cuando se sospecha de alguien así, se coloca un guardián cerca del croupier mientras dura el juego. Me viene a la memoria una ocasión, no en Monte Carlo precisamente, sino en Le Touquet, cuando un americano perdió más de medio millón de francos en mi mesa. Levantándose de su asiento, me dirigió un insulto, y abandonó la sala. Esa noche al dejar el Casino para regresar a casa, una detonación rasgó el silencio, y el sombrero voló de mi cabeza. Al volverme divisé al americano que intentaba volver a disparar. Me arrojé al suelo, y la segunda bala rozóme apenas el hombro. Antes de que pudiera seguir tirando, fue reducido por dos gendarmes; fue declarado insano al día siguiente, y enviado con sus parientes, a América, bajo custodia.

En otra ocasión una mujer, en Monte Carlo, trató de apuñalarme, mientras paseaba por el jardín Botánico, y si no es por mi cigarrera, de tamaño mayor que lo usual, que llevaba en el bolsillo del pecho, la hoja me hubiera alcanzado el corazón. La mujer, una hermosa italiana, echó a correr, y yo la dejé ir, ya que sólo había logrado abollar mi pitillera. Recordé que apenas si había perdido cinco mil francos la noche última. En Deauville, un español me atacó cierta vez en el hall del Hermitage Hotel, tratando de quitarme la vida. Lo sujetaron, y llevado a la cárcel, se le ordenó luego abandonar la ciudad en veinticuatro horas. La razón de su actitud era que yo decidí en contra de él en la disputa por la posesión de una ficha abandonada en la mesa, que sostuviera con una francesa. Sabía que pertenecía a la mujer, pero el español clamaba que era de su propiedad. El código del Casino vuelve ley la palabra del croupier, y tuvo así que acatar mi decisión.

Se comprenderá por lo expuesto, que si la vida de mi profesión es excitante, también es peligrosa. Pero prefiero referirles algo de lo mucho que sé, acerca de las mujeres que juegan.

03. La Mujer y el Azar

Para describir al tipo femenino de jugador, pienso que no hay nada mejor que repetir lo que una vez oyerá a Pierre Loti, el famoso cuentista y narrador francés. Conversaba éste con Ana Pavlowa, observando a una mesa que por extraño azar estaba compuesta solamente por representantes del bello sexo.

-La mujer que juega -dijo Loti- es como la delicada flor que extrae sus jugos de un terreno encantador y envenenado. Disfruta al principio todo el placer de la sensación nueva y extraña, pero gradualmente la ponzoña destruirá su vitalidad, y la otrora hermosa flor habrá de doblegar su tierna cabeza, desmayar y morir... Una mujer jugadora es justamente como esas flores...

La Pavlowa quedó en silencio por unos instantes.

-Habla UD. como un romántico -exclamó finalmente-. ¿No le parece que esa comparación con las flores es un poquito caprichosa?

-Las mujeres, ¡Dios las bendiga! son el jardín de la tierra. Todo en la tierra sería más negro aún sin su presencia.

La gran bailarina rusa sonrió al francés, y rozándole coquetamente con su gran abanico de plumas, se despidió enseguida del poeta.

Entre los grandes jugadores que han adquirido fama en los distintos Casinos de Europa, casi la mitad fueron del sexo de Eva. Cuando una mujer cae en la fascinación del juego, ninguna penuria, ni siquiera las perspectivas de muerte, podrán impedirle regresar al tapete. Cuántos miles de mujeres no he visto yo, con vueltas y ardientes, la mirada llena de aquel fulgor que denota como se hallaban poseídas por el demonio, el demonio del juego.

De los dos sexos, son con mucho las mujeres quienes más confían en ganar. Presencié en incontables ocasiones, a jovencitas pasarse las horas jugando, jugando hasta perder todo su dinero, incluso los préstamos o regalos que podían obtener de sus padres o maridos.

Todos los años, durante la temporada, llegaba a Deauville una joven que siempre me había despertado gran interés. Venía a la sala directamente del comedor, después de la comida, una mirada excitada en el rostro, las manos repletas de fichas resonantes, cada una de ellas de un valor de mil francos, acabadas de adquirir en la Caja. Se ubicaba entonces en una de las mesas, y de allí no se movía hasta bien pasada la medianoche, ganando a veces, perdiendo las más.

Lo que más despertaba mi interés era el que ella estuviese siempre sola, sin hablar jamás a nadie. Parecías ame también como si su clara y juvenil belleza sajona se hallara fuera de lugar en la atmósfera exótica y ficticia del Casino.

Intrigado inicié mis averiguaciones, y supe así, que tenía un título nobiliario inglés, y era hija de un, duque. Se había casado hacía poco, y no revelaré su nombre en vista de lo que sucedió después.

Una noche tuvo una asombrosa racha de suerte. Estaba yo de "croupier" en su mesa; las ganancias de la dama iban creciendo gradualmente, hasta que las fichas a su frente, sobrepasaban a las de la banca en más de doscientos mil francos.

Era ya medianoche, hora usual de su partida, pero tanto la había absorbido tal excepcional racha,

que olvidada del tiempo proseguía jugando. Terminaba de recoger otra serie de fichas, cuando un judío alemán, gordo y vulgar le dijo con insolencia:
-Señora, UD. se equivoca. Esa jugada era mía.

Se hizo un pequeño revuelo. El resto de los jugadores, envidiosos sin duda de la suerte de la inglesa, pusieron se del lado del germano. Aguardé hasta que se calmó el bullicio de las voces, y dije:
-La jugada es de Madame.

Protestó el tudesco, y llegó hasta arrebatar las fichas de manos de la inglesa, y ponerlas en su bolsillo. Oprimiendo el botón eléctrico a mi lado, hice venir a dos detectives, y les expliqué lo que ocurría. La joven y el hombre fueron conducidos aparte, y allí se comunicó a éste que si no devolvía las fichas a la dama, pues... sería desagradable... ¡para Monsieur!...

Después de algunas objeciones, él alemán extrajo las placas y las arrojó al rostro de la inglesa. No había terminado de hacerlo, cuando un británico que se había mantenido aparte, se lanzó sobre el agresor, y tomándolo del cuello, le dió un golpe en la quijada que lo lanzó por los suelos.

Se le sacó enseguida del salón, mientras la chica, después de dar gracias a su defensor, retornó sonriendo al tapete, donde reanudó su juego, después de un encantador gesto amistoso.

El incidente tuvo un singular "denuement". La joven y su paladín iniciaron un romance, y son hoy marido y mujer. Sospecho que la inglesita serán de las pocas que bendecirán el recuerdo de una sala de juego, pues en ella encontró la verdadera felicidad.

Otra vez llegó al Casino un hombre cuya única virilidad parecía refugiarse en el sexo . Estos granujas, no llegan a jugar, sino a buscar alguna muchacha joven e inexperta que haya perdido más de la cuenta. Obesos, pesados, la mirada sensual, estos sujetos buscan alrededor de la mesa a su víctima, que pronto cae bajo las garras opulentas del libertino, quien sabrá extraerles su último y más -propicio tesoro. Es esto un aspecto de la vida de los Casinos, sobre el que la Dirección no puede tener control.

Recuerdo un incidente en el Casino de Evian que nunca se borrará de mi memoria. Una preciosa francesita había estado perdiendo día tras día, durante una semana, en mi mesa, y observé que la huella de esas pérdidas se reflejaban cada vez más profundamente en su rostro. Una tarde, cuando arriesgó sus últimos mil francos, reparé en un hombre alto y obeso, con una mirada inequívoca en sus pupilas. Se colocó en un asiento contiguo al de la muchacha y sacando un enorme fajo de billetes, lo colocó junto a él. El efecto psicológico del gesto fue patente, pues vi los ojos de la chica observar codiciosamente el dinero. Iba ya a abandonar la mesa, perdidos todos sus recursos, cuando el hombre le tendió un fajo... Suspendí la respiración. ¿Los tomaría ella? Durante un instante pareció indecisa y luego tomó dos billetes del fajo, y los colocó a color; una sonrisa coqueta jugueteaba en sus labios, dirigida al hombre a su lado. Suspiré amargado y, proseguí mis tareas.

Este incidente me recuerda una pasmosa proposición de matrimonio que me hicieron una vez en la Riviera. Salía una noche del Casino, cuando se me acercó un chofer uniformado, y me entregó una esquila. Quien escribía me invitaba a visitarla en su hotel, el mejor de la Costa Azul... Agregaba el mensaje que el auto estaba a mi disposición. Era una misiva delicada, y la firmaba una baronesa austríaca a quien solía ver en el Casino. Tenía fama de ser fabulosamente rica, y por cierto, hacía furor con sus exóticas toilettes cada vez que pisaba los salones.

Después de dudar un instante subí al lujoso Renault, y me hice conducir al suntuoso departamento de la dama. Después de besar su mano y sentarme, aguardé a que comenzara a hablar. Tenía ella realmente una figura soberbia, y estaba irresistible en su tímido silencio que rompió para decir:

-¿Quiere UD. ser mi marido?
Carraspeé yo.

-Madame la Baronne se chaceo -y me puse de pie. Levantándose también se acercó a mí y sus brazos me rodearon el cuello. -¡"Cheri"! -murmuró besándome.
-Pero Madame, ¿por qué me quiere UD. de marido? No soy sino un pobre croupier.
-Exactamente -replicó ella. -Pero...
-Escucha... -prosiguió-. Nos casaremos, pero primero deberemos ganar en la ruleta, "¿n'est ce pas?".

Comencé a ver el asunto con una luz más clara. La beldad se me brindaba en pago de una "ayuda" mía en el tapete. Para abreviar la historia, diré que estaba arruinada, vendidas sus joyas, y a punto de ser enviada a la cárcel por sus acreedores. Como último recurso ofrecía su nombre al croupier, por un "golpe" de un millón de francos. No añadiré que vine forzado a declinar la tentadora oferta, pues la Baronesa era realmente estupenda, y tenía una figura...

Fue en esa temporada que recibí de otra dama una cicatriz que conservo hasta ahora. Sucedió en mi mesa, donde se hallaba una italiana muy atractiva, y que pasaba por una racha de mala suerte; ya había tratado de convencerme que la dejara colocar su apuesta sobre el número que ganara, y tuve que reprenderla por eso, lo que hizo brotar rayos de furia en sus negros ojos. Al golpe siguiente, intentó de nuevo introducir varias fichas en el número premiado, y me vi obligado a advertirla.

-Madame -dije- si vuelve UD. a hacer eso, tendré que rogarle que abandone la mesa.

Por toda respuesta se levantó, y con toda la fuerza de que era capaz me arrojó la cigarrera de metal que tenía a su lado. Era ésta de afilados bordes, y uno de ellos se hundió profundamente en mi carne. La sacaron de la sala, y yo tuve que sufrir varias puntadas en una mano, y suspender algunas semanas mi trabajo.

Al día siguiente recibí un cheque de la misma mujer por cinco mil francos, de modo que el asunto tuvo siquiera alguna compensación.

Uno de los sucesos más asombrosos de que he sido testigo, y que intentaré relatar aquí, fue algo que ocurrió a Eleonora Duse, la famosa trágica italiana. Fue ella, por muchos años, una esclava del azar, y habitué de los más notables, al Casino de Monte Carlo.

No olvidaré el día en que súbitamente se levantó de frente a la ruleta, en la "salle privé" donde yo dirigía, y con gesto dramático elevó al aire su brazo, jurando no volver a jugar de nuevo. Recuerdo también el gesto de escepticismo con que se recibió la promesa. Había estado perdiendo sumas fabulosas durante una quincena, cada noche, a veces setenta y ochenta mil francos por vez.

Serían alrededor de las siete de cierta tarde cuando ocurrió el incidente que la hizo alejarse de la ruleta para siempre, y aunque parezca extraño, nada tenía que, ver el caso con su persona. Sentada a su lado estaba una muchacha italiana muy bella, quien luchaba furiosamente contra la suerte adversa. De vez en cuando Eleonora le advertía:

-Tranquila, chica; no sea tan impulsiva.

A cuyas advertencias no hacía la muchacha el menor caso.

De pronto, después de un golpe más desastroso que los demás, la joven se puso intensamente pálida, introdujo algo en su boca, y cayó al piso, en el preciso instante en que el esposo se aproximaba a la mesa. La trágica escena siguiente afectó hondamente a Eleonora. Apenas se llevaron el cuerpo de la infeliz, la signora Duse apartó las fichas que tenía, e hizo la dramática invocación que les he referido.

Nunca volvió a entrar al Casino, y como me dijera más tarde, cuando la encontré en Cannes, la sombría muerte de aquella jovencita italiana, llena de belleza y encantos, restó quizás a la bolilla otra posible víctima de su fatal hechizo.

04. La Realeza alrededor de la Bolilla de Marfil

El juego es después de todo, cualquiera sea la opinión que merezca, un deporte, y aunque muchos no se permitan el dejarse arrastrar por su fascinación indudable, queda fuera de cuestión todo el encanto y la diversidad que encierra el paño verde de sus mesas.

Existen pocos príncipes o soberanos que no hayan tentado alguna vez, de una manera u otra, a la diosa Fortuna, ya sea en los Casinos, el turf, o aun en la atmósfera enrarecida de las salas de juego de sus palacios. El Príncipe de Gales se complacía en pasar sus tardes en el Casino, y yo he visto a esa rubia Alteza en Biarritz, Deauville y Le Touquet. He presenciado cómo jugaba al baccarat, con una maestría que dejaba atrás a la de los jugadores más viejos y avezados. Pero aunque el Príncipe fuera muy hábil, carecía de suerte, y muy rara vez se levantaba llevando una ganancia apreciable. Solía jugar al baccarat o a la ruleta, con la reflexión o meticulosidad y el espíritu deportivo con que cazaba o practicaba el polo. Era pesimista, como lo demostraba al iluminarse su rostro de contento y asombro cuando yo depositaba a su lado alguna suma, en vez de retirar sus puestas, como era lo más habitual. Era, por supuesto, una figura llamativa en el Casino. Su rostro claro y aniñado contrastaba marcadamente con el de los endurecidos habitués, asemejándose al de un estudiante de Eton desprevenido de las posibilidades de la diosa Casualidad. Jugaba con maravillosa indiferencia a los ojos de la concurrencia plebeya -aunque debía tener conciencia de atraer la atención general- conservando ese dominio de maneras que formaba parte de la personalidad del gentleman inglés. Trataba siempre de "mezclarse con la gente", cuando visitaba el Casino, pero, para su inconfesado despecho jamás se le consideró como "un joven ordinario". Incidentalmente, debo decir que la llegada de estas Altezas aumentaba en no pequeña medida los ingresos del Casino.

Tan pronto como se sabía la llegada de un personaje real, se reservaba el asiento que él solía ocupar, y sus jugadas eran apartadas de las que hacía el público.

Cuando el Príncipe de Gales llegaba a la mesa, observaba yo cómo decenas de jugadores atisbaban su menor movimiento, jugando cuando él lo hacía, y perdiendo cuando él perdía. La gente, cualquiera su nacionalidad, se parece, después de todo, bastante a las ovejas.

Solía yo concurrir a menudo al pequeño Casino de San Sebastián, antes de que fuera clausurado por la dictadura de Primo de Rivera, para ver jugar a los españoles. A pesar de sus reducidas dimensiones, era el de San Sebastián uno de los centros de juego más activos y en el que el dinero corría a raudales, de Europa.

El rey y la reina de España acostumbraban a llegar en su automóvil, y engrosar luego muy democráticamente, la concurrencia vespertina del salón. No jugaban con exageración, pero cierta vez, vi al rey permanecer en el baccarat varias horas sin interrupción, perdiendo mucho más de lo que ganaba -claro está que no jugaba por ganancia, sino sólo por experimentar la excitación de la incertidumbre.

Recuerdo un incidente que acaeció una noche en San Sebastián, estando él presente. Se hallaba sentado frente a una de las mesas, y a sus espaldas estaba un irascible millonario americano, de esos que piensan que porque tienen dinero, son los señores puedelotodo. Pienso por lo que ocurrió después, que el hombre desconocía la identidad de su ilustre vecino.

Todos los sitios estaban ocupados, cuando el rey Alfonso, después de arriesgar y perder, algunos cientos de pesetas, se levantó para abandonar la mesa. No había aún dejado el puesto, cuando el americano se abalanzó apartando a una dama española, alta y hermosa, a la cual el rey, obviamente, se disponía a ceder el asiento. Un pesado silencio siguió a la descortesía del yanqui, que echaba por tierra el propósito del rey.

Fue entonces cuando Su Majestad desplegó esa su innata y tan española "politesse", que lo hacía

proverbial. Volviéndose a la dama, tan injustamente desairada, ofrecióle su brazo para conducirla a otra mesa, donde ambos pudiesen hallar una ubicación. En cuanto al abochornado americano, no pudo mantener su puesto mucho tiempo, pues los demás jugadores hacían tan diversas alusiones a su falta de cortesía con el rey y la dama, que pronto hubo de retirarse en ignominiosa confusión.

Mientras ocurría dicho episodio, tuve oportunidad de salvar a una hermosísima joven inglesa, hija de un ex ministro de su país, quien se hallaba ciertamente en un lance bien embarazoso. La conocía de vista, por haberla encontrado junto a su padre, varias veces, en Dauville y Monte Carlo. En esta ocasión había precedido a su familia, y se hallaba sola en San Sebastián.

Me encontraba una tarde cerca de las salas, cuando percibí a la dama poco menos que en brazos de uno de los mayores y más inescrupulosos aventureros de Europa, a quien llamaré el Príncipe H., aunque su título era de muy dudoso origen, hombre que no se atrevía a asomar las narices en la mayoría de los grandes Casinos del continente, a causa de su fama de jugador fullero. Al observar que la pareja se aprestaba a dirigirse a las mesas, comencé a preguntarme qué suerte de enigma podía haberlos unido en intimidad tan estrecha y completa.

Presintiendo algún misterio, me tomé la molestia de no perderlos de vista, y no fue poca mi sorpresa al oír que la joven se dirigía al hombre por su nombre de pila. Era, fuera de dudas, una amistad muy íntima. Por un momento, el sujeto se alejó, y yo aproveché para acercarme a la inglesa.

-Mademoiselle -dije-. La he visto en Monte Carlo y Deauville, y quiero prevenirla...

-Hágalo -respondióme sonriendo ante mi faz turbada...

-Sí -proseguí-. Su acompañante, al Príncipe H....

-¿Mi acompañante? ¿El Príncipe qué? -replicó-. Mi compañero es mi prometido -y pronunció un nombre que no era, por cierto, el del truhan y arruinado que yo sabía que era.

Comprendí entonces que la única forma de ayudar a la niña, era hablar con cruel claridad; le dije cuanto sabía acerca del hombre que estaba a punto de convertirse en su esposo. Se indignó al principio -como yo suponía- pero cuando le sostuve que el Príncipe H. había sido expulsado del Príncipe de Mónaco, prohibido de entrar a la mitad de los Casinos de Francia, y que más de una vez cayera en manos de la policía, se puso pensativa, y dándome las gracias, abandonó el Casino. Dos días más tarde su padre llegó de Londres, y como no la volví yo a ver en compañía del Príncipe H., supuse que éste había tomado el vuelo. Significaba ello la salvación para la linda inglesa, de un matrimonio desastroso, o quizás algo peor, de eso estaba seguro. Volví a encontrar al truhan un año más tarde en París, en un tugurio de Montmatre, deshecho ya por las drogas y el vino.

El nombre de André Citroen es como un símbolo del Casino de Monte Carlo, y quizás, de cualquier Casino. Con excepción de De Mesa, el millonario cubano, André Citroen, por aquella época, levantó más dinero de las mesas de juego que cualquier otro hombre viviente. Su suerte era asombrosa, y recuerdo cómo hizo quebrar mi mesa en tres ocasiones en una misma velada, ganando más de un millón de francos.

Citroen parecía poseer el arte casi increíble de conocer qué número, series o colores saldrían, y cada vez que apostaba su fantasía sólo demostraba seguir el vuelo de su propia inspiración, al tiempo que esas jugadas eran también seguidas por muchos. Aquellos que contaran con recursos para seguir los pasos de Citroen en todas las mesas de Europa, habían participado sin duda, de su suerte extraordinaria.

El éxito de Citroen en la ruleta contrastaba con la invariable mala suerte de Sara Bernhardt; la divina Sara no ganó jamás en su vida un solo franco en todos los Casinos que visitó. Amaba tanto este juego que poseía una ruleta particular, que llevaba en todas sus giras, y con la que jugaba a solas.

Cierta vez creyó haber ganado, y tuve que advertirle que la jugada pertenecía a una pequeña inglesa a su lado, que al reclamar su pertenencia, destruyó una de las mayores alegrías que Sara pudo tener en la vida.

Por aquella época frecuentaba Deauville, Sir Hari Singh, quien se denominaba a sí mismo, "el hombre que nunca perdió". Esto no era del todo cierto, pues Sir Hari perdía ocasionalmente, pero pronto comenzaba a ganar sin interrupción. Recuerdo una noche en Deauville en que jugó siete horas seguidas sin perder una sola puesta. Esto constituye un record, y que yo sepa, no ha sido superado en ningún Casino del mundo.

Un día Sir Hari se ubicó en la mesa que yo atendía; contigua a él estaba una chilena, de una belleza hispánica y morena. Siguió el juego de Sir Hari durante un tiempo, pero por verdadero azar había perdido en varias jugadas. Disgustada, la mujer cambió de táctica, y por extraña fatalidad, sus números y colores, opuestos a los del vecino, comenzaron a no darse, mientras aquél ganaba de continuo. Después que hube arrastrado sus dos últimos "plaques", llevada sin duda por la fiebre del juego, se inclinó hacia mí murmurando:

-Monsieur Croupier: ¿diez mil francos por esto a un solo golpe?

Tales cosas estaban, por cierto, prohibidas, aunque por los salones menudeaban gentes a la pesca de mujeres irreflexivas a quienes se podía comprar sus joyas a precio de baratijas. Iba yo, pues, a rehusar el ofrecimiento, cuando Sir Hari se dirigió a la mujer, exclamando:

-¿Si puedo ser útil a Madame...?

Sonrió ella, y le tendió la joya, un anillo de rubíes magníficos. Sir Hari colocó ante la dama diez placas de mil francos. Jugó ella y ganó. Volvió a hacerlo, y volvió a ganar, y otra vez. Dejando todas sus puestas sobre el paño, aguardó el próximo golpe. Durante siete veces la acompañó la suerte, y pudo así reconquistar el anillo que la cortesía del príncipe oriental volvía a brindarle.

Hubo un final bastante trágico en todo el asunto. Pocos días más tarde, un cuerpo de mujer fue arrojado a la playa, desnudo, y con el rostro desfigurado. Una sola cosa pudo establecer su identidad, el valioso anillo de rubíes. Nunca logró establecerse si la chilena se suicidó o fue víctima de algún accidente.

Para el observador experimentado existen muchas incongruencias relacionadas con la vida en las salas de juego. La extraña mezcla de gente y las diferencias de condiciones entre ellas, hace posibles a veces las situaciones más raras, y a veces casi irónicas. Vi una vez a un famosísimo juez francés sentado al lado de un hombre que había cumplido una condena de cinco años; unos metros más allá, se hallaba un Príncipe heredero. En otra ocasión tuve frente a mí, a una gran actriz francesa, quien tenía por un lado a su esposo, y al otro, a su marido anterior... Los tres charlando muy animadamente, como los mejores amigos del mundo; percibí una entonación de afecto en la voz del primero, cuando hablando a su sucesor, dueño y señor por entonces de la belleza y el carácter de aquella imperiosa actriz.

Recuerdo un incidente divertido que me ocurrió en Biarritz. Caminaba por la rambla a tomar mi "apéritif", antes de entrar en servicio.

De golpe, un hombre de una clase que sólo los miembros muy experimentados de los Casinos sabemos distinguir, se me acercó.

-Tengo el único sistema infalible, Monsieur -murmuró el bandido-. Y por unos pocos francos puedo hacer la fortuna de ambos.

Me tomaba por un turista inexperto. No teniendo nada mejor que hacer, me mantuve en papel, cambiándole un billete de cincuenta francos por el sobre que contenía el sistema infalible que haría quebrar al Casino...

Más tarde, al hacerme cargo de mi mesa, lo primero que vi fue al viejo vividor, quien al reparar a su vez en mi persona o identidad, casi pierde el sentido. Jugó, con todo, y experimenté un placer pagano en retirar con mi rastrillo sus últimos francos, y verlo emprender ignominiosa retirada.

Horas después, en el relevo, se me ocurrió ver qué había puesto en el sobre aquel truhán. Con gran asombro hallé al abrirlo, que contenía un billete de mil francos. Me perdía en cavilaciones, cuando vi al hombre que se precipitaba a mi encuentro.

-¡Monsieur, monsieur...! -aulló en el colmo de la desesperación-. He cometido un error. Le di un sobre equivocado.

Yo sonreí. -Cincuenta francos por él -exclamé.

Pagó de buen grado, y yo le entregué su billete de mil francos. Regresé a la mesa con el sobre aún en la mano. Al examinarlo, vi que estaba dirigido a una mujer, en París, la esposa del tunante, su madre, o su novia quizás...

De todas maneras, él perdió esa noche el billete, quienquiera que fuese su destinatario. Me arrepentí más tarde de no haberlo yo enviado a la dirección del sobre, en vez de devolverlo al taimado tahir.

¡Cosas extrañas, extrañas, curiosas y divertidas, ocurrían, en verdad, en los Casinos de Europa!

05. Los Garitos de París

Voy a transportarlo a UD. fuera de los diversos Casinos cosmopolitas de Europa, para introducirlo en la vida de juego de París. El París de aquella época, que tenía una cantidad mayor de garitos secretos y "círculos" que cualquier otra ciudad en el mundo.

En tales ambientes UD. puede hallar al jugador que no conoce el límite, al hombre adinerado, al que arriesga una fortuna a un número, en consecuencia, el juego es allí más excitante y peligroso que en lugar alguno.

El club de diversiones más famoso de París era, por cierto, el "Cercle Hausmann", en el Boulevard des Italiennes, propiedad del más poderoso e influyente de los capitalistas de juego de la ante-guerra: ¡el todopoderoso André!

Suave, refinado, inmaculadamente vestido, era André el Príncipe del Juego del Continente Europeo.

Situadas en el tercero de los cuatro pisos de un imponente palacio, estaban las lujosísimas dependencias y salones alumbrados siempre por luz artificial, del Círculo Hausmann. Los ventanales, hermética y eternamente cerrados, jamás recibían la luz del día. El motivo de ello lo sabrán Uds. más adelante. A todas horas se jugaban allí millones de francos, se formaban y deshacían fortunas, mientras abajo, en la calle, atronaba el tráfico, y bullía la vida, ignorantes de que, pocos metros más arriba, se hallaba una de las casas de juego más herméticas y exclusivas del mundo.

El Círculo Hausmann tenía su clientela propia, y no era posible penetrar ahí como en cualquier Casino ordinario. La admisión era difícil de obtener, a menos de ser presentado por algún socio influyente.

Sucesos extraños y fascinantes ocurrían en Hausmann. Vi una vez a nueve millonarios sentados alrededor de la misma mesa, sobre la que millones de francos pasaban de una mano a otra. Se

aceptaba prácticamente cualquier puesta, y he sido testigo de cómo hombres -y mujeres- perdían en cinco minutos sumas tales que les hubieran permitido vivir lujosamente el resto de sus vidas, o a una docena de familias costearse durante muchos años una existencia llena de comodidades.

El juego en Hausmann era suave, tranquilo, anodino casi. Nunca se hallaban esos arrebatos de histeria que son frecuentes en otros Casinos, porque aquí sólo se enfrentaba uno con jugadores avezados y resueltos -gentes que arriesgaban seria y cuidadosamente- y que a menudo habían dedicado su vida al estudio de la ruleta, el baccarat, el "chemin de fer", o el treinta y cuarenta.

En Hausmann vi cómo un americano permaneció durante dos días frente a la mesa -incorporándose apenas para tomar un sandwich de caviar y una copa de champaña. El primer día ganaba golpe tras golpe, pero al comenzar el segundo día perdió todos sus beneficios, y muchas horas después intenta aún en vano recuperar esas pérdidas. Me temo que si entró en Hausmann como hombre rico -después de una larga vida de sacrificio en su patria- salió en cambio del círculo completamente arruinado.

Esta es la irremediable tragedia del juego. El descalabro en unas pocas horas, después de años de esfuerzo y privaciones, acicateado por el ansia de aumentar aquel, caudal inicial, que se reunió en el trabajo de muchos días en aras de esa diosa de ojos burlones que es la Probabilidad.

Aunque el Círculo Hausmann fue el más grande de los garitos parisienses, habían en la ciudad cientos de "clubs" similares, en algunos de los cuales el juego era claro y honesto, mientras que en otros cada movimiento de los propietarios parecía destinado a aliviar de su dinero a la clientela.

A ese conjunto de fulleros y tahures se los designa con la palabra "rabatteurs", y podía encontrárseles asimismo, en todos los grandes hoteles y lugares de moda de París. Impecablemente trajeados, frecuentaban los bares aristocráticos, al acecho de la ocasión que les permitiera relacionarse con algún opulento turista inglés o americano, y persuadirle a visitar el antro secreto y exclusivo al cual pertenecían.

Estos sujetos son invariablemente atractivos, grandes conversadores, y conocedores acabados de cada rincón de París; constituían, por lo tanto, una guía apropiada para el turista que rara vez va más allá de la Rue de la Paix, la de Rivoli, y los Campos Eliseos, además de la consabida y fugaz excursión en un taxi a Montmartre, para "apreciar el ambiente".

Después de volverse un "buen camarada" de su víctima, el "rabatteur" sugiere una cena ligera posterior a una visita romántica, con recreos femeninos, a Montmartre. Sólo después de bien pasada la media noche insinúa el "rabatteur", como obedeciendo a una inspiración súbita, que podrían visitar algún garito excitante e ignorado. Saturada por las bebidas y la excitación de París, la víctima es ya campo propicio a todas las concesiones, lo que permite a nuestro hombre llamar un coche -previa indagación sagaz de las disponibilidades financieras del "palomo"-, y conducirlo al objetivo final de todas sus maniobras: el "Círculo" que utilizaba sus servicios. Lo que sucedía después bien puede omitirse.

La víctima retornará a su hotel a tiempo para el desayuno; un hombre más triste aunque más sabio.

Estos "rabatteurs" tiene un porcentaje sobre la suma de que el cliente es despojado, y en realidad su "profesión" es un pingüe negocio. Tan lucrativa es que, muchos aristócratas de ambos sexos, con títulos de nobleza algunos, suplementan sus ingresos, sirviendo de cicerones oficiosos a los opulentos y desprevenidos, en la dirección ya apuntada.

Un "Duc" de antiquísima familia real amasó más de un millón de francos anuales actuando en tal carácter para un muy dudoso "salón" de los arrabales de Passy. Podía vérselo todas las tardes en el Ritz, el Claridge, o el Crillon, al acecho de alta clientela americana, que en general constituía su negocio más remunerativo.

La sonoridad de su título causaba siempre gran impresión en aquéllos, que poco demoraban en rendirse a su carruaje blasonado, sus convites, y la atención que le dispensaba una servidumbre, sostenida a base de generosas propinas.

Los "rabatteurs" se colectan, por supuesto, entre todas las clases sociales, pero la finalidad que persiguen es común a todos ellos, ya sean nobles y titulados que pasean por el Ritz su limpia prestancia, como golfillos que buscan incautos en las vecindades del "Boulevard des Capucins", para los pequeños antros contiguos a la Plaza de la Opera.

En ninguna parte como en París abunda tanto la variante femenina de dicha gente. Y queda abierta la polémica acerca de cuál de los dos sexos logra mayor éxito en la profesión, pues los hombres se especializan en visitantes sólidos, estables, de mediana edad, mientras que las mujeres encuentran más fácil pescar a los jóvenes sajones o americanos, impresionables y sensitivos, ansiosos de compañía femenina.

Conozco uno de esos garitos, que hacía cuestión de prestigio el no llevar a sus mesas sino a jugadores del sexo débil, y con tal propósito contaba con un grupo reducido y compacto de "rabatteurs" juveniles y gallardos, que frecuentaban los distintos hoteles en busca de mujeres solitarias y maduras en viaje de compras, en París.

Las víctimas atrapadas por estos jovencuelos tan atractivos como amorales, llegaban a encontrarse a menudo en dificultades, debido a sus pérdidas en el juego, y sujetas a las más extorsivas formas de chantaje.

La Prefectura de Policía de París registraba no menos de cuatrocientos cincuenta garitos ubicados en los arrabales de París, y en más de las tres cuartas partes de ellos, se jugaba con ruletas preparadas y cartas marcadas, sin contar a los "croupiers", que eran maestros de ceremonia en estas prácticas de despojo.

Como ya lo he demostrado, no era difícil que el "croupier" honesto cayera en la tentación, pero los que trabajan en los grandes Casinos son vigilados tan estrechamente como los jugadores, y hasta donde yo sé, ningún "croupier" ha logrado nunca escapar indemne de cualquier combinación dudosa en que haya tomado parte, mientras trabajaba en un Casino de procedimientos claros y correctos. Un solo desliz, y ya no hay apelación. Seguirá el instantáneo despido, el nombre del infractor entrará en la lista negra, y jamás logrará obtener puesto alguno en ningún otro Casino.

Lo que ocurre con la mayoría de ellos es que se vinculan con jugadores fulleros, y dado su conocimiento profundo y experimentado de toda clase de juegos, son muy buscados y valorados por los propietarios de timbas y garitos.

Recuerdo un "croupier" que fue despedido de Monte Carlo por operar en combinación con una banda de fulleros de Casino; colocaba puestas en su lugar, y luego les pagaba jugadas que aquéllos no habían hecho. Tuvo que abandonar el Principado, y pasaron tres años antes de que volviese a verlo. Fue en un aeródromo cerca de Amiens durante la guerra. Era un experto piloto que ostentaba la Cruz de Guerra, mientras yo sólo hacía de observador.

Volví a encontrar a este hombre años más tarde en un café de Montmartre. Le pregunté, entre dos copas, cuál era su profesión y me confió que estaba empleado en uno de los garitos más grandes y equívocos de París.

-¿Por qué no se busca un lugar UD. también, Paul? -me preguntó.

-¿Por qué habría de hacerlo? -repliqué-. Estoy muy bien colocado en Biarritz.

-Pero la paga, "mon ami". Obtendría UD. tres veces lo que gana allá, de M. -y citó el nombre del dueño de la timba para la cual trabajaba.

-¿Y quedar marcado como un tahur, ¿eh? -dije-. No, "mon ami"; podré ser un "croupier", pero soy

al menos un hombre honesto.

-¡Bah! -replicó-. ¿Qué le importa eso a nadie? UD. será siempre un solemne tonto.

-Quizá- sonreí, y apurando mi vaso, me levanté.

Dos meses más tarde, fue enviado a la prisión de La Santé, con una condena de cinco años, por operar con una ruleta fraudulenta.

06. Quebrando la Banca

Este libro sobre el juego y el azar sería incompleto si no mencionara yo a los varios e ingeniosos sistemas que aparecen de cuando en cuando con la finalidad de hacer quebrar a la banca, y levantar una fortuna, del paño verde. Puedo afirmar rotunda y definitivamente que no se ha concebido aún el sistema que pueda vencer al banquero en lo que va del siglo. Hasta donde mi experiencia alcanza, sólo una persona logró desbancar al Casino de Monte Carlo por medios legítimos; y esa persona se llamaba Jagggers.

Este Jagggers vino del norte de Inglaterra con el inquebrantable propósito de batir a la banca del principado. Ingeniero de profesión y matemático por naturaleza, Jagggers sostenía que las ruedas de las ruletas de Monte Carlo no estaban perfectamente balanceadas, y fallaban en dirección de ciertos números. Dentro de la predisposición mecánico-lógica de su mente argüía que los fabricantes eran impotentes para garantizar la absoluta perfección de las ruletas que construían, y que, en consecuencia, existían ciertas probabilidades de que el mecanismo traicionara al banquero en favor de los apostantes.

Con unos pocos miles de libras, Jagggers fue por lo tanto a demostrar su aserto, de que era capaz de derrotar a la banca en su propio juego.

Tomando a su servicio a varias personas, comenzó a observar las alternativas del azar, y a hacer las listas de números afortunados. Concurría todas las noches a observar cuidadosamente, y después de un cierto tiempo consiguió averiguar que ciertos números salían con, más frecuencia en cada mesa. Después de hacer una lista de ellos, y basado en tales datos, comenzó a jugar. En unos pocos días logró extraer a la banca más de 120.000 libras esterlinas.

De alguna manera pudo la Administración del Casino averiguar la clave del método que se relacionaba con deficiencias mecánicas en la construcción de las ruletas. Esa misma noche cambió a cada una de éstas de mesa. Ignorante del asunto, volvió Jagggers al día siguiente, y para su asombro, su sistema comenzó a fallar. La Banca logró recuperar 50 de las 120 mil libras perdidas anteriormente. Algo funcionaba mal por cierto. Jagggers resolvió descifrar el misterio, y por ende, después de una observación cuidadosa, comprendió que el Casino había tomado sus medidas de prevención. Una vez más, empero, ese hábil demonio, pudo vencer. Después de meticulosas observaciones en cada ruleta, parece que logró descubrir ciertos marcos imperceptibles sobre cada una, pero que bastaba para identificarlos. Eran éstos, en algunos casos, apenas un leve rasguño.

Por segunda vez ganó Jagggers, recuperando las 50 mil libras que perdiera. La banca parecía destinada al ocaso de su invulnerabilidad, y envió febrilmente un mensajero a París para consultar a los fabricantes de las ruletas. El directorio de la firma diseñó entonces otras tan perfeccionadas que tendrían por fuerza que hacer fracasar el plan de Jagggers.

Construyeron las pequeñas cavidades de cada rueda, sobre la que debía asentarse la bolilla, en forma tal que cada noche pudieran cambiarse las ruedas de una mesa a otra, sin la más mínima desnivelación en el equilibrio de las mismas. Esto derrotaría a Jagggers, pero el pequeño demonio, cuando se dió cuenta de ello, abandonó el Casino, rumbo a su ciudad natal, al norte de Inglaterra, pero llevando, eso sí, las 80 mil libras que ganara al Casino.

Jamás transcurre una temporada, en Monte Carlo, como en cualquier Casino del mundo, sin que

los jugadores se devanen los sesos en el anhelo de conseguir abatir la banca y alzarse con una fortuna. Muchos crean sistemas, y sólo llegan a arruinarse por la ingenuidad de sus propios cerebros.

Muchos de ellos obtienen ganancias, y dicen a sus amigos que alcanzaron por fin la meta, en apariencia inasequible, de la inmunidad frente al banquero. Lo que sucede, por supuesto, es sólo un capricho del azar, que se les rinde al principio; no conozco a nadie que a través de un sistema no haya terminado maldiciendo a su inventor, si es que no descubre por propia experiencia la falibilidad del mismo, al ensayarlo por segunda vez. Mucha gente, obvio es negarlo, ha estado muy cerca de alcanzar el sistema infalible. Han dado, incluso, verdaderos dolores de cabeza a los Casinos, y le han extraído sumas considerables, pero casi siempre han tomado la precaución adicional de comenzar con dinero de otros, los que con frecuencia, en el imperativo de recomenzar sus vidas.

El mejor de tales sistemas era el muy simple de basar las apuestas dentro de los diez números contiguos al cero, o de su color, partiendo del razonamiento de que de nueve casos por cada diez, el péndulo no se balancearía más allá que diez puntos de su camino. En esto estuvieron acertados, pero después de varios éxitos sensacionales en diversos Casinos, el asunto fue cuidadosamente estudiado por hábiles técnicos llamados por la Administración, descubriéndose que el motivo de la retardada variación del péndulo se debía a una falla mecánica en la fabricación de las ruedas. Después de esto, los "inventores" hubieron de "retirarse", tomando el término en un sentido muy amplio.

El rey Eduardo VII, quien estuvo profundamente interesado en la ruleta, llevó a cabo un estudio muy detenido de su rueda, cuando visitó Monte Carlo. Después de un cierto tiempo se esparció el discreto rumor de que el rey había descubierto un sistema.

Una oleada de excitación conmovió a la Rivera, aguardando ansiosamente los resultados. Se decía que el soberano había decidido que el color rojo poseía una atracción magnética, y que de cada diez golpes, siete u ocho caían invariablemente sobre el rojo. Por medio de minuciosos razonamientos y dobles jugadas, argüía el soberano que después de doce golpes tenía que haber un saldo decisivamente favorable al apostador, y que dependía, claro está, del monto de las apuestas. Mucha gente trató de perfeccionar la ingeniosa idea del rey "Teddy", como lo denominaban sus íntimos, pero ninguna de las numerosas variantes pudo lograr otra cosa que la burla más o menos ocurrente, de sus amigos.

En una de las últimas visitas que hiciera el Kaiser a la Rivera, antes de la otra guerra, lo acompañaba un cierto profesor germano, de nombre Schott, proveniente de la Universidad de Heidelberg, quien había ideado, según él manifestaba, como los otros, el verdadero sistema infalible. Enterado el Emperador, hizo que lo acompañara a Niza, y discutió el negocio detenidamente con él. Deseando ser el primero en emplear el método, el Kaiser adquirió su clave del adusto profesor por una suma de dinero muy considerable. Persuadido éste de que, sin duda, es preferible cualquier cantidad de dinero contante a todas las reservas de los banqueros, accedió a traspasar su secreto al augusto cliente, quien varios días más tarde, efectuó una visita de incógnito a los salones para ensayarlo. Para pasmo y enojo de Su Majestad, el sistema engrosó las utilidades del Casino en 5.000 luises. Se pregunta uno si el matemático retornó alguna vez a su sillón académico, y qué ocurrió si lo hizo.

Resulta casi divertido observar cómo los fabricantes de sistemas se lanzan sobre los extranjeros para venderles sus procedimientos que harán luego saltar la banca. Alguna de esta gente creen, en verdad, con pertinaz obstinación, en el valor de sus combinaciones, y no ceja en la búsqueda de algún generoso Mecenaz que se resuelva a financiarlo, modelando de paso la fortuna de ambos.

Estos viejos optimistas -son invariablemente viejos- merecen en realidad la compasión. Puede UD. verlos aproximarse a cualquiera, de próspero aspecto, tomarle del brazo, como preámbulo a su

susurro prolongado y confidencial. Ni siquiera se precisa escucharlos, pues casi siempre la misma historia, repetida innumerables veces cada noche, durante años, probablemente en todos los Casinos del mundo.

-¿El señor espera ganar? -comienzan.

El interpelado asiente, a tiempo que la voz del otro se torna conspiratoria.

-Yo "puedo" hacerlo ganar, señor -musita. -¿Cómo?

-Poseo un sistema -la voz se vuelve más íntima- el cual nunca ha fallado.

Se detiene. Quizás, después de todo, pueda haber algo en lo que ese hombre dice. La atención crece. Las combinaciones, la ley de los promedios, etc. retorna a la circulación, en un laberinto de números, colores, alusiones a "cheval", plenos, y el resto de la jerga común a todos los centros de juego. El interlocutor está impresionado.

-¿Pero cómo no ha hecho UD. mismo su fortuna? inquiere con inseguridad.

-¡Ah, señor! -gime el hombre. -Soy un hombre pobre. Un pequeño capital, y la fortuna de los dos está hecha.

-¿Cuánto? -inquiere el solicitado, inquieto, a tiempo que extrae su cartera. Los ojos del tronado se dilatan, y ya tiemblan sus dedos en la impaciencia del dinero.

-Cinco mil francos, Monsieur -susurra, extendiendo la mano trémula. La pareja se encamina hacia la mesa, y mientras el "inventor" se ubica cerca del "croupier", éste, y yo mismo quizás, lanza una mirada irónica en su dirección... Otro carnero que se encamina al matadero. El hombre juega, pierde el dinero, y el Mecenaz comienza a increparlo. El hombre abandona la mesa, ya en su bolsillo una de las cinco placas de mil francos que recibiera.

Existen otros muchos tipos de fraguadores de sistemas. Está, por ejemplo, el cumplido caballero necesitado de unos pocos francos, y que recurre al recién llegado, neófito en estos lances. Los "instructores" profesionales en los ritos y misterios del juego son mal mirados por la Dirección y se trata siempre de impedir sus manejos, aunque es muy difícil prohibirles jugar, si han conseguido al cliente fuera del Casino.

Demás está decir que estos promotores exigen una parte sustancial de las ganancias totales, lo que resulta siempre algo exagerado, ya que ellos no arriesgan la menor suma propia en el juego.

Están también, por supuesto, esas legiones de gentes que arrojan irreflexivamente su dinero al tapete, sin poner el más mínimo sentido común en sus jugadas. A veces ni se dan cuenta siquiera de que han ganado, hasta que alguien se aviene a advertírselo.

Me acuerdo de una preciosa inglesa que una vez en Monte Carlo arrojó 18 luisas, el máximo permitido a "cheval", y ganó. La banca pagó 17 a 1 los ganadores, debiendo ella cobrar, pues, 306 luisas por su puesta. Creyendo que había perdido, la mujer se alejó de la mesa, y habría perdido probablemente la suma, de no haberla advertido un cortés británico a su lado, lo que evitó que los luisas fueran a parar al haber de algún otro testigo menos escrupuloso.

Aunque no existe sistema alguno que pueda vencer por entero a la banca hay ciertos procedimientos que previenen al apostador del juego a tontas y a locas, y de las pérdidas desmedidas. De estos últimos es de quienes la banca recoge el grueso de sus ganancias. Si uno apuesta con prudencia, es posible disfrutar del placer de la ruleta, sin riesgo mayor de llegar a la bancarrota.

Como ex-croupier que soy, permítame UD. que intente indicarle cómo precaverse contra las pérdidas de consideración. Recuerde que no le estoy dando un sistema infalible que puede hacer "saltar la banca", ni cosa que se le asemeje. Sólo ensayo mostrarles cómo jugar con cordura.

El mejor sistema es apostar 1, 2, 3 y 6, lo que significa que solamente debe UD. apostar una ficha a la vez todo el tiempo que UD. gane, aumentándola a dos, en cuanto comience a perder. Si la pérdida se repite, aumenta el monto de su apuesta a tres, y si - la suerte le es adversa de nuevo

durante tres veces consecutivas, ponga entonces seis placas. Esto puede parecer "chapuqueo", pero no lo es en realidad. El resultado de tal sistema de juego es que si gana UD. al primero o segundo golpe, ha logrado, por así decirlo, una "unidad" que puede meterse en el bolsillo como ganancia, dejando "en juego" su puesta inicial.

Si pierde los primeros dos golpes, y gana en el tercero o cuarto, ha recuperado UD. sus pérdidas, sin sacar nuevo dinero del bolsillo. Bajo este método comprobará que para que la banca le gane, deberá hacerle perder cuatro golpes, un riesgo bastante reducido en verdad. Ahora, no vaya a forjarse la idea de que este sistema hará su fortuna. No es así. Lo que hará es proporcionar a UD. un cierto grado de excitación con un mínimo de riesgo. Lo que cada ficha representa es un asunto puramente personal, ya valga 1, 10, 100 ó 1.000 unidades de cualquier moneda.

Si no entra en sus proyectos concurrir nunca a un Casino, el prudente sistema descrito no será de utilidad, pero si piensa UD. visitarlos algún día, adóptelo, y lo que es más, manténgalo. Contribuirá a evitar que dilapide UD. sus propios billetes, y que vayan a engrosar los hondos arcones de los grandes Casinos distribuidos por el mundo.

07. ¡Alcohol, Amor y Crimen!

Nada hay que induzca con mayor fuerza a olvidar el reposo y tranquilidad de la decencia, que el juego.

El alcohol, el sensualismo y otros notorios instigadores al crimen palidecen ante el poder casi omnipotente que posee el juego para llevar a la ruina a hombres y mujeres.

Es extraordinario todo lo que puede llevar a cabo gente en apariencia honesta y respetable, cuando se hallan dominados por la fiebre del juego, o financieramente embarradas e incapaces de contener su pasión por el tapete.

Los "croupiers" deben tener una vista de lince, pues de otra manera pronto serían saqueados a diestra y siniestra. Una de las formas más usuales de juego sucio es, desde luego, la simple de cambiar los puestos apenas se canta el número ganador. Una larga mesa con dos "croupiers", y muchas veces, con varias docenas de jugadores, resulta muy difícil de controlar, y así, con la excusa de cobrar una ganancia, o colocar una apuesta, el jugador deshonesto puede correr su apuesta hacia la cifra premiada.

En Monte Carlo ésto era imposible, porque el reglamento establecía que no podía cambiarse ninguna jugada, ni colocar otras, hasta que la banca hubiese pagado todas las favorecidas. s otro de los ejemplares que pueden hallarse rondando el paño de todos los Casinos del mundo. Un jugador no se percata de que su jugada ha ganado; deja la puesta, y hasta quizás abandona la mesa. Supongamos que la jugada vuelve a darse, aumentando el remanente. Surge entonces la mano ratera que se alzaré probablemente con las fichas, sin que nadie pueda reclamarle la posesión de esa ganancia ilícita.

He presenciado infinidad de estos casos, y las luchas que entre el bien y el mal sostenían en su interior honestísimas personas. Puede UD. leerlo en sus rostros: ojean furtivamente en su derredor, y al "croupier". ¿Notarán algo? ¿Será seguro...? Se resuelven al fin, y con aire despreocupado levantan las fichas abandonadas sobre algún número del paño verde. Es, por supuesto, mi deber de "croupier" detener esa mano con mi rastrillo, y murmurar con discreción:

-Hay un puequeño error, Monsieur, esa jugada es de una señora que se acaba de retirar, pero que regresará, sin duda, enseguida.

El ladronzuelo retira su mano como si la hubiera picado una avispa, y bajo las miradas recelosas de los jugadores, abandona con discreción la mesa a la primera oportunidad. Suele ser éste el jugador honesto, algo desmoralizado por la fascinación y el vértigo del ambiente. Hay otros, desde luego, que son avezados profesionales del delito, a quienes resulta muy difícil descubrir.

Estos ladrones no muestran conciencia alguna, al apoderarse de fichas ajenas, y si son sorprendidos se niegan a devolverlas, alegando rotundamente que les pertenecen. Algunas veces sostienen que son amigos del poseedor legítimo, y si no puede hallarse a éste en el Casino, es imprudente y poco seguro proseguir la disputa con el granuja, quien se aleja riéndose para sus adentros, del buen éxito de su golpe.

Me viene a la mente un hombre de esa clase, el que con tanta frecuencia perjudicaba así al Casino de Le Touquet, que fue necesario tenderle una celada, y lograr de esta manera un pretexto legítimo para impedirle la entrada. En complicidad con una mujercita muy agraciada, nuestro hombre se cercioraba bien de que el primitivo dueño de una jugada abandonada, y sus ganancias posteriores acumuladas, había abandonado el Casino.

Un día una puesta con los beneficios que fueron sucesivamente reforzándose, hasta llegar a más de quinientos luses, fue abandonada expresamente sobre una mesa, por alguien. El ratero reclamó su posesión, y comenzó la disputa de siempre con el "croupier". En ese momento apareció el verdadero dueño de las fichas, quien desmintió la historia del otro acerca de una supuesta "amistad" entre ambos. Todo lo ocurrido fue que había ido a reanimarse con una copa de champaña y un sandwich de "foie-gras"... El sujeto, y su linda compañera, fueron conminados a abandonar el Casino, y no se les volvió a ver desde entonces.

Otro método para despojar de sus ganancias al prójimo, y que prevaleció mucho en Monte Carlo, fue el empleado por ciertos fulleros que no se atrevían a acercarse a la mesa ellos mismos. Algunos jugadores son muy supersticiosos, y después de colocar su apuesta, la abandonan de propósito, alejándose para regresar al cabo de cinco o diez minutos para saber el resultado. Es este un proceder frecuente entre quienes juegan sobre series, tales como el "pleno transversal", que abarca tres números, cualquiera de los cuales aumenta la jugada en la proporción de 11 a 1.

Es entonces cuando el ladrón que acecha a uno de estos apostadores que se apartan, sigue la jugada, y si ella crece en ausencia de su poseedor, se dirige confidencialmente a cualquier concurrente, musitando:

-Le ruego a UD. quiera recogerme la puesta, que está sobre el "pleno transversal" del 0, 2 y 3, con su ganancia. Mi suegro está por llegar, y si ve que yo juego, me hará una verdadera escena. El juego obliga: recoge él otro las fichas de la mesa, y las desliza subrepticamente en las manos pecadoras del "hijo político", quien parte velozmente. Cuando el dueño legítimo retorna, ya no hay rastros de nada. ¡El pillete ha burlado a un jugador desprevenido y honesto!

Otra chicana empleada muy frecuentemente con éxito es la que se conoce por "la mano oculta". En Monte Carlo no solía emplearse, pues se dispone allí del sistema más completo y hábil de policía secreta que haya tenido nunca un Casino. ¡Y a fe que era necesario!

En esencia, "la mano oculta" era practicado por una pareja que obraba por separado. La mujer, lujosamente ataviada, se comportaba como si ignorase todas las leyes del juego, y aún más, claro es, sus "faltas imperdonables". Cuando la rueda de la ruleta estaba ya a punto de detenerse, y el banquero recitaba el tradicional "no va más", ponía ella repentinamente una moneda de cinco francos -con un luis por debajo sobre el número en que, según todas las apariencias, iba a detenerse la bolilla.

-Demasiado tarde -decía el "croupier", apartando con su rastrillo la apuesta; aparecía entonces el luis... A su vista, el hombre inquiría: ¿De quién es esta moneda?

-Mía -respondía el cómplice al otro extremo de la mesa, y dado que nada se podía probar, era preciso pagar el monto variable de esa jugada, según estuviera colocada ésta en pleno, "cheval", o "carré".

El procedimiento suele aplicarse también con dos fichas, la mayor de las cuales cubre la otra, y ha sido una de las prácticas fulleras más eficaces perpetradas en perjuicio de los Casinos.

En el "baccarat" no existen muchas maneras de estafar, excepto por el aumento de las apuestas aprovechando una distracción del banquero, o cuando el tramposo dice el "banco" para aprovecharse de una mano fraudulenta. En todos los Casinos, por supuesto, se mantiene una estrecha vigilancia sobre las mesas de Baccarat, y sólo alguien muy hábil puede sacar provecho de sus maniobras ilícitas.

Las trampas repetidas en las mesas del treinta y cuarenta no suelen perjudicar al Casino, pero sí logran aliviar de su dinero al jugador tonto e inexperto, dinero destinado a perderse, seguramente, de cualquier manera. Los cuenteros trabajan de preferencia a los que han sufrido fuertes pérdidas insinuándoles que están en combinación con el "croupier".

Después de pintarles las perspectivas del negocio, y exigir más de la mitad de participación en las futuras ganancias, aseguran a sus víctimas de que tienen todo un código secreto de señales con el banquero, por el cual éste seguirá sus instrucciones. Si la argumentación es conveniente, ambos toman asiento en la mesa del treinta y cuarenta, donde el fullero indica a su cliente la conveniencia de jugar al rojo o al "negro". Si éste, por puro azar puede recuperar sus pérdidas anteriores, aquel exigirá de inmediato la mitad de la suma. Si, como sucede la mayoría de las veces, el juego da pérdidas, será el damnificado quien clama por la devolución de su plata. Inútil es agregar que nada consigue, y como es cómplice de una estafa, ni siquiera puede denunciar al impostor. Por cierto, que el truhan y el "croupier" no tienen la menor relación, y las señales y todo lo demás, es sólo un puro "bluf".

Aparte de toda esta variedad de estafas, hay una tremenda variedad de anormalidades y crímenes en el ambiente de los Casinos. Cuando piensa uno que concurren a ellos los delincuentes más hábiles del mundo, no puede causar asombro la serie de dramas y fraudes que con tanta frecuencia acaecen.

Estafadores, chantagistas, fulleros, ladrones de joyas, rateros, logran a veces evadir la vigilancia, y desplegar sus especialidades entre la concurrencia desprevenida de las salas de juego.

Hay también una laya de personajes irreprochables que se dirigen a los jugadores precisados de un préstamo en efectivo... ¡ese promisor billete adicional!... Es obvio recalcar que estos Shylocks no prestan sus servicios financieros sino a aquellos jugadores ampliamente conocidos por su solvencia material o social.

Si el joven Lord X heredero del conde Y cuyas rentas anuales alcanzan a las cinco cifras, encuentra que ha agotado sus disponibilidades inmediatas, sin probabilidad de inmediata reposición, y desea un pequeño préstamo de mil libras o cosa así, bien, es posible, que no halle dificultades de consideración. Shylock tendrá verdadera complacencia en servir a Su Señoría para que haga de nuevo papel airoso en el tapete, ya fortificado financieramente.

Rara vez ocurre que tales prestamistas salgan perjudicados; son demasiado astutos para eso, mucho más, por cierto, que la Caja del Casino. En casi todos los del mundo es posible cambiar cheques, siempre que sea conocida la integridad del librante. Con todo sufre ésta golpes de consideración, y hace pocos años Monte Carlo se hallaba en posesión de Cheques pagados, y rechazados luego, por un valor superior a cien mil libras esterlinas, y firmados por gente a quien siempre se supuso solvente.

Todos los Casinos concentran bandadas de tahures de ambos sexos, y hasta tanto el juego mantenga su actual popularidad, así encerrará también su lado deshonesto, representado por todos aquellos deseosos de alcanzar beneficios a través de los medios menos escrupulosos.

08. Bajo las Luces Artificiales

Las salas de juego de todos los Casinos del mundo sólo conocen la luz del día, en los momentos dedicados a su limpieza ¡Mucha gente se pregunta a qué motivo obedece el que dichos centros estén invariablemente, y sin excepción alguna, iluminados con luz artificial, aunque muchas veces pudieran recibir los rayos solares del exterior!. Existe para ello una razón profunda y velada, una razón psicológica.

La luz del día, haciendo abstracción de la solar, forma un ambiente demasiado luminoso, refractario en esencia, a la excitación del juego. Pertenece éste, en lo que tiene de más íntimo, a sendas de oscuridad, y si de improviso permitiéramos que los claros rayos del sol, y la luz natural bañaran a los jugadores, sería ello de un efecto tan deprimente para sus espíritus como para la banca. Ya dije en otro lugar de estas memorias, que cada detalle relacionado al Casino, se planea con minucioso cuidado; ahora bien, uno de los más importantes asuntos de cualquier sala de juego es su sistema de iluminación, que debe ser cálida, exótica, tensa, formando la atmósfera neurótica propicia a sus finalidades. Cuando se agrega a ella, el toque de la mujer, y el humo de los fumadores, se completa el cuadro psicológico tendiente a enervar el equilibrio ordinario de los jugadores, y volverlos menos resistentes y más predispuestos a las excitaciones del juego.

Menciono la iluminación artificial de los Casinos porque resulta interesante, y revela un matiz, de gran atractivo humano para el estudio de la psicología de los jugadores, y de la forma en que los banqueros saben explotarla en su propio beneficio.

Ya que es ésta mi última huella para el próximo de mis recuerdos y experiencias de "croupier", quisiera mostrarles la tragedia y la debilidad del mundo del azar, y relatarles algunos de los incidentes, y dramas que se sucedieron al compás de la danza de la bolilla.

Vuelve ahora a mi memoria la mirada angustiosa y desesperada de una jovencita, a quien mi rastrillo despojó de sus últimos francos; de una anciana, muy anciana señora, de cabellera cana y finas facciones alteradas de horror e incertidumbre ante el frío dictamen que declarara la bolilla; de un hombre de aspecto aventajado y marcial que labró su ruina en pocos minutos, por exclamar "¡banco!" al bacarat... Podría seguir así indefinidamente relatando las incidencias en, que el patetismo revestía los designios insondables de la fatalidad.

No he de olvidar a una madura mujer que, hace muchos años en Monte Carlo, arriesgaba febrilmente pequeñas sumas de dinero. A causa precisamente de lo insignificante de sus apuestas, creí comprender de que ellas obedecían a su necesidad de ganar para un propósito determinado, y que algo muy importante dependía del resultado de esas jugadas.

De tanto en tanto -cada vez que ganaba un luis- abandonaba el salón, para regresar a los pocos minutos. Repentinamente pareció decidirse a arriesgar el todo, pues colocó 10 luses a "cheval". Siendo yo un "croupier", estaba impedido de hacerle ninguna advertencia, de modo que lancé la bola, y aguardé el resultado, en una suerte de ansiedad por el destino de aquella infeliz mujer. Ella perdió, y su rostro palideció hasta la muerte, antes de abandonar el tapete. Horas más tarde, cuando ya relevado, salía yo del Casino, vi a la mujer en la terraza, acompañada de una niñera que mecía una cuna en la que había dos bebés.

Acercándome a la mujer me descubrí, inclinándome. -Perdón, Madame -dije- soy el "croupier" de la mesa en la que UD....

Antes de que pudiera proseguir, se levantó de un salto, y llena de furia comenzó a cubrirme de insultos. Ella había perdido, el juego no fue sino una trampa, y allí estaba ahora arruinada con sus dos hijitas. Aguardé en silencio a que se calmara. Me había hecho cargo de la situación en un instante, y llegado a una desición. La mujer estaba otra vez en su silla, sollozaba histéricamente.

-Le repito Madame que soy el "croupier" -continué-. Hubo un pequeño error, y es un placer para mí informarla de que UD. ganó. Aquí está el dinero.

-Y coloqué en sus manos un fajo de billetes.

Abrió la dama unos ojos desmesurados, se precipitó a mi mano para besarla, antes de comenzar un llanto de felicidad sobre las dos criaturas. Partí al instante a tomar mi cena, lleno con toda la paz del mundo por haber sido capaz de realizar una buena acción, en un caso tan lamentable. Por supuesto no había habido equivocación alguna, y aún en tal caso no se hubiese enviado nunca a un "croupier" tras un jugador para reintegrarle sus ganancias, pero la tal señora, viuda según averigüé más tarde, desconocía lo suficiente nuestro ambiente para estar al cabo de tales cosas.

Un incidente algo semejante me ocurrió cierta vez en que hube de hallarme a mí mismo convertido en prestamista.

La principal figura del drama será siempre recordada por mí como "la dama de la rosa", que así la denominaba yo cada vez que se aproximaba a mi mesa en el Casino de Biarritz. Alta y morena, con ojos azules y rasgados, ostentaba invariablemente una rosa encarnada, y fue esa peculiaridad que despertó mi atención sobre ella. Solía jugar sumas reducidas, hasta que un día arriesgó, como, les ocurre a las mujeres, una cantidad mayor, y perdió. Resultaba evidente que su mal hado, la afectaba profundamente, pues se levantó llenos de lágrimas los ojos azules.

No la ví en unos cuantos días, hasta que su presencia volvió a conmovirme, sentada en uno de los ángulos, mezquinamente vestida, y con el aspecto de alguien que no ha comido y dormido por varios días, A su lado estaba un niño de unos seis años.

Decidido a tratar de ayudarla, me aproximé a su lado, inquiriendo acerca de su aspecto enfermizo. Me respondió que había perdido casi sus últimas reservas en el Casino, y que se hallaba prácticamente arruinada. El niño era todo lo que restaba en su viudez.

Le pedí que cenara conmigo, y después de una buena comida, y una botella de Chianti, la mujer se reanimó un tanto. Refirióme entonces que si podía regresar a Inglaterra, estaría en condiciones de conseguir dinero de su familia, y pagar así el que le prestase. La única dificultad era el pequeñuelo. Por ese tiempo, yo mismo atravesaba también por dificultades financieras.

Para abreviar la historia, diré que proporcioné a "la dama de la rosa" el importe de su viaje a Londres, y accedí a guardar al niño, su hijo, como "prenda" por el préstamo. Una semana después recibí el dinero, y en cantidad suficiente como para despachar al niño en compañía de dos Hermanas de Caridad que se dirigían a Inglaterra. Ha sido esa la única ocasión en que hice de prestamista.

En Biarritz trabé relación, durante la temporada, con un hombre que, años más tarde, iba a ser la principal figura en un sensacional caso de asesinato ventilado en las Cortes de Gran Bretaña: Jean Pierre Vaquier. Era Vaquier un jugador inveterado, y siendo dueño de un espíritu matemático, comenzó un estudio metódico del juego con la finalidad de hacer quebrar -matemáticamente o mecánicamente- a la banca. Una hermana mía, que lo conociera en una fiesta, me lo presentó en un café de Biarritz. Conociendo mi profesión de "croupier", el francés inició enseguida una discusión de juego conmigo. La amistad prosiguió, y así un buen día comenzó a ser más confidente y a confiarme lo que seguramente ha sido el más ingenioso proyecto para defraudar a la ruleta de cualquier Casino, que haya sido concebido jamás por la mente del hombre.

El plan de Vaquier consistía, en su esencia, en controlar el funcionamiento de la rueda de la ruleta, por medio del magnetismo inalámbrico. Sus argumentos descansaban en que si el croupier podía

sólo conectar un instrumento, él manejaría secretamente el eje de la rueda de la ruleta, a través de un dispositivo inalámbrico en miniatura, desde su propio bolsillo, en cualquier parte en que se encontrase en el Casino. Era, por cierto, una idea ingeniosísima -de ser practicable- de lo cual yo no tenía el menor convencimiento. La clave del asunto, era según los planes de Vaquier, lograr la complicidad del croupier. Desde luego, era yo el hombre, sólo que no me hallaba en absoluto dispuesto para participar en una estafa semejante, así fuera ella practicable, lo que tampoco creía.

Si Vaquier puso o no en práctica su invento, nada pude saber, pero estoy seguro que no realizó sus esperanzas de reunir una fortuna, con tal método.

Los maridos que permiten a su mujer visitar solas las salas de juego, están provocándose toda clase de dificultades. La semilla de centenares de divorcios florece junto a las brillantes luces de esos salones e incontables hogares y reputaciones se han derrumbado merced a la bolilla de marfil, y el rastrillo del banquero. Como ya he dicho, una mujer ignora siempre lo que pierde hasta que no le queda un céntimo, y en tales casos abundan los que no vacilan en reparar el desastre, por ciertos "quid pro quo".

Recuerdo a una casada que perdió algo así como unos diez mil francos en Evian-les-Bains. A tiempo que apartaba yo su última ficha de mil francos un obeso griego a su lado, le introdujo en el bolso una cantidad de billetes de banco. Antes de que ella pudiese tocarlos, un inglés contiguo a su asiento, -un baronet- deportista famoso, tomó los billetes y volvió con mirada amenazante, a colocarlos en las manos del griego, mientras lo asía del brazo para conducirlo, muy a pesar del otro, fuera de la sala. Una vez allí el Baronet administró al necio seductor la más grande paliza que éste, de seguro, recibió en toda su vida. Quiero agregar que el inglés había sido compañero de estudios del marido de la imprudente mujer, aunque ésta no le conocía directamente.

En otra ocasión una rusa -embravecida de súbito por sus reveses en el tapete- extrajo una navaja, y comenzó a hacer maniobras peligrosas. Fue pronto reducida, pero no antes de dar varios puntazos a sus vecinos. Estos son los asombrosos efectos del juego.

09. El Infierno al Desnudo

Pienso que no hay espectáculo más trágico y patético que el ver a una mujer jugando. He presenciado como literalmente miles de mujeres hermosas, muchas de ellas de la nobleza, y algunas de sangre real, intentaban seducir, hora tras hora, a la suerte, en los Casinos de Europa. Las he visto ganar, pero no he envidiado su agitación febril, convencido de que muy pocas entre ellas saldría de allí con dinero, y sabría conservarlo.

Fuí testigo forzado de innumerables tragedias, y espectador ante el drama de mujeres con cuerpos tan bellos como un amanecer en los trópicos, que dejaban sus últimos francos sobre el paño verde, para luego, con un temblor en los labios, y una mirada demasiado sombría para ser descripta, abandonar la densa atmósfera del Casino, y bajo el cielo cubierto de estrellas, volarse los sesos, o beber de un golpe el contenido de un pequeño frasco, para caer, la boca convulsa, para ya no volver a levantarse.

Más triste aún, ví a mujeres cuya virtud fuera intachable aceptar la sonrisa insinuante de algún granuja, y sacrificar la última de las prendas -su honor- en aras de la probabilidad de obtener algunos miles de francos adicionales, los que caerían también en el pozo sin fondo del Casino.

Tuve ocasión de tratar en Monte Carlo a los más famosos personajes del mundo, emperadores, reyes, príncipes, y a la mitad de la nobleza europea. He recogido el dinero de nueve de cada diez de los millonarios de los cinco continentes, me he mezclado con los dignos y con los bajos, los buenos y los malos, los capaces y los inútiles. Mis ojos han guardado tragedias más sombrías que las del Grand Guignol, y que ningún dramaturgo podía sobrepasar en ironía y patetismo. He visto llorar a un Emperador a causa de su mala suerte, y cómo una gran actriz se atravesaba el corazón

debido a que la pequeña bolsa, se rehusaba -como la mitad de los potentados de Europa- a rendirse ante su fascinación y encanto indudables.

Se me presenta ahora a la memoria un episodio del que fue protagonista ese gran rey que se llamaba Eduardo VII, y que acaeció en una de sus frecuentes vacaciones en la Riviera. Lo acompañaba el Príncipe de Gales, que fue después Jorge V. Su llegada a la "salle privé" causaba siempre alguna excitación, y la tarde aquella en que ocurrió el incidente- que voy a relatarles, la expectativa crecía pues corría el rumor de que el soberano era dueño de un "sistema infalible".

Cuando Eduardo VII llegó a mi mesa, de la cual era antiguo conocido, hízole compañía nada menos que el Archiduque Francisco Fernando (el asesinado en Sarajevo), heredero del trono de los Austrias.

Frente a la vieja emperatriz Eugenia, estaba el rey, y cerca de ellos, el gran duque Nicolás de Rusia, Sara Bernhardt, y una docena de millonarios americanos.

Ganó el monarca inglés, y no estuvo solo en la suerte. Pero yo noté, de súbito, que Eduardo observaba de extraña manera a su vecino, un hombre estrambótico y moreno, al que en cierto instante del juego, hube de retirar sus manos que recogían algunas "plaquettes"...

-Me parece que esta no es su jugada, ¿no es verdad, Monsieur? -inquirí fríamente.

-No por cierto -dijo el rey Eduardo- son del duque, que está distraído del juego. El hombrecillo de tez oscura, al oír sus palabras abandonó la mesa con premura, dejando el lugar vacante, para la más brillante y hermosa de las concurrentes: la bella Otero. Supe después que el mestizo era un truhán de América del Sur sospechoso de traficante de blancas, y del cual ya volveré a ocuparme. El conflicto casi me cuesta el puesto, y sufrí un descenso, que no fue mayor gracias a la oportuna intervención de Eduardo VII.

Recuerdo la figura del caballeresco Jorge V, cuando era Príncipe de Gales, aunque jamás pude verlo interviniendo en juego alguno. Su rostro frente a las mesas, parecía entre aburrido y apenado, y no pocas veces me pregunté cuales serían sus pensamientos, en contraste con su padre, que era cultor fanático y pertinaz del tapete.

Cierta vez que terminado mi descanso, regresaba yo a la "Salle privé" de cuya ruleta principal estaba encargado, a través de los caminos tortuosos y perfumados del Jardín Botánico de Mónaco, cuando percibí tras unos matorrales, el cuerpo de una mujer joven, vestida en traje de recepción, con la garganta cubierta de joyas, o imitaciones costosas. Al inclinarme sobre ella, vi a su lado una botella pequeña y elocuente por demás...

No mencionaré más detalles. Basta agregar que, después de identificado el cuerpo de esa inconsciente, se notificó a sus familiares quienes costeados por el Casino, trasladaron los restos de la infeliz a la tumba de sus antecesores en un lugar del mediodía de Francia.

Es estúpido hilvanar reflexiones sobre las consecuencias del juego sobre el destino de la gente, ya que quienes resuelven arriesgar su destino suelen pagar en carne propia la imprudencia, sin merecer piedad ni condenación. Soy de opinión de que el Estado debería tomar intervención para controlar esa fuente de esclavitud moral y degradación.

Les referiré a Uds. la historia, muy notable, de un secuestro que sucedió a jovencitas muy hermosas que hallándose en Monte Carlo algo desorientadas por el alcohol, fueron secuestradas en el "yatch" de un multimillonario Sudamericano, el que pronto elevó velas mar adentro. Sólo debido a la providencial acción de un telegrafista consciente, salvaron las niñas de un porvenir demasiado sombrío para ser descripto. Dicho potentado -hombre de madurez bien cumplida, y con una fama de sátiro que conocía media Europa-, entró en complicidad con un "Barón" austríaco cuyo título deseo que no haya sobrevivido. Ese hombre ávido de riquezas propuso un día, frente a una botella de champaña en el Casino, al millonario:

-Me parece que puedo presentarle a cualquier mujer hermosa que a UD. le apetezca, de las presentes. Muy interesado el magnate giró la vista, y seleccionó a cuatro damas que a su juicio, parecían muy apropiadas para colmar sus aspiraciones subalternas.

-Resultará fácil -murmuró el pillete "Barón", sugiriendo de paso al otro, de que aprestara su yate esa misma noche. El "servicio" costaría al millonario la insignificancia de 100.000 francos. Y así comenzó "la faena"...

Inconscientes por la bebida, la doble pareja de mujeres fue conducida al yate, el que zarpó en seguida con su precioso cargamento. Diez minutos más tarde, el "Barón" recibía en una cabina interna del barco, la suma estipulada, a tiempo que la embarcación se internaba velozmente mar afuera.

Cuando las chicas recobraron el sentido -lo que no tardó en ocurrir- intentaron obtener auxilio del telegrafista, un joven mozo, que trabajara antes en una gran línea transatlántica. Comprendiendo éste la realidad del episodio, se comunicó secretamente con la Policía de Mónaco, la que a su vez telegrafió instrucciones para que se tomara posesión del yate apenas éste arribara a Génova. Los dos días que siguieron hasta la llegada a ese puerto, lo pasaron las muchachas escondidas en un lugar de proa, mientras se hizo creer al millonario de que se habían escapado en un bote salvavidas.

Apenas arribó el barco, se precipitaron los detectives a él. El telegrafista entregó a las muchachas, que fueron conducidas a tierra, mientras el millonario era llevado a prisión. El cónsul de su país ayudó en lo que pudo a las infelices, pero ellas se rehusaron a todo auxilio, y partieron, por propios medios, a Inglaterra, reflexionando, sin duda, cómo sus sueños románticos fueron destrozados tan intempestivamente, por un mundo demasiado materialista.

La historia no rebasó los límites de Monte Carlo, porque su divulgación hubiese perjudicado el prestigio del Casino, y el del dinero y los intereses que lo ensombrecen. En algún próximo capítulo les contaré de todas las medidas que la Empresa tomaba para presentar sus tapetes como una luz de esperanza para los desposeídos y ambiciosos que sueñan en los cinco continentes de este mundo pecador, con el poder y las perspectivas insondables de que el dinero hace poseederas.

10. Beldades ante el Tapete

Pocas, muy pocas cosas consiguen reformar a las mujeres que se dan a la bebida, las drogas o el crimen; y ocurre exactamente lo mismo con las que se abandonan al juego. La mujer que adquiere este vicio pronto deja de ser una criatura normal, para transformarse en un ser tan vil como carente de escrúpulos, al par que astuta y avarienta. Parecerá este un lenguaje algo crudo, pero si Uds. tuvieran mi experiencia, creo que compartirían conmigo la opinión de que el bello sexo suele perderse en cuerpo y alma frente a las contingencias de esa diosa de corazón de hierro que es la Probabilidad.

La bellísima, talentosa y desdichada Isidora Duncan, era, cuando la vi por vez primera en Monte Carlo, la más desafortunada de las jugadoras, y aquellos que la conocían íntimamente, sabían que ese ser fascinador era perseguido por el demonio de la mala suerte dondequiera que fuese. Fue por lo tanto, un placer para mí, la vez que presencié cómo quebraba esa racha nefasta, y recogía del tapete de la "salle privé" de Monte Carlo, la reconfortante suma de 125.000 francos. Ocurrió en mi mesa, y creo que en toda mi carrera de "croupier" jamás fui tan feliz de pagar una suma como en esa ocasión. Durante esa velada llegó Isadora maravillosamente vestida, como le era usual, aunque sus espléndidos ojos, que a tantos sedujeran, aparecían velados con una expresión de tristeza y desgano.

-"Bon jour", Paul, ¿qué suerte me tiene reservada esta noche?

-Buena, así lo espero -replico- aunque no soy un buen profeta -añadí a guisa de advertencia. Isadora se ubicó en un lugar, y pronto su pila de fichas principió a crecer; parecía que la suerte no iba a abandonarla esa noche; acertaba golpe tras golpe, y gradualmente el "spleen" comenzó a borrarse de su rostro, animándose como nunca la viera. Los jugadores se apretujaban a su alrededor, mientras el tiempo avanzaba, y así llegó la hora de la comida, rodeada Isadora de gente que en vez de envidiar sus ganancias, se congratulaba de ellas, sabedora de su proverbial mala suerte.

Cuando se levantó al fin, horas más tarde, recogiendo la gran cantidad de fichas, que se amontonaban a su frente, me dijo aún, que pasé dos horas de mi relevo absorbido frente a la pasmosa suerte de la gran artista.

-Me advirtió UD., Paul, que ganaría hoy, y resultó buen profeta.
-No tiene a los dioses de nuevo -le dije- que ellos no son constantes.
-No lo haré -replicó-. Y pienso que cumplió su promesa. Muchos meses pasaron antes de que volviese a verla, esta vez en Deauville.

Fue en esa temporada que conocí por vez primera a Sarah Bernhardt, la "divina Sarah", que llegaba a Monte Carlo intentando, una vez más, rehacer su vida accidentada, pero sin lograr evitar el dramatismo que la seguía hasta las mismas mesas de juego.

Fue una historia dolorosa, en la que intervino también un hombre que con su maravillosa devoción seguía las huellas de la gran trágica, aunque sin lograr otra compensación que un sincero afecto de aquélla, por su amor grande y fervoroso... Era tradicional la adversa suerte de Sarah en el campo de otros juegos, pero nunca había accedido ella a probar fortuna en las mesas de la ruleta.

Una noche llegó Sarah Bernhardt a la "salle privé" con mirada tensa y voluntariosa en el rostro. Traía consigo unos 100.000 francos, y con ellos comenzó a jugar. Los hados adversos habrían de acompañarla también en esa ocasión, y tres horas más tarde, el total de dicha suma engrosaba ya las arcas del Casino. Retorciendo sus manos con ese gesto que le era tan propio, se levantó y abandonó el salón.

Horas después se esparció el rumor por todo el Principado de que había atentado contra su vida. Parece que se encerró en el lujoso departamento de su hotel, intentando envenenarse. En esos momentos, y con el presentimiento de la tragedia, el vizconde de X -no lo nombraré, pues vive todavía- forzó las puertas, e impidió su propósito. Al interrogarla, y descubrir de qué clase era su tragedia, le extendió sonriente un cheque de préstamo por 300.000 mil francos, que serían para la actriz una providencial tabla de salvación. Pagó ella, seis meses más tarde, esa deuda de honor, profundamente agradecida a su intempestivo salvador -que no era otro que el cortejante desechado- por su intervención oportuna y generosa.

Sarah Bernhardt fue una de las jugadoras más infortunadas que haya conocido, y sólo puedo compararla con otra gran figura, igualmente ajena a los favores del azar: la bella Eleanor Duse que abandonó el juego, cuando una muchacha a su lado se quitó la vida al perder la última ficha.

Aquellos que frecuentaban la Rivera recordarán a esas mujeres exóticas y extrañas que peregrinaban el año entero de Mónaco a Niza, viviendo en pequeños hoteles, y apareciendo cada día frente al paño, como si cumplieren un rito; el rito de la esperanza frente al capricho insondable de la deidad de los sueños y la riqueza. Se les denominaba "las mujeres olvidadas", a falta de mejor descripción.

Eran, en verdad, seres de tragedia, sus ingresos, esfumados ante la bolilla, y que ya, impotentes para jugar, se contentaban con acercarse a observar, semejantes a esqueletos devorados por el pájaro de la carroña...

Recuerdo bien a una de ellas. La llamada "Madame Seis", debido a que por espacio de dos años visitaba diariamente el Casino, y jugaba "pleno" a ese número, y si ganaba volvía a repetir hasta que perdía. Si así ocurría en la primera puesta se encogía de hombros; y dejaba la mesa ese día, para retornar al siguiente para volver a apostar a esa cifra preferida. De edad ya, y de nacionalidad incierta, debió ser una mujer muy hermosa en la época de su juventud.

Entre todos los "croupiers" existía gran curiosidad en conocer el motivo que la hacía jugar invariablemente al seis, y yo, más atrevido que ellos, le dirigí la palabra una mañana en la terraza.

-No hay secreto alguno que ocultar -respondíome sonriente- el número seis me ha perseguido toda mi vida; nací el 6 de abril, me casé el 6 de enero, mi esposo murió un 6 de noviembre, y a mi único hijo lo mataron en Flandes un 6 de junio. Confío en morir el 6 de cualquier mes, y en su espera, juego a ese número en el Casino.

El misterio estaba aclarado, y me enteré más tarde que aparte de sus ganancias en el tapete, esa mujer no tenía otras entradas que le permitieran vivir, y que yo sepa como caso único, vivía con holgura y despreocupación del producto de sus apuestas diarias.

Un día "Madame X", no concurrí al Casino, y así sucedió los siguientes... Comencé a preguntarme qué podía haberle ocurrido, hasta que llegó la noticia: ¡había enfermado repentinamente, y fallecido... un 6 de diciembre!... Averiguamos dónde fuera enterrada, y con una corona de flores con la forma del número 6, el Cuerpo de "Croupiers" del Casino hizo una peregrinación a su tumba a depositar la ofrenda. ¡Pobre Madame X! Quedará en mi memoria como una de las más trágicas figuras que visitó Monte Carlo, ese rincón de roca y mar, pródigo en dramas, sombras y muerte.

Las grandes figuras del teatro y la pantalla eran habituales en los diversos Casinos de Europa, y eran motivos de atracción no sólo por su fama, sino por su personalidad e indumentaria. El Casino de Deauville no hubiera estado completo sin "Mistinguette", la de las piernas de un millón de francos, y de otras figuras populares y pintorescas, que ambulaban de Deauville a Le Touquet, de Monte Carlo a Cannes. Casi nunca tenían gran suerte en el juego, aunque una de las más conocidas actrices frívolas de Francia, Gina Palermo, hizo quebrar la banca en repetidas ocasiones.

He visto a muchas reinas, e incontables princesas de sangre real ganar en el paño verde, y por extraño y paradójico que parezca -fueron aquellas que podían soportar las pérdidas más considerables, las que ganaron sumas mayores, que por otra parte, apenas si aumentaban sus ingresos. Años atrás, no hubo quizás en Europa, aristócrata más opulenta que la Zarina de todas las Rusias; pues bien, jamás vi ganar sumas tan fantásticas en Monte Carlo como las que ella ganaba; sumas que excedían toda otra comparación, y que hubiesen convertido a cualquiera en verdadero potentado.

Un buen día la Corte Imperial Rusa emigró de San Petersburgo a una maravillosa mansión en Cap Martin, que anteriormente había pertenecido a Mr. Pierpont Morgan. Era quizás el palacio más lujoso de toda la Costa Azul, y en ella asentó sus reales todo el esplendor y la Pompa de esa fabulosa corte imperial. El sitio fue transformado, circundado, y se estableció una línea telegráfica especial con la capital rusa, mientras pululaban alrededor una enorme cantidad de lacayos y servidumbre, incluyendo el cuerpo íntegro del Ballet Imperial que daba color a la ya pintoresca atmósfera y costumbres de la ciudad.

Cierto día, el Zar, la Zarina, el Gran Duque Nicolás, y el resto de la familia Imperial llegaron al Casino para jugar "una mano" en las ruletas. Aunque se habían impartido instrucciones estrictas relativas al "incógnito", el edificio íntegro se modificó para comodidad de los ilustres visitantes. Sillones especiales se instalaron en la mesa principal de la "salle privé", mientras que yo, con otros dos "croupiers", ultimaba mis preparativos para brindar a los zares una oportunidad frente a "Madame Chance".

Un elegante caballero mayor ataviado con el uniforme de la Guardia Imperial Rusa acomodó una

hilera de fichas frente a los Soberanos en el "Carse". El zar apostó a pleno, mientras la zarina optó por hacerlo a "cheval" sobre el 5. Lancé la bola, y ganó la zarina. Recibió ésta sus "plaquettes" con encantadora sonrisa, y jugó entonces a pleno, mientras su real consorte a "cheval". Volvió a ganar la zarina.

-¡Oh, oh! -dijo el zar- tienes más suerte que yo.

-¡Intuición! -respondió aquélla alegremente, y apostó de nuevo. Por tercera vez "salió" su número. Y así continuó por más de una hora. Cuando la zarina se levantó llevaba fichas por un importe muy superior a 100.000 francos, en realidad una bicoca para ella. La pareja se encaminó a las mesas de baccarat, en la que fueron igualmente afortunados. Al abandonar el Casino, oí que la Soberana llevaba otros 50.000 francos adicionales a los ya obtenidos en mi mesa; el Zar en cambio, perdió más de 150.000 francos -lo que ganara su mujer, lo que equilibraba los resultados; pero yo siempre sospeché que la Zarina, tenía un "bolsillo privado"...

11. La Mujer de los Ojos de Serpiente

Si alguna vez se le antojó a UD. presenciar el espectáculo de todos los excesos, y todas las inmoralidades, ver la promiscuidad de la riqueza con la más extremada sensualidad, debió UD. haber pasado unas pocas semanas en ese siniestro lugar del Mediterráneo que se designa con el nombre de Costa Azul.

Mis ojos han contemplado allí, orgías que harían ruborizar a un salvaje. He visto a princesas reales entregarse a excesos llevados por el alcohol, con los sátiros de peor fama en el mundo. En cierta ocasión una dama inglesa de la nobleza fue vista vagando desnuda, a medianoche, por la terraza del Casino de Montecarlo; y no hace muchos años, en Deauville, que un famoso millonario americano dió un "party" en su yate, en el que todos los vestidos fueron excluidos, y el que concluyó en un baño general todas cuyos participantes lo fueran en la condición de Adán y Eva.

En una oportunidad se me pidió que actuara como "croupier" en una partida de juego privada que iba a celebrarse en la villa de un millonario español, pero que había hecho su enorme fortuna en Cuba. La noche convenida, logré obtener licencia en el Casino, para ganarme los muy tentadores honorarios que el potentado me ofrecía para hacerme cargo del manejo de la ruleta en su casa... Llegué poco antes de medianoche, y procedí a organizar las costosas instalaciones que para jugar poseía el propietario. Pronto comenzaron a llegar los invitados del Casino, y de otros clubs elegantes, y reparé que no había sino hombres entre ellos.

Se sirvió un exquisito "souper" en el comedor, uno de cuyos detalles fue la repentina aparición desde una enorme canasta de flores que se hallaba en el centro de la mesa, de una mujer muy joven y hermosísima, que, aunque cubierto el rostro con un antifaz, estaba completamente desnuda.

Esto no es una fantasía, y muchos de los que me leen recordarán la sensación que el episodio causó en el Principado. La muchacha comenzó a bailar en medio de la mesa, sin que sus alados pies rozaran siquiera uno solo de los cristales y adornos que allí estaban. Al concluir, volvió a introducirse entre las flores y desapareció. Terminado el festín penetraron todos en la sala de juego, y en la que yo me hacía cargo de la dirección. La atmósfera pronto se animó, y las apuestas comenzaron a ser más y más altas. De golpe, mi larga experiencia en el manejo de las ruletas me advirtió que la que estaba en ese momento manipulando no funcionaba en una forma normal. El número 9 había aparecido con demasiada frecuencia, de acuerdo a la ley de los promedios, y el detalle de que el dueño de casa jugara de continuo a "cheval" sobre ese número, aumentó mis sospechas.

Tenía la convicción de que el juego no era correcto, y hasta la mirada del millonario parecía demasiado tranquila para que fuera sincera y natural. Estaba yo realmente en un aprieto. Había aceptado la paga del hombre, y era por lo tanto en cierto sentido su empleado esa noche, pero no

tenía en verdad el deseo más mínimo de ser su cómplice en una partida a la mala. He pasado la mayor parte de mi vida en las salas de juego, pero jamás me permití a mí mismo asistir o ayudar en un juego fraudulento.

Repentinamente el huésped se puso de pie -indicándome que detuviera la bola- y sorbiendo su copa de champaña, observó a los invitados, todos, quien más quien menos, "non campos mentis".

-Estoy aburrido de jugar por dinero -dijo-. Todos nosotros somos hombres ricos, y no divierte mucho jugar por lo que nadie necesita. ¿Qué les parece otra forma de riesgo?
-¿Qué quieres decir? -inquirió alguien a su lado-. ¿Qué otra forma de riesgo puede existir?

Por un instante lo miró misteriosamente, a tiempo que todas las luces de la estancia se apagaron misteriosamente, tras su figura, comunicando a su rostro una expresión extraña y siniestra. Chocó las manos, y al ruido, una gran cortina negra se corrió, a sus espaldas, y apareció ante los ojos atónitos, sobre un pedestal, y alumbrada por una luz rojiza la joven que había danzado durante la comida.

Por unos instantes reinó un tenso silencio en el salón, mientras los hombres examinaban, el aliento retenido, a la nacarada aparición tras las cortinas.

-¡Caballeros! -musitó el cubano con una voz velada y penetrante- ¡He ahí una apuesta digna de todos nosotros!...

La sugestión fue acogida con un estremecimiento febril entre los presentes. Un hombre prendió su cigarro con dedos temblorosos, otro carraspeó nerviosamente, un tercero emitió un silbido significativo...

-Bien -interrogó el millonario cubano-. Lance UD. la rueda, Monsieur le Croupier -exclamó alguien muy cerca mío.

Miré al cubano. Asentía él, y como yo permaneciera irresoluto, dijo con frialdad:
-Que el juego prosiga.

Con un estremecimiento tiré la bollilla, y una vez que las apuestas concluyeron, el cubano comenzó a explicar las condiciones de ese juego pagano.

-Apuestas a "cheval" solamente -expresó-. Yo colocaré mi número en un sobre sellado, y se lo entregaré a Mademoiselle. Y el juego proseguirá hasta que el número que ella tenga salga, y entonces... el feliz ganador... Pero no se aceptan apuestas menores de 10.000 francos ¿comprenden?...

Descifré el diabólico plan al instante. La mujer estaba aliada con el cubano, que era en realidad un habilísimo fullero. Habían contratado mis servicios, pues conocido mi prestigio de incorruptible empleado del Casino, eso serviría de carnada y pantalla a la vez; la ruleta ya preparada, llevaría la bola al número que él entregara a la muchacha, la que demoraría todo lo posible decirlo, hasta que la "banca" estuviera bien cargada de apuestas.

El cubano recogería sus ganancias, tomaría a la mujer, entre las felicitaciones de los invitados, y allí concluiría el asunto.

Mientras giraba la bolilla, y el juego proseguía, mi cerebro trabajaba febrilmente. Golpe tras golpe, fallaba la ruleta en consagrar el número que la mujer tenía. Una hora transcurrió así, con las jugadas "in crescendo", mientras otros se retiraban desesperados, en búsqueda de más dinero.

De repente se dió el 7, y la muchacha exclamó que ese era el número que eligiera. Se hizo de nuevo un silencio nervioso, mientras los contertulios se miraban, y observaban la mesa para saber

quién había ganado.

-¡Yo gané! -dijo entonces el cubano con voz calma-. Las felicitaciones de los demás no se dejaron de oír por parte de los desprevenidos, aunque caballerescos invitados...

-Con esto cerramos la sesión por esta noche -agregó el "millonario" dirigiéndose a la mujer, y trayéndola hacia la mesa.

-¡Oh, no, Monsieur! -dije con firmeza-. El juego recién ahora comienza. ¡Señores! -agregué dirigiéndome a los presentes- esta ruleta está "balanceada", y compuesta. ¡Todos Uds. han sido víctimas de una estafa!

-¡Mientes... tú... felón! -aulló el cubano.

-No, no miente -exclamó uno de los invitados-. Soy un agente de la Policía Secreta Francesa, y tengo una orden de arresto para el dueño de ésta casa, y su linda cómplice por haber estafado al Casino de Le Touquet. Los he estado vigilando durante meses, y ahora los he pescado con las manos en la masa.

Estupefacto, miraba yo a quien hablaba -un hombre alto, en impecable traje de etiqueta-. Silbó éste, y los dos amplios ventanales se abrieron para dar paso a tres gendarmes, que sin resistencia, esposaron a los dos acusados. Y así terminó la historia.

El dinero apostado fue devuelto a sus dueños, y al día siguiente recibí yo un cheque por 10.000 francos, de una delegación de éstos, por descubrir la estafa de que habían sido víctimas. No añadiré las felicitaciones efusivas que recibí del Casino.

En cuanto al cubano, y su linda compañera, que era en realidad su esposa, fueron expulsados del Principado de Mónaco, y llevados a Francia, y jamás volví a saber de ellos. Fue, de todos modos, uno de los planes más ingeniosos que he conocido durante mi larga estada en la Riviera; pero existe, quizá, otro mejor aún, y que más adelante les referiré.

En realidad, no existía en el mundo entero otro sitio que reuniera una jerarquía tal de criminales como la Costa Azul, durante la "season", a pesar de que en ella actuaba también un sistema de Policía capaz como pocos, pero que era impotente para capturar a todos los pájaros de cuenta que desplegaban sus habilidades dentro de la ciudad contigua al azul Mediterráneo.

12. Cannes, la ciudad de color de púrpura.

Cuando se habla del juego y de la vida en los Casinos la imaginación se transporta en seguida a Monte Carlo, que ha sido, por cierto, el rey de los lugares en que imperara una atmósfera de tanta tensión, interés, lujo y vileza.

Cannes puede considerarse como una réplica de Monte Carlo en miniatura, donde el vicio, la corrupción y la licencia elegante han sido algo más velados por el Diabolo.

Bellísimas mujeres, hombres impecables, coches, yates, embarcaciones suntuosas y dinero, dinero, dinero, definen el apostadero en que se ubican los Casinos. En esos sitios hallará UD. a los poderosos de la tierra en su más clara modalidad. El que daba un paseo por la "Promenade de la Croisette" en una mañana cualquiera estaba seguro de hallar a los Primeros Ministros de casi todos los países de Europa, a un sinnúmero de pares y nobles ingleses, y cuando menos a media docena de Príncipes y Princesas, además de una imponente colección de novelistas, pintores y artistas plásticos, de las tablas y la pantalla, sin contar la infaltable pandilla de tronados y fulleros. Toda esa muchedumbre volvería a presentarse a sus ojos, ataviada en immaculados trajes de etiqueta, esa noche en las mesas, apostando algunos miles de francos contra una banca segura del triunfo.

Al lado de reyes y príncipes herederos, encontraría UD. a un ex penado charlando animadamente con algún bufón o quizás un príncipe. ¿Puede imaginarse concurrencia más heterogénea?

Lancé la bolilla, y en seguida un primer ministro inglés apostó 10.000 francos a pleno rojo, mientras una gloria de Francia, Monsieur Poincaré, menos impetuoso, colocó 500 francos, aunque sólo "manqué". Mary Pickford puso 5.000 francos a "cheval" sobre el 6, mientras los demás jugadores cubrían el tapete. Salió el número 4, y yo arrasé con mi rastrillo casi todas las puestas.

-Las cosas más inciertas del mundo son... -comenzó a decir Poincaré.

-Las mujeres y la rueda de la ruleta -completó la voz velada de Sir Basil Zaharoff.

-¡Bah, bah! -exclamó Mary Pickford- una mujer es lo que su hombre quiere que sea.

-Eso es absurdo -afirmó la Reina de Grecia- poco pueden los hombres con las mujeres de hoy en día.

-No eres sino una cínica a pesar de tus años -murmuró el Rey Jorge de Grecia, cortando la discusión.

El juego prosiguió y M. Poincaré comenzó a acertar golpe tras golpe hasta redondear con 100.000 francos.

Repentinamente se notó una conmoción entre la concurrencia, y percibí que una mujer muy hermosa y distinguida, se debatía entre dos de los detectives del Casino.

-Esa mujer -vociferaba un griego alto y delgado, con la cara de villano más grande que haya visto en mi vida- ¡esa mujer me ha sacado la cartera! ¡Regístrenla y la hallarán entre sus ropas!

-¡Eso es un ultraje! -aulló la dama-. Yo soy Lady X. -Y al mencionar su nombre, todo el mundo se contuvo, pues era nada menos que el de la hija de uno de los más nobles y ricos pares de Gran Bretaña.

-Perdone UD., Madame -dijo el detective- ¿tendría usted inconveniente en someterse a una revisión?

-Ciertamente que no -respondió ella y se encaminó a la salida-. Poco duró su ausencia, y al regresar explicó a los asistentes lo que había ocurrido. Era en realidad Lady X y la cartera fue hallada en su bolso, pero el Jefe de los detectives reconoció al griego como a un conocido truhán, y se hizo evidente que todo el asunto no era sino un ardid para acusar de robo a una mujer inocente, hacerle arrestar y entonces exigir una suma de dinero para retirar la denuncia, o quizás demandar algún pago adicional, ya que la víctima era joven y atrayente. No era, sino uno de los tantos lazos que se usaban a diario en los Casinos de Europa, y lamentable es reconocer, que con bastante éxito.

Ocasionalmente se han hecho asimismo, intentos para robar el Casino. Una vez en Cannes, una banda de ritos, en la que había cuatro mujeres, fraguó un plan para despojar al Casino, durante la medianoche de un sábado, quizás hubiesen triunfado, si su jefe -un bruto enorme que se llamaba Zomkoff- no hubiese trasladado sus afectos de una mujer de su pandilla a la otra.

Fue esta última quien lo denunció, confirmando el adagio de que "no existe furia igual al de una mujer despechada".

La policía no estuvo lerda en sus preparativos. La noche en que debía llevarse a cabo la tentativa, la banda fue llegando de a uno, y en parejas. Al exigirseles documentos en la entrada -formulismo que a veces toman los Casinos- se les pidió que comparecieran en las oficinas a firmar un formulario. Una vez adentro, se clausuraron las puertas, y dos detectives los contuvieron con sus revólveres. Fueron llevados a través de un pasaje a una salida disimulada, hasta los autos que los trasladaron a la Jefatura de Policía.

Fueron encerrados convenientemente, con la excepción del cabecilla Zomkoff, y la delatora, quien arrepentida a último momento, trató de impedir que el hombre fuese al Casino, revelándole toda la verdad. ¡Claro ésta lo que hizo después de asegurarse que su rival en el amor de Zomkoff ya había sido arrestada!

El sujeto al saber del arresto de su banda, emprendió la fuga... pero en compañía de la delatora, que era precisamente lo que ésta buscaba. Se me ocurre que quizás terminó por arrepentirse de su traición, pues más tarde se halló su cuerpo decapitado entre Niza y Lyon, y se supuso que Zomkoff se vengó así a él propio, y a sus compañeros, arrojando del tren en marcha a lo que creyó que de esa manera lo reconquistaba. No sabría decir si este hombre fue capturado, pero sí que a el resto se le condenó a diez años de cárcel en las posesiones francesas de las Guayanas. El plan del atraco era ubicar a cada miembro de la gavilla en posición tal que pudieran apoderarse del dinero de la banca, una vez que los otros hubiesen cortado la luz de todos los salones. A raíz de esa tentativa, el Casino de Cannes instaló un sistema auxiliar independiente de alumbrado, el que ha sido adoptado por otros Casinos, de modo que si la luz se interrumpe de improviso, el otro sistema entra en acción de manera automática, mientras el cuerpo de detectives hace otro tanto para proteger el dinero de manos profanas.

Un "raid" parecido, y que estuvo muy cerca de realizarse en Monte Carlo ocurrió cuando un pistolero de Chicago fletó un gran yate, al que dotó de una tripulación formada por los más granado del bajo fondo desde aquella ciudad hasta Nueva York, y enfiló hacia Europa con el plausible propósito de saquear a Monte Carlo. El yate arribó un día en la bahía de Mónaco, y la banda se aprestó a lanzar su colosal golpe, el que de haber tenido éxito les hubiese dado un botín de más de medio millón de libras esterlinas, convirtiéndoles probablemente, en la más poderosa sociedad criminal del mundo.

Después del frustrado intento en Cannes, que acabo de referirles, la banda americana había planeado volar las macizas instalaciones del Casino de Monte Carlo, y alzarse en todos los recursos de la banca, cuantiosos por cierto, ya que era costumbre mantener allí en reserva grandes cantidades de dinero, en previsión de cualquier apremio transitorio.

A bordo del yate había el más moderno y poderoso de los aparatos para volar edificios, y los planes de los foragidos, sometidos a un estudio cuidadoso, parecían infalibles. Pero en este caso, como en el otro una mujer estropeó la labor de meses, y echó por tierra lo que quizás haya sido el golpe más grande que concibiera jamás el cerebro de un criminal.

El jefe de éstos estaba enamorado de una linda nativa de Mónaco, tan pizpireta como liviana de cascos. Un buen día la convirtió en su querida, y la llevó al yate. La chica oyó más de lo conveniente acerca de los proyectos de la banda, y pensando que era más seguro para ella ponerse bajo la protección de la policía, que a la sombra de un pistolero, se fue a lá Jefatura de Seguridad de Mónaco, y refirió cuanto sabía.

Antes de que la policía pudiera ponerse en acción, uno de los miembros de la gavilla que vió a la muchacha penetrar en el edificio, corrió al yate, y antes de media hora había enfilado mar afuera, sin demorarse a solicitar el permiso portuario.

Lo que se hizo del yate, y sus tripulantes nadie lo sabe. Varias lanchas fueron enviadas en su búsqueda, aunque sin resultado; lo probable es que el jefe, viendo descubierta la conspiración, y los consiguientes peligros que los amenazaban, optara por dirigir la embarcación hacia la costa africana, para de allí retornar a la civilización por alguna ruta poco conocida. De cualquier forma que sea, la pequeña monaquense con su intervención había salvado al Casino, y éste se hizo presente con un ídem de 10.000 francos que le envió la Administración.

A lo largo de mi carrera de "croupier", rice en recuerdos y experiencias, se asientan algunos episodios y personajes sobresalientes por más de un concepto, y que constituyen como jalones de mi propia vida. Uno de esos personajes fue Rodolfo Valentino, el famoso astro del lienzo mudo, a quien siempre recordaré como uno de los seres más originales y destacados que conociera.

Lo vi por primera vez en Cannes durante una de sus escasas visitas a Europa, y parecía también allí, un elegido de los dioses. Un incidente que acaeció a poco de su llegada, subrayó que esa

figura de extraña atracción era realmente todo un hombre.

Tenía pasión por el juego, y de no haber sido ya inmensamente rico, quizá se hubiera arruinado con sus pérdidas en el paño verde. Pero todo lo tomaba con maravillosa sangre fría. Cierta noche una mujer que lo rondaba de continuo, echó repentinamente los brazos alrededor del cuello, y lo besó. Era a no dudarlo, un momento embarazoso; durante unos segundos el astro pareció perplejo; luego sonriente, tomó la mano de la mujer y se inclinó a besarla. Fue un gesto cortés y caballeresco, que despejó la tensión del ambiente.

Pasaron algunos días, hasta que, para nuestro asombro y estupor, nos enteramos de que alguien había irrumpido en el dormitorio de Valentino... Pensando sin duda éste, que era un ladrón, se había tirado del lecho y derribado al intruso. Imaginad su sorpresa cuando descubrió que el visitante era... una mujer; la misma de aquella noche en el Casino.

El "affaire" no quedó allí, por supuesto, y la dama siguió persiguiendo al galán con flores, regalos y lánguidas miradas en público. Tal insistencia comenzó a alterar los nervios de Valentino, y a hacerle buscar alguna manera de librarse de aquella mujer, tan perdida de sus encantos. Concertó con ella una entrevista a solas, y le expresó sin rodeos lo absurdo de la situación creada. Sólo obtuvo ser testigo de un gran ataque de nervios...

Esa noche en el restaurant del Hotel Metropole, la mujer insistió en sus pretensiones, ubicándose en una mesa contigua a la del astro, sin quitarle la vista de encima.

-No quisiera que ella me mirase así -dijo a uno de sus acompañantes-. Me parece que...

No terminó su frase, sino que levantándose del asiento, se precipitó a la mesa de aquélla. Con la agilidad de un tigre cubrió la distancia, y arrebató la copa de champaña que la mujer llevaba a los labios...

Tomándola luego con firmeza del brazo, la condujo afuera en medio del asombro general.

Pocos minutos después retornaba, y entonces nos explicó su conducta.

-Me pareció ver que ella vertía algo en su vaso -dijo con sencillez- y no me creo digno de que ninguna mujer intente suicidarse por mí. Eso es todo

13. Testas Coronadas frente al Paño Verde

No importa cuán democrática pueda ser la organización a que arribe el mundo, que la gente seguirá teniendo siempre respeto y reverencia por la Monarquía, y por aquellos que son de sangre real. Esto se ponía en evidencia en los Casinos europeos cuando un rey soberano honraba con su presencia al Casino, lo que atraía grandemente al público, sobre todo si era divorciado, por lo que la llegada de tales personajes era siempre festejada por la administración.

Muchos de esos personajes fascinadores han desaparecido ya, pero no será inútil que el recuerdo reviva algunos de sus rasgos y anécdotas.

El Príncipe Enrique de Inglaterra, por ejemplo, hermano mayor del padre del actual soberano, era considerado el mejor bailarín de Europa, en una época en que otros tantos reales sabían también ejecutar filigranas con los pies, entre otros, el rey Alfonso XIII, de España.

Conozco asimismo, a toda la actual familia real británica. El entonces príncipe de Gales (hoy duque de Windsor), jugaba con mucha habilidad al "chemin de fer", pero sospecho que no tenía gran

afición al juego. El actual soberano, que por entonces era duque de York jugaba en forma muy moderada, y lo he visto en distintos casinos, en calidad tan sólo de atento observador.

Por el tiempo que sucede mi relato, llegó un día al Casino un hombre tranquilo, y sin ningún rasgo peculiar, junto a una pequeña comitiva. Llegaban en automóvil, y establecieron su residencia en una pequeña villa algo apartada de la costa. Noté yo esa noche una atmósfera de misterio en el Casino, y que el número de gendarmes había aumentado sobre el usual, junto a las puertas.

-Se espera una tentativa de robo, o el arribo de algún personaje de campanillas -me dije al entrar en el salón, a la expectativa de lo que iba a ocurrir. Por fin, un coche grande y cerrado se detuvo frente al portal principal del Casino, mientras los gendarmes se cuadraban, saludando. Una figura masculina descendió del auto, en impecable traje de etiqueta, y respondiendo al saludo, subió con lentitud las gradas del Casino.

Con ayuda de mis binóculos reconocí a ese rostro intrépido y atractivo: ¡Era Alberto, el rey de las Belgas! Muy cerca, tras él, venía un joven alto y gallardo, también de etiqueta, el entonces príncipe heredero Leopoldo de Bélgica, duque de Brabante. Con toda calma, los dos ilustres visitantes depositaron sus abrigos y sombreros de seda en el vestuario, y se encaminaron hacia la sala de juego. Una conmoción eléctrica pareció sacudir a la concurrencia al ocupar sus asientos los dos reales personajes, y dar comienzo el juego. No me fue posible conseguir un lugar ventajoso, entre la densa muchedumbre que se apiñó junto a la mesa para presenciar las alternativas de las apuestas regias. Aunque, en verdad, ello no fue necesario tampoco, pues pronto se esparció el rumor de que el rey perdía tan continuamente como ganaba el príncipe; dos horas después, al levantarse la regia pareja, el rey Alberto había perdido 10.000 francos, mientras que su hijo ganaba unos 7.000 francos -suma de relativa consideración, pero adecuadas a la medida con que apostaron los dos príncipes.

El rey se dirigió al Embajador de Bélgica en Francia, quien se inclinó con respeto, y a los pocos instantes se les unió M. Painleve, iniciándose una animada discusión, que versaría, sin duda, sobre la política europea.

Mientras tanto el príncipe heredero recorría el salón de baile y apareció bastante satisfecho al ver cómo tocaban sus "toilettes" las damas, con la esperanza, quizás, de que el príncipe las invitara a bailar.

De improviso el rostro de éste se iluminó en una expresión de alegría, y casi se precipitó hacia la puerta principal, por donde entraba una joven mujer muy hermosa: la princesa Astrid, de Suecia, esposa del príncipe heredero. Cinco minutos más tarde, la real pareja se deslizaba por el suntuoso piso del salón a los armoniosos compases de un vals, y entre las esperanzas frustradas de las señoras concurrentes.

En tanto el rey, terminada su controversia política con M. Painleve, pasó junto a mí en dirección a los confortables divanes que se hallaban al extremo de la estancia, y desde allí observó cómo sus hijos ejecutaban los últimos compases del baile, con una obvia expresión de fraternal satisfacción en el rostro. Al regresar la pareja a su lado, él riendo, dijo algunos cumplidos a la princesa Astrid, acariciando sus mejillas con paternal afecto. No volví a verles esa noche, pero al día siguiente el rey Alberto y su hijo volvieron a aparecer en el Casino, aunque no se acercaron para nada al tapete. En cierto momento un hombre de elevada estatura, y garrido aspecto se acercó a Leopoldo y lo palmó fuertemente en la espalda. Dándose vuelta con presteza, estupefacto ante tal familiaridad, pronto el rostro del belga se abrió en una sonrisa, mientras estrechaba con efusión la mano del desconocido, que era nada menos que el príncipe heredero Olaf, de Noruega. Pronto abandonaron juntos el salón charlando con un hombre lleno de condecoraciones que con una gran inclinación les había previamente saludado, dirigiéndose al salón de baile, donde les vi luego en compañía de la princesa Astrid.

Rato después vinieron a las mesas a tentar fortuna, pero ésta se negó a sonreír a ninguno de

ellos.

Fue en esa misma ocasión que conocí por vez primera al exilado Carol de Rumania, y a su tan disidentida amiga Madame Lupescu -una mujer, por entonces, llena de talento y belleza.

El casino parecía repleto de Realezas esa noche, pues vi también al príncipe Siegmundo, de Prusia, y al príncipe Habib Lotfallah -millonario egipcio que acababa de regresar de Moscú. El rey Carol estaba sentado con Madame Lupescu frente a una de las mesas principales, y era evidente que a ambos les fascinaba el juego, aunque Carol perdía algo más de lo que convenía a sus posibilidades.

Persistía en bancar, y después de cada jugada, extraía con lentitud de sus bolsillos fajo tras fajo de billetes de a 1.000 francos, que iban a pasar, uno tras uno, a manos de un ruso de barba, sentado al otro lado, y el que parecía dispuesto a arruinar al príncipe, desafiándole en cada jugada.

-Vámonos ya, Carol -dijo varias veces Madame Lupescu, pero su excitado acompañante no la oía, cada vez más absorbido por las apuestas, y sacando siempre más dinero de sus bolsillos. Llegó un momento en que pareció que se le agotaban sus disponibilidades en efectivo, pues hizo una seña a uno de los banqueros, y le inquirió si sería posible cambiar un cheque.

-Pero desde luego, "Monsieur le Prince" -respondió el hombre; Carol sacó entonces su libreta y una estilográfica, y llenándola, se la pasó a éste, quien partió de inmediato en busca del dinero. Pronto regresó con un voluminoso paquete de billetes de a 1.000 francos, que entregó al príncipe.

El juego prosiguió, y una hora después el total de la suma recibida había ya desaparecido de las manos del príncipe; tomándole del brazo, Madame Lupescu, intentó hacerlo parar.

-Vamos a bailar, "cherie" -dijo, señalando el salón, al otro extremo de la "salle"-. Dudó un instante Carol, pero comprendiendo que sus pérdidas ya eran suficientes por esa noche, accedió al ruego, y escasos minutos más tarde, danzaba un paso muy complicado, mezclado entre los demás bailarines, y en compañía de la Lupescu, ataviada con un traje vistoso y muy coloreado. Reparó en que el príncipe Leopoldo de Bélgica y el príncipe Olaf de Noruega estaban también en la pista en esos momentos. Leopoldo danzaba con la princesa Astrid, su esposa, mientras que el príncipe Olaf tenía por compañera a una linda rubia, que era a la vez, evidentemente, una experta bailarina.

¡Ninguno de estos príncipes mantenía el menor contacto con Carol de Rumania!

14. Monte Carlo, las Gangas Subterráneas

Durante muchos años la policía de Mónaco y Niza trató de "limpiar" los últimos trenes que, llenos de fulleros, truhanes y cortesanas solían dirigirse a los centros de juego, para realizar sus ganancias.

Los elementos del bajo fondo marcan de inmediato a cualquier hombre o mujer que ha logrado beneficios en el juego, e intentan de inmediato sustraerle el producto, ya a través de una vampiresa, o por el robo directo, aprovechando las enervantes sugerencias de un "apartment" íntimo, o las contingencias del viaje.

Tales intentos suceden a diario. La abundancia de estos incidentes hizo pensar a algunos que la administración de los casinos no era ajena a los mismos, pero yo debo declarar aquí, rotunda y terminantemente de que eso es falso, y que los Casinos serían los más deseosos de atrapar sus autores, siquiera porque el que logra una ganancia sobre el tapete, volverá al día siguiente para duplicarla.

Pero, para volver al tema de los malhechores que realizan su trabajo viajando en los trenes, que comunican a las ciudades con los Casinos, revelaré, ya que es tópico interesante, que los mismos

abundan en las distintas líneas, tratando de obtener un beneficio de la ingenuidad y la despreocupación de los afortunados.

En ocasiones, cada gavilla explota celosamente su propia línea, la que defienden contra todo evento. La integra ordinariamente de media a una docena de personas, y casi siempre buena parte de ellas, son mujeres listas e inescrupulosas, tanto como jóvenes y atractivas.

Yo mismo fui víctima de una de estas pandillas. Tenía una hermana en Niza, y era mi costumbre ir allí, todas las noches, después de terminar mi trabajo en Monte Carlo.

Conociendo mi identidad, la banda que en él operaba jamás se metía conmigo, pero una madrugada perdí mi tren habitual, y al subir al otro reparé en que era objeto de la atención de otra banda, bajo las órdenes del griego de que les hablé anteriormente.

Al poco rato de haberme instalado en un coche de primera clase, se me acercó una mujer de aspecto sumamente fino, cubierta con una capa de pieles de gran valor, quien me habló así:
-Pardon, m'sieu, pero he ganado esta noche casi una fortuna en el Casino, y hay tantos hombres atrevidos en el tren... -Interrumpió la frase para exhibirme un abultado rollo de billetes de banco.
-Me sentiré honrado de brindarle protección -respondí con una reverencia, mientras la dama se ubicaba en el asiento frente a mí. Durante todo el viaje, prosiguió ella su conversación en el más culto de los estilos, refiriéndome que tenía a su familia en Niza, y otros detalles acerca de su suerte en la ruleta.

No pude, en consecuencia, resistir a los ruegos de que la escoltara a su casa, y así, cuando iba a despedirme, tuve que ceder nuevamente a su gentileza de beber un "cocktail" adentro. Me introdujo a un "living" de exquisito gusto, y preparó en mi honor, mientras dormía la familia, un copetín incitante.

Omitiré detalles. Cuando volví en mí, diez minutos más tarde, percibí desde el suelo, atontado y casi inconsciente, una voz que murmuraba encolerizada:
-¡Vaya una estupidez! Eres una necia, Mimí. Ese hombre es Ketchiva, uno de los "croupiers" del Casino, ¡y que no tiene un cobre! ¿Qué haremos ahora?
-Algún provecho saldrá de esto -respondió otra voz-. Vamos allá.

Sentado sobre el "parquet", observaba yo en mi derredor. La muchacha fumaba un cigarrillo, mientras sorbía su copa de champaña. Frente a mí estaba el desvergonzado griego, rodeado de su banda de mujeres, como de un cinturón de castidad.

-Me parece que hemos cometido un error -murmuró plácidamente-. No era a UD. a quien queríamos traer.

-¿De veras? -dije con acritud.

-Mira, hombre -su voz era jovial- tú eres "croupier" en Monte Carló; voy a brindarte la oportunidad de que éste sea el día de tu fortuna...

-¡Ah, ah! -dije banalmente, pues sabía ya lo que se venía-. Iba a escuchar la tan repetida propuesta de traicionar al Casino, y llevar la ruleta en su favor.

-Un tercio para ti, y el resto para nosotros.

-¿Y una condena en la Guinea Francesa? -agregué. -¡Nom de Chien! -dijo-. Todo será instantáneo.

-Perdona, chico. Pero creo que tu oferta no llega a tentarme.

El griego comenzó a amenazarme, antes de intentar persuadirme... Para omitir de nuevo detalles, dirás que a lá postre, me vendaron los ojos, y conduciéndome por tortuosas calles, me depositaron en las proximidades de la "Promenade des Anglais".

Y ese fue el corolario de mi aventura. Pero creo que esa noche puede definirse como la de las "gangas subterráneas" de Monte Carlo, pues allí puede verse todo el vicio, y la infamia del dorado lugar de veraneo del Mediterráneo, sin que UD., lector, deba pagar tarifa.

Volvamos ahora a Niza, a la que considero como una edición popular de las plagas de Monte Carlo, aunque no en la acepción que la gente suele dar a lo barato.

Fue en Niza donde yo me topé con el más extraño y quizá con el más abyecto de los clubs del mundo entero. Muy poca gente conocía su existencia, y formaban su lista de socios la más conspicua de Europa; la policía no ignoraba su existencia, aunque nunca se atrevió a allanarlo.

Cada noche, multitud de autos de alto precio se estacionaban a su puerta, autos cuyas chapas eran cuidadosamente anotadas por los agentes secretos, la mitad de los cuales pertenecían a miembros del Congreso, del gabinete, del cuerpo diplomático, y a veces, a personajes de sangre real. ¡Jamás pudo la policía hacer otra cosa que cerrar sus libretas con gesto excéptico, encogiéndose de hombros a la usanza francesa, y dedicarse á otro asunto más viable!

En este "cercle" clandestino se realizaban unas orgías y "espectacles" tan curiosos y refinados, que si yo intentara describirlos aquí, se me consideraría como totalmente fuera de mis cabales. Sólo les diré que en su interior los sátiros más ricos y podtrosos de la tierra hallaban satisfacción a sus peores pasiones, y a sus instintos y excesos más bestiales; allí las adolescentes eran sacrificadas en los altares del vicio, y almas puras e inexpertas vendíanse oro a los más extravagantes caprichos de seres que eran tenidos en el mundo como acrisolados ejemplos de todas las perversidades. Era ese uno de los mayores mercados de blancas de los cinco continentes, y allí llegaban, por tren, carretera, o yates, esa casta de viciosos opulentos a adquirir una cantidad de víctimas como no hallarían igual en sitio alguno. Interrogué cierta vez a un hombre que conocía a los tejes y manejes de ese club diabólico, por qué lo habían instalado en Niza en vez de Monte Carlo, o cualquier otra parte de más renombre.

-A causa -me respondió el bribón- de que el sitio se adapta admirablemente a los fines de la "casa de todas las Naciones" (así designaban al antro). UD. no sabe que en su subsuelo hay un laberinto de pasajes subterráneos más intrincado que el de las catacumbas de París... y si yo le contara... -Ahórreme los detalles -le dije-. Puedo imaginármelos con bastante claridad.

Era allí, cada noche, donde Satán se envilecía aún otro poco. La medianoche era la hora de apertura para su concurrencia opulenta y estragada de la Costa Azul, que proseguía luego hasta el alba sus francachelas de alcohol y sensualidad. Los organizadores hacían punto de honor en superar cada vez la "mis-en-scene" para los concurrentes. El precio de admisión solamente era de 100 guineas, y otras 200 guineas debían abonarse como cuota anual. Por esa tarifa lograba la depravación de Europa enfangarse en sus inclinaciones más sintéticas y estilizadas.

Cosas extrañas ocurrían allí. En cierta ocasión penetró en el "cercle" un joven sajón, hijo de un general, rebosante de vida y champaña; horas más tarde escurrían su cadáver, con una bala de pistola en el cráneo. Se habló de suicidio. Pero una mujer llevaba hasta hoy una cicatriz en el rostro, que no le hará olvidar el "affaire". Otra vez se encontraron los cuerpos de tres muchachas sobre las arenas de la playa, en la madrugada, y la autopsia demostró que fueron maltratadas hasta ultimarlas. Veloces y silenciosas ambulancias transportaron su fúnebre carga desde ese Club a las arenas. Sobre el conjunto reiría la roja máscara de Belcebú, porque ese era realmente su palacio subterráneo.

Pero hablemos de cosas más placenteras, y volvamos a la hermosa luz del día, bajo los palmares que bordean el Mediterráneo turquesa, y recordemos que la vida es bella aquí, que sólo los hombres conspiran para tornarla repulsiva.

El suntuoso Casino de Niza, puede identificarse como "la sala de juego de la respetable clase media", pues allí podía encontrarse a los plebeyos, al turista de recursos moderados, y al oficial retirado que disfrutaba con satisfacción y prudencia de su bien ganada pensión.

Se hallaba también, ¡cómo no!, al fullero rico, y ya fuera de actividad, con el aspecto más burgués y respetable del mundo.

En Niza se juntaban, en verdad, una colección sin desperdicio de tipos cosmopolitas: el hombre que tenía su historia, la mujer que tenía un "pasado" y también los que merodeaban alrededor del "presente".

Estaba, por ejemplo, un ex Presidente de una república sudamericana, viviendo con holgura, cansado sin duda de los azares de la política, y que años atrás, ante el triunfo electoral de su implacable rival, optó por abandonar su país, llevando, eso sí, la mayor parte del Tesoro nacional convertido en papeles de fácil cambio. Todo en un valija, arribó así a Europa por alguna ruta a trasmano, y allí permanecía... La extradición no fue posible, pues habría constituido "una ofensa política"... Todavía quizá pueda vérselo tomando sol en compañía de sus dos lacayos franceses, a lo largo de la Promende, con todo el aire de un buen burgués inofensivo por demás.

No olvidaré a aquel otro ex millonario ruso recomendando siempre un club nocturno, de diversiones costosas y turbulentas, del que recibía 50 francos por cada nuevo cliente que llevaba. Ni a esa otra vieja dama a quien encontraba uno todas las mañanas en su hamaca junto a la playa, y que fue la hermosísima querida de un poderoso monarca.. Gozaba de una pensión de 1000 libras esterlinas anuales, que le enviaba él "en secreto" desde su país...

Concurría a diario al Casino un pintoresco hombrecillo que robó una vez a un Banco el equivalente de 24 mil esterlinas, y por lo que cumplió una prisión de quince años en Italia. Al quedar libre, extrajo su tesoro de algún escondite recóndito, y vivía allí pacífica y sobriamente, debido quizá al hecho de que cinco años de su condena los pasó solo, en una celda tan oscura, que al salir sus ojos debilitados no podían ya soportar la luz del sol, y carecía de salud para disfrutar, en todos sentidos, del dinero por el que sacrificó quince años de su existencia.

Conocí allí también, al famoso Coronel Dreyfus, con cuya amistad me honré durante muchos años, y que jamás quiso abrir sus firmes labios para revelar al mundo todas las cosas que él sabía sobre su famoso caso.

Sí, Niza es fascinadora, y resultaba aleccionador observar a sus habitantes. Había allí ex ayas de Princesas, estadistas, nobles y reyes de la industria. Todavía los recuerdo alrededor de sus botellas de champaña, refiriéndose entre ellos sucesos del pasado, y anécdotas de aventuras y de amor.

Periódicamente morían, y la inspección de sus villas y chalets revelaban a veces escondrijos repletos de billetes, bajo una tabla del piso, o algún cajón secreto, pues es peculiar a esta clase de gente, su antipatía y desconfianza en los bancos.

El Estado entra en posesión de esas sumas -al contrario de lo que ellos hacían en vida- pues casi siempre eran sentimentales excéntricos o patéticos. A una de esas mujeres -flores marchitas- se le halló dentro del colchón mortuario 100.000 francos. Otra dejó la bicoca de 150 mil francos al bañero que le arreglaba su hamaca y una tercera dejó -más excéntrica que todas- 50 mil francos... ¡a mi propia persona! Todo porque una vez la defendí de un bruto borracho que la había atacado, tarde en la noche, en las proximidades del Casino.

15. Jugadores y Prestamistas

No pasa de ser un mito la creencia de que en los sitios donde el dinero es Dios y urgencia, pueden hallarse diversos métodos y maneras para que los que quedaron sin blanca frente al tapete, encuentren la manera de recuperarse a sí mismos y a sus pérdidas, en una nueva tentativa.

Los usureros y prestamistas que infectaban lugares como Monte Carlo, Niza y otros centros similares de Europa, contribuían, en verdad, a reconfortar el corazón de numerosos sujetos en bancarrota, ansiosos de encontrar una "revancha".

Tuve ocasión de conocer a uno de los más poderosos usureros de Monte Carlo, con quien solía beber una "menthe", y fumar un cigarrillo, en el Café de París, frente al Casino. El viejo "Isaac" poseía un buen repertorio de anécdotas que lo entretenía a uno durante horas, acerca de los sujetos de avería que visitaron su negocio, durante más de 20 años en que él dirigió las operaciones de préstamos en el Balneario.

-¿Cuál fue el cliente más raro que UD. recibió en su carrera? -le pregunté una tarde.

-Es una respuesta difícil -respondió Isaac- Nunca supe su nombre verdadero... pues he tenido cientos de solicitantes excéntricos en mi casa... Sin embargo, un día, hace ya muchos años, vino a verme una mujer y colocando frente a mí un bebé de pocos meses, me preguntó qué podía prestarle sobre él! Pensé al momento que no estaba en sus cabales, mientras le respondía que no aceptaba garantías de tal dote...

-Pero señor -replicó- estoy sin recursos, y tengo que regresar a Inglaterra, ¿no quiere UD. facilitarme para colocar a mi niño en seguridad?

Divertido de situación tan paradójica, consulté a mi mujer quien pareció dispuesta a encargarse de la criatura.

En esa confianza adelanté a la mujer diez mil francos para volver a su país, y obtener los recursos necesarios, según ella contaba. Así transcurrió una semana, luego una quincena, y finalmente un mes, sin recibir la menor noticia de la viajera. Comencé a tener mis aprehensiones, y consulté a la policía el asunto. Un oficial vino a mi casa, y después de examinar al niño, se fue con aire misterioso. Al día siguiente volvió con una mujer que comenzó a asegurar que el bebé era suyo, y que había sido secuestrado. Me sentía yo muy dispuesto a traspasárselo, pese a la pena que daba perder para siempre mis diez mil francos. La otra había, por supuesto, robado al chico, e inventó luego la historia para sacarme el dinero. Era ¿para qué negarlo? un ardid muy hábil, y desde entonces me compadezco de las madres, menos que de persona alguna".

Isaac proseguía con sus recuerdos, mientras bebía una copa, y así, me refirió unas cuantas cosas curiosas acerca de los objetos que a veces le ofrecía la gente en garantía por los préstamos que solicitaba.

-Hubo una mujer -murmuró- que entró a mi oficina con aire enigmático solicitando una entrevista confidencial. Al abrir su bolso, extrajo una toalla que contenía un pequeño montón de hermosos rubíes color sangre.

-¿Qué me da por ésto? -inquirió.

Las observé detenidamente. Eran unas piedras bellísimas, y debían valer bastante más de cien mil francos cada una. En realidad, no había visto yo rubíes mejores en mi vida.

Observé con disimulo a la mujer, reparé en su extrema nerviosidad, y entonces una sospecha me invadió acerca de la honestidad de su conducta.

-Son joyas muy valiosas -dije- pero no puedo darle hoy una respuesta; si las deja en mi poder hasta mañana, podré valorarlas, y pagarle un precio equitativo.

La mujer dudó unos instantes, y luego accedió al pedido hasta la mañana siguiente. Apenas salió tomé el teléfono, y pedí a la "Surete" que viniera a examinar las gemas. El detective que enviaron, después de examinarlas cuidadosamente, declaró también que eran las piedras más maravillosas que jamás viera, pero no recordaba que pudiesen haber sido robadas. Con todo, la duda no se apartaba de mi mente. Volví a examinar los rubíes, esta vez con un detenimiento mayor; con estupefacción descubrí que eran falsos, pese a cuanto los observara la vez anterior. Llamé a un

experto, quien me confirmó que se trataba de una imitación habilísima. El misterio parecía aumentar, pues yo estaba plenamente convencido de que los rubíes que ví extraer de su cartera a la mujer eran legítimos. Volví a llamar a la "Surete", la que me envió a un oficial. Permaneció éste silencioso unos instantes, después de mi relato, y luego dijo:

-Estaré mañana aquí con un ayudante, cuando regrese esa mujer, y entonces veremos...

A la mañana siguiente, a las once y media, llegó la dama en compañía de un hombre, y me inquirió acerca de mi decisión con respecto a las piedras.

-Puedo ofrecerle cinco mil francos -dije, conciente de lo ridículo de la suma.

-Usted bromea, Sr. -respondió ella, y ante mi insistencia, pidió me la devolución de las joyas. Las saqué de la caja de seguridad y se las entregué. Comenzó a contarlas mientras las ponía en el bolso; de golpe, su compañero cogió una y la examinó con detención.

-Hay algún error aquí -dijo- esta piedra es falsa - y comenzó a revisar las otras...

-Estos no son los rubíes que Madame les entregó ayer, caballero, exclamó finalmente.

-Puedo asegurarle que sí -repliqué. Reparé entonces que el detective en la habitación de al lado, se dirigía al teléfono.

-UD. ha substituido una imitación por las piedras legítimas -murmuró el hombre con insolencia- y si no las devuelve, tendré que dar aviso a la Policía.

Tratando de ganar tiempo, levanté una de ellas, como si quisiera cerciorarme...

-¡Sacré Dieu! -gemí-. Tiene UD. razón, señor; esto se complica para mí, y no sé verdaderamente cómo explicar...

-Esas eran joyas de gran precio -respondió- UD. tendrá que compensar de inmediato a Madame.

-¿Aceptarían Uds. cien mil francos?... -pero no pude concluir la frase, pues de súbito cuatro hombres penetraron en la estancia, y echándose sobre la pareja, prestamente les colocaron las esposas.

-Conozco a esta pareja -dijo el Inspector-. Ya hicieron un trabajo similar en París. La mujer, por supuesto, sustituyó los rubíes en un descuido suyo, durante la primera entrevista. El juez condenó al hombre a cinco años de prisión, y a tres a la mujer. Y de este modo concluyó la historia.

No lejos de la casa de este original prestamista, sin disputa el más conocido y excéntrico de Monte Carlo, se hallaban las oficinas del telégrafo, donde podían verse a cualquier hora del día o de la noche, una pequeña multitud de personas que en forma más o menos simulada redactaban cablegramas, ya sea pidiendo dinero, o bien comunicándoles sus grandes ganancias en el Casino. Me hice amigo de uno de los empleados que atendían al público, quien me refirió una porción de divertidas historias acerca de los jugadores tronados que pedían telegráficamente más "combustible".

-Resulta verdaderamente cómico ver cómo tratan de disfrazar sus comunicaciones -me contaba el hombre- y no evidenciar que cablegrafían pidiendo dinero. Una vez, se acerca una mujer, quien después de muchas vueltas y rubores me entregó un despacho concebido así: "Fifí no tiene más biscuits". Fifí era, en apariencia, el pequeño pequinés que llevaba en los brazos, pero en realidad, sabía yo bien a quien pertenecía ese nombre. Recuerdo también a un muchacho americano muy joven, que con toda regularidad cablegrafió todas las semanas pidiendo que le giraran mil dólares. Finalmente recibió un día esta respuesta: "No más dinero. Trabaja para conseguir tu pasaje de regreso. Pop". La tragedia cerró este asunto, pues dos días más tarde el joven se voló la tapa de los sesos.

Cosas parecidas ocurrían en las dependencias de "Poste Restante", donde una fila interminable de hombres y mujeres de faz desolada inquirían diariamente ante las ventanillas por una carta que casi nunca arribaba. Muchachos jóvenes y hermosas mujeres cautivantes y distinguidas engrosaban a diario esa "Brigada del Poste Restante" como se la denominaba, y era allí precisamente, donde los tratantes de blancas acechaban su presa. Abrumadas por la ruina que les trajera la ruleta, el terrible desamparo en esa ciudad egoísta, además de la humillante perspectiva de un retorno semejante a sus hogares, tales mujeres aceptaban la primera ayuda que se les

ofrecía, esperanzadas en devolverla con las ganancias que ese dinero les traería en el Casino.

Perdían invariablemente, y esa nueva complicación las llevaba rápida e inconscientemente al casino de la prostitución. Una tarde que estaba yo en el cable enviando un despacho a París, percibí a una adolescente no mayor de 19 años, que al salir, frente a mí, sufrió un desvanecimiento y cayó al pavimento. Antes de que pudiese intervenir, un hombre bajo y moreno, levantó a la niña en sus brazos, y la condujo a su coche junto a la vereda.

-Otra víctima al matadero -murmuró una voz a mi lado, y al darme vuelta ví a un americano alto y bien parecido.

-¿Qué quiere decir? -inquirí.

-Nada... ¿acaso no conoce UD. a ese sujeto, el mayor traficante de blancas de Monte Carlo?

-¿Quiere UD. decir...? -sin concluir, la frase me precipité al coche, y trepando al estribo logré, pese a los esfuerzos del hombre, cerrar la llave del motor, tomé a la chica, inconsciente aún, y la saqué del auto.

La gente comenzó a apiñarse, y el truhán, poco afecto a la publicidad, optó por arrancar el coche, y emprender precipitada fuga. Hice venir a un taxi, y llevé a la joven a mi casa, poniéndola al cuidado maternal de mi ama de llaves. Media hora después regresó ésta, y con un gesto sonriente me invitó a que la siguiese. La pobre chica, casi consumida por la inanición, devoraba ansiosamente una copiosa cena; me abstuve de verla ese día, pero al siguiente mantuve con ella una larga conversación. Después de agradecer mi intervención, refirióme cómo la ruleta había agotado sus recursos, llevándola al borde del suicidio. Vivía en el Hotel Metropole, que había clausurado su departamento por la falta de pago...

Para abreviar, les diré que presté de mis ahorros a la joven lo suficiente para regresar a Inglaterra - era hija de uno de los "baronets" más ricos, y de mayor fama deportiva del Imperio- y al otro día me despedí de ella en el muelle frente al Canal.

Al despedirse -no habré de olvidarlo- se inclinó hacia mí y rozó mi rostro con sus labios. Segundos después ya estaba en la nave que la conduciría a su hogar. Un mes transcurrió así, hasta que cierto día recibí una carta certificada... Contenía un cheque por la suma prestada, y un alfiler de corbata con una bella perla, la cual he usado hasta hoy. Se agregaba un pequeño recorte de diario que decía: "Miss P., única hija de Sir J. contraerá próximamente enlace con el Honorable X., hijo mayor de Lord Z.". Más abajo aparecía el rostro sonriente y aniñado de la jovencita que lograra rescatar yo de las garras de los traficantes de blancas. La boda se celebró en la Abadía de Westminster, y entre los regalos figuró un cenicero de plata que tenía la forma de la rueda de una ruleta... el presente de un "croupier" humilde y anónimo.

16. Cae la Banca de Monte Carlo

Muchos hombres han "quebrado la banca" en Monte Carlo, y los famosos entre ellos fueron por cierto, "Monte Carlo Wells", y el sajón Jaegggers, el que ocasionó verdaderos dolores de cabeza al Casino, y terminó por llevarse con él unas 80 mil libras esterlinas, quizás la mayor ganancia individual frente a una ruleta, con excepción de la que logró un fabricante de cigarrillos ingleses que hizo 82 mil libras esterlinas durante sus diez días de estadía en Mónaco, y que pudo transportarlas también a su país.

He de mencionar a una mujer en este sentido. La famosa baronesa Grover, emparentada por casamiento con los Hohenzollern. Su atracción y originalidad eran tradicionales tanto por sus toilettes, como por sus costumbres. Una noche quebró dos veces la banca, y a la segunda de ellas ocurrió un incidente sumamente extraño.

En cierto momento la baronesa interrumpió el juego, para dirigirse al restaurant, previo canje de

sus fichas por efectivo.

Contiguo a aquel, había un corredor bien alumbrado, pero casi siempre desierto, bordeado de plantas a sus costados. Mientras la baronesa lo cruzaba, surgieron dos manos anónimas que la tomaron del cuello, mientras alguien, igualmente anónimo, le arrebató la cartera.

Los gritos atrajeron a una docena de personas, quienes vieron casi desmayada en el suelo a la mujer, que por dos veces esa noche saltara la banca. Al volver ésta en sí, pronto comprobó la desaparición del bolso en el que guardaba todas sus ganancias. Las investigaciones posteriores parecieron indicar que el robo no podía ser aclarado.

Horas más tarde, la baronesa ya repuesta, estaba en el restaurant tomando un refrigerio, cuando reparó que una pluma de avestruz, igual a las que ella llevaba en su sombrero cuando sufrió el atraco, estaba adherida al pantalón de un hombre que, acompañado de una mujer atrayente, tomaba un cocktail en una mesa cercana... Con discreción la Baronesa hizo llegar su descubrimiento al jefe de "detectives", quien prontamente obligó a la pareja a dirigirse a una, de las dependencias secretas que abundaban en el Casino, para someterlos a un registro.

La cartera robada se halló en los bolsillos del hombre, y el dinero entre las medias de seda de su cómplice; ambos pagaron su hazaña con una condena de cinco años, pese a que la damnificada, ya en posesión de lo sustraído, intentó retirar la acusación.

Pero volvamos mejor a esa distinguida concurrencia que durante toda su vida ha atestado los salones del Casino. Quiero contarles cómo el famoso general Ludendorff hizo quebrar la banca, hace ya muchos años, en la "salle privé" estableciendo de paso un record poco común, pues ganó en una noche algo así como 150.000 francos... ¡y no volvió a tentar fortuna!

Había también un duque de real estirpe francesa, que acostumbraba nombrarme su banquero privado, confiándome el cuidado de sus ganancias cuando ganaba. Al día siguiente regresaba, para perder cuanto poseía, y entonces me temo que con demasiada frecuencia lograba convencerme, con su personalidad cautivante, de que le prestase algunos miles de francos, de que yo mismo, por irónico designio, le despojaba con mi rastrillo del tapete verde.

Un día le ocurrió una aventura; trabó relación con cierta millonaria americana, contrajo enlace, y se pasó tres años dilapidando dinero sobre las mesas de Monte Carlo, Cannes, Deauville, y otros centros, para terminar levantándose la tapa de los sesos, no sin intentar ultimar antes a su mujer, en un ataque de locura furiosa. Ella regresó a América, en donde murió a poco, truncado ya su espíritu por la tragedia.

Es una observación más bien alarmante sobre la naturaleza humana, comprobar que los que ganan en la ruleta, mueren menos de pobreza que por sus propias manos.

Una tarde caminando por el "Boulevard des Capucins", se me acercó un hombre a ofrecerme postales, obscenas naturalmente. Iba a rehusar, cuando algo en su aspecto me pareció familiar, y reconocí a un armenio que meses atrás hiciera quebrar mi mesa, llevándose bastante más de 200.000 francos. Le pregunté cómo había descendido hasta el extremo de vender fotos prohibidas en los "grand boulevards".

La historia era breve y comprensible. Al regresar a París, se hizo miembro del "Cercle Hausmann", del cual ya les hablé, y en él perdió todos sus beneficios, aparte de la fortuna personal que trajera de América. Sus amigos le negaron ayuda, y así, paulatinamente, había llegado a la situación actual.

Moví la cabeza en muda comprensión del drama de esa vida, sin valor para encarar la realidad, y le pasé 100 francos, que no llegarían a interrumpir por cierto su triste comercio.

Durante una de las temporadas en Deauville, el Casino se halló al borde de la bancarrota a raíz de golpes muy fuertes y continuados que experimentó a manos de unos cuantos jugadores afortunados.

Igual cosa ocurrió con el de Monte Carlo, al extremo de que un día varios emisarios de la "Dirección" fueron a París para entrevistarse en el Ritz Hotel con Sir Basil Zaharoff, para que les prestara auxilio, ya que conocían sus grandes intereses en dicho negocio. "El hombre misterioso de Europa" les expresó sencillamente, mientras tomaba su desayuno:

-Han hecho bien en consultarme, señores. Les compraré las llaves del Casino, sus instalaciones, e incluso su pasivo si existe, y Uds. lo desean.

Pero no era eso lo que la Sociedad quería, sino más bien que se hiciera cargo de la mayor parte de las acciones, cosa a la que aquél accedió, convirtiéndose así, en el "rey sin corona de Monte Carlo".

Yo siempre he creído que ese título lisonjeaba más bien su vanidad, y más de una vez, mientras recorría en compañía de su bella esposa las instalaciones del Casino, me pareció notar un relámpago en el gris acerado de sus pupilas, como si quisiera revelar que él era el único dueño de toda esa magnificencia, y que suyo era el dinero que corría, fascinador, en los tapetes.

Años después él cedió dicho control al Príncipe Radziwill. Puede decir en todo caso, que mientras Sir Basil fue amo de Monte Carlo, jamás lo ví detenerse siquiera frente a un paño.

Fue en esa temporada, mala para el banquero y excepcionalmente propicia a las damas, que llegó Josefina Baker, la famosa bailarina negra, de fenomenal suceso en París. La encontré una noche, lujosamente ataviada y llena de joyas, apostando sonriente, sin perder un solo golpe; una pequeña muchedumbre se agolpaba tras ella, para aplaudir cada vez que fundía a la banca. Tanta era su suerte que hasta olvidó, al levantarse, una pila de billetes de mil francos, que uno de los inspectores tuvo que alcanzarle en la entrada del salón de baile.

Una hora después fuí testigo de un incidente que me mostró que el corazón de la Baker estaba en su verdadero sitio. Una chica muy bonita había estado apostando con mucha modestia, y más escasa suerte, en uno de los extremos de la mesa. Cuando el rastrillo se llevó sus últimos cien francos, la niña para incomodidad de los hombres y regocijo de las damas, prorrumpió en un llanto ruidoso y desconsolado.

De repente dos brazos cubiertos de diamantes rodearon la espalda de la chiquilla, y la condujeron a un diván y una botella de champaña. Cuando el acceso pasó, y la chiquilla confió su cuita a Josefina, extrajo ésta un gran fajo de sus ganancias, y sin mirar siquiera su monto, los puso en manos de la muchacha.

-Esto no es nada, "cherie" -exclamó sonriente- si vuelve a irte mal, ven a verme mañana al "Normandie".

Supe después que era una corista de la revista del "Folies Bergere", que tenía a la Baker como estrella.

La "buena acción" no fue, empero, hecha con propósitos de ostentación, pues Josefina no necesitaba tales artificios, ya que formaba parte del espíritu de París, casi tanto como el mismo Arco de Triunfo.

No fue sólo Josefina Baker la única artista afortunada en la ruleta, pues también las Dolly Sisters ganaron sumas en ella. Creo, entre los hombres, que ya cité a André Citroen, quien volvió, pues ya lo era, a hacerse millonario con la bolilla saltarina.

No quiero omitir el relato de un dramático suceso que le ocurrió a un norteamericano, alto y delgado, quien durante diez días estuvo ganando, y logró reunir una suma tan grande que colocó en aprietos al Sindicato Griego que explotaba el Casino.

Una noche el hombre fue abordado por otros dos, en imaculada ropa de etiqueta, quienes le solicitaron una entrevista privada en una de las salitas contiguas. Al llegar allí, uno de los desconocidos le exhibió un cheque por 110.000 francos, fechado un año antes, y que el americano había entregado en pago de una deuda de juego al Casino de Monte Carlo, y que luego ordenó por cable a su banco que no pagase.

Apenas el sujeto regresó a Europa, el servicio secreto del Casino se puso tras sus huellas, sin estorbar que obtuviera ganancias hasta dicho importe, lo que éste había logrado, precisamente esa noche, la víspera de su partida, según ya se sabía.

Abonó el cheque, reconociendo que los Directores del Casino de Monte Carlo no se habían portado demasiado mal con él...

17. Reinas y Ruletas

Una oleada de excitación sacudía al minúsculo Casino de San Sebastián. Por una vez en su existencia, había éste sido escrupulosamente higienizado; la servidumbre provista de guantes de imaculada blancura, y la administración se tomaba el trabajo de inspeccionar si todo estaba en orden. Una docena de corpulentos policías recorrían las dependencias, y aquí y allá las luces iluminaban tiestos de flores que reproducían los colores de la romántica España. En la "salle privé", en el centro de la mesa principal, cuatro sillones de tapizado púrpuro elevaban su opulencia sobre la gloria marchita de los otros asientos y divanes diseminados a lo largo de la estancia.

Un repentino revuelo tomó cuerpo a la entrada. Los agentes secretos cambiaron una mirada enigmática, y unos trescientos hombres y mujeres en ropa de gala se precipitaron desde los otros salones a la "salle privé" para presenciar lo que iba a ocurrir.

Las ruletas se detuvieron, y un pequeño grupo de personas penetró escoltadas por el nervioso "Directeur", que condujo a los personajes a los majestuosos sillones que ya mencioné.

-¡Es la Reina y la Infanta de España! murmuró alguien cerca mío, y mientras contemplaba yo a la alta y hermosa mujer revestida de diamantes, comprendí que había sido honrado esa noche, y que Su Majestad la Reina de las Españas se dignaría apostar en mi mesa. Debo declararles que esto acaeció años antes de que Primo de Rivera clausurara el espléndido Casino al abolir el juego durante su dictadura.

Un "croupier" español se encargó de dirigir el juego, y era cosa curiosa de ver cómo se inclinaba cada vez que retiraba con su rastrillo el dinero de la soberana, no sé si queriendo significar con ello su pesar, con todo, la española, mujer tanto como reina, cansada sin duda de tanta liturgia convencional, le espetó, entre las risas de los concurrentes: -Señor "croupier", vuestra bolilla es menos galante que vuestras reverencias!

La desolación del buen hombre quizá se comunicó a la ruleta, pues desde ese momento, Su Majestad comenzó a ganar golpe tras golpe, lo que celebraba con infantil deleite. Pronto, una enorme pila de fichas se amontonó a su alrededor, como si la majestad de quien apostaba sedujese a los Hados...

Fue entonces cuando una joven española, morena y de ojos oscuros, con grandes pendientes de pedrería, que se hallaba cerca de la Reina, aunque no formaba parte de su comitiva, se levantó súbitamente y con un rumor de sedas y encajes, cayó desvanecida sobre el "parquet", una de sus

manos buscando apoyo en la falda de la augusta soberana... Espantados, dos de los inspectores se abalanzaron para apartar a la mujer, pero la Reina, más rápida que ellos, levantó a la accidentada, y colocándola en su silla, pidió a una de sus damas de honor, que trajera las sales. Los minutos transcurrieron, y la joven no daba señales de reacción. A pedido de la princesa se trajo a un facultativo, quien aseguró a la augusta ansiedad la pronta mejoría de la niña... El juego continuó, para fortuna de la primera dama de España, quien se levantó más rica aún de lo que se sentara.

Al día siguiente, la secretaria de un hospital de la ciudad recibió la visita de una dama de porte atrayente y majestuoso, quien llegó en un automóvil perteneciente a la realeza. Al sentarse colocó un paquete sobre el escritorio.

-He sido enviada por Su Majestad española -dijo la dama de honor, para ofrecer esta contribución a los fondos del hospital-. Y abriendo el envoltorio depositó en las manos de la secretaria el total de las ganancias que la reina de España obtuviera en el Casino la noche anterior.

Volviendo al asunto de este capítulo, que era el de las soberanas a quienes ví desbancar a la diosa Fortuna, deberé mencionar entre las más afortunadas, a la reina Margarita de Italia, que a menudo nos visitaba de incógnito, aunque a nadie pasaba desapercibida, pues era en verdad una figura notable con su tiara de maravillosos rubíes que semejaban estrías sangrientas bajo la luz fulgurante de los salones del Casino.

Cierta noche jugaba ella en mi casa, y contigua a su asiento estaba una americana de mediana edad que movía con ostentación una alta pila de fichas; era -lo diré incidentalmente- la esposa de un "rey" americano de los transportes, y por primera vez visitaba Europa, y desde luego Monte Carlo. La soberana de Italia apostó prudentemente mil francos, y la otra, con un mohín despectivo, por lo reducido de la cantidad, colocó cinco mil sobre el tapete, desconociendo probablemente la identidad de su ilustre vecina. Ganó la reina, con visible enojo de la otra.

El juego continuó así durante una hora y media, en continua racha favorable para la reina, mientras la millonaria perdía jugada tras jugada. De repente, en medio del asombro de los circunstantes, vociferó la americana a Su Majestad, que estaba en ese momento recogiendo sus ganancias: -¡Ladrona! ¡Esa puesta me pertenece! -se hizo un silencio dramático, mientras todo el mundo se estremecía de horror... Pero la Reina ni siquiera la miró, como si se tratara de un lacayo. Yo ya había recuperado mi sangre fría y me dirigí a la americana: -¡Madame -dije con voz helada- retirará UD. sus palabras, o me verá obligado a pedirle que abandone la mesa! -¡No haré nada que se le asemeje! -farfulló la mujer.

Hice una seña a los dos "comissaires de jeu", quienes se aproximaron y levantando a la dama de su asiento, la sacaron de la mesa.

Uno de los inspectores la susurró, tomándola de un brazo:

-¡Madame ignora seguramente la identidad de la señora a quien ha insultado!

-No me importa quien es. Ha robado mi apuesta.

-La dama a la que UD. acusa de robo es Su Majestad la Reina Margarita de Italia -respondió el jefe de los inspectores.

Durante unos instantes la mujer vaciló, próxima al desmayo, mientras explicaba al marido, que acababa de llegar, el cariz del asunto.

-Hetty -dijo él- creo que es conveniente que vayas a dar excusas a Su Majestad...

Con semblante lloroso se acercó ésta a la soberana, arrodillándose casi para solicitar la real indulgencia...

Durante todo el episodio conservó la Reina una calma perfecta, y no la varió entonces al contemplar con una sonrisa a la figura inclinada, y decir:

-Se equivoca UD., y no creo que haya motivo alguno para que deba yo perdonarla...

Era un gesto real, y hubo la mujer de retirarse cubierta por el bochorno de su desgraciado "faux pas". El juego se reanudó, y todo el mundo olvidó el incidente, aunque nadie escatimó una mirada de admiración a la soberana, que con tacto tan admirable sorteó la aspereza de una situación semejante.

Recuerdo también otro incidente más bien patético que le acaeció a otra soberana: la reina Elizabeth de Bélgica, durante una velada en el Casino de Le Touquet. Acababa de entrar a la sala y se la conducía al sitio reservado en una de las mesas, cuando una mujer alta y enjuta se arrojó a sus pies y cubrió de besos una de sus manos. Obligándola suavemente a levantarse inquirió la princesa el por qué de ese proceder.

-Majestad, mi hijo murió en la guerra -explicó aquélla- y se me dijo que Vuestra Majestad lo acompañaba y que su muerte fue honrada con vuestra presencia -la frase se truncó en un sollozo.

Inquirió con delicadeza la reina el nombre y el hospital donde falleciera el hijo de esa anciana señora, y quedó esclarecido que Su Majestad había servido durante cierto tiempo como enfermera en el mismo. Tomando a la mujer por el brazo, la reina la condujo a un sofá, y olvidada ya de su intención de jugar, inició con ella una conversación tierna y rememorativa. Antes de separarse se aproximó a la dama, e inclinándose besó la princesa aquella mejilla marchita.

Fue una bella acción, desacostumbrada y cristalina en el ambiente corrompido y banal del Casino, que conmovió hasta a la propia Elizabeth de Bélgica, pues se retiró ésta sin acercarse a las mesas como había sido su intención inicial.

No ocurrió empero igual cosa con la anciana dama, quien seguramente para distraer su dolor se ubicó en mi mesa y comenzó a derrochar a manos llenas la gran fortuna que le dejara su esposo... Perdía desde luego, y al par que la Mistinguette, la famosa estrella, que jugaba al otro extremo del mismo tapete.

Meses más tarde llegó al Casino una nueva reina, Su Majestad María de Yugoslavia. Era, en verdad, una de las más bellas princesas de Europa, y su entrada al Casino originó un auténtico revuelo. No la acompañaba su real consorte, y esa circunstancia recordaba a la gente las épocas anteriores a su enlace, cuando era la fascinadora María de Rumania...

El casamiento con el rey Alejandro de Yugoslavia fue uno de los pocos romances de amor que aparecieron en la realeza brillante y turbulenta de aquellos años.

No olvidaré una noche en que entró al salón repentinamente el Príncipe Carol de Rumania, hermano del príncipe Nicolás, que se hallaba en ese momento jugando en la mesa principal... Una oleada de excitación sacudió al público. Carol estaba desterrado de Rumania, y lo acompañaba en ese instante la famosa Madame Lupescu. Durante unos segundos, los hermanos se miraron... para sonreír luego, y darse un abrazo vigoroso y fraternal.

No era muy protocolar, pero ¿qué quiere UD.? La sangre es más densa que el agua...

18. Picaros y Criminales

En los capítulos anteriores me he detenido casi exclusivamente en los personajes notables y de gran fama mundial, pero ahora quiero relatarles algunos episodios relacionados con gente que si logró celebridad fue a través de sus crímenes, o de alguna otra acción que reunió en alguna suerte de notoriedad poco recomendable. Los hubo de todas clases en los Casinos de Europa, y aunque

se tomaron todas las precauciones imaginables para excluirlos, no siempre era fácil distinguir los carneros de las ovejas, y por ende, de los lobos, que se ingeniaban bastante para disimular su presencia.

Voy a referirles a continuación el caso de un hombrecillo de barba y calvicie que una vez se ubicó en mi mesa de Monte Carlo, y trató por todos los medios de hacerse una fortuna con el sistema muy complicado que practicaba. Dicho personaje se convirtió más tarde en la figura principal en el proceso de asesinato de mayor resonancia que ocurriera en Europa. Su nombre era... ¡Henry Desiré Landrú!

Poco sospechaba yo al observarle estudiar cuidadosamente sus pequeñas hojas de papel repletas de números y combinaciones, que tenía enfrente el hombre cuyas manos estaban ya manchadas con la sangre de sus numerosas víctimas femeninas, y sobre el que la sombra de la guillotina comenzaba a proyectarse. Su sistema, como la mayoría de los sistemas, era ineficaz, y lo hizo perder más dinero que si hubiera jugado al azar.

Era un hombrecillo interesante -pero hubo de chocarme entonces que su figura esmirriada y repulsiva, (que era lo que hacía fijar en él la curiosidad), pudiese atraer tanto la atención femenina. Apenas se sentó a la mesa una alemana millonaria, aunque algo "passé" comenzó a revolverse para que admirase sus encantos, y hubiera yo jurado que el sujeto terminaría por .optar a los rollizos brazos de la extranjera que a las contingencias de la ruleta, presintiendo además, una ganancia más pingüe. El destino amparó esa noche a la dama, pues Landrú siguió jugando; de lo contrario aquella mujer hubiese probablemente sido una víctima más del asesino, terminando quemada en su famosa, ¿más bien infamante chimenea?

Después de perder largo rato con su método, "Barbazul" Landrú se dirigió al bar, y ordenó media botella con su mét de champaña. No habían pasado cinco minutos cuando se le aproximó un viejecillo de aspecto tétrico para ofrecerle... ¡un sistema para ganar! Contemplar la cara de Landrú ante la oferta era espectáculo divertido... Poco rato después una preciosa "demi-madame" se ubicó a su lado a compartir el champaña. No volví a ver al hombre que pocas semanas más tarde sería apresado como uno de los más sanguinarios criminales del mundo, y deduje que Landrú halló en la muchacha suficientes encantos como para llevarla a su casa... Pero por suerte no fue así, y volví a verla después del arresto del criminal, y me enteré por sus labios de que no había ido a la "Villa Negra" en el bosque de Rambouillet, salvándose así de convertirse en combustible para el mortífero incinerador.

Una noche llegó a Monte Carlo vestido en el más "outré" de los trajes de etiqueta, un hombre que evidentemente era la primera vez que portaba vestimenta de tal usanza.

Traía los bolsillos repletos de billetes, y es sabido que los Casinos perdonan mucho a quienes adolecen de opulencia excesiva, sobre todo cuando la evidencian frente al tapete. Pronto se ubicó el hombre -que más parecía un apache- en una de las mesas, y comenzó a apilar billetes de mil francos encima. Era evidente qué se trataba de un tahur, pues nadie hubiese hecho semejante despliegue, de haberlo obtenido por vías legales. Por supuesto perdió, lo que no parecía afligirlo, sino más bien darle gusto, quizás por la ocasión que se le brindaba de ostentar unas reservas en apariencia inagotables.

Una verdadera bandada de cortesanas y tronados terminó por rodearlo, y el juego prosiguió hasta que una lindísima muchacha, contigua a su asiento, se vió obligada a levantarse, pues había perdido cuanto tenía. El apache la tomó del brazo, obligándola a sentarse, a tiempo que depositaba un grueso fajo de billetes sobre su falda. Rehusó ella al principio, pero ante la insistencia del hombre, hizo una apuesta. Ganó, apostó de nuevo, y volvió a ganar.

Una hora después la chica tenía tres veces la cantidad que el apache le prestara, y por supuesto, trató de devolverla.

-No, no, "cherie" -dijo éste-. Esta noche dividiremos todo juntos.

El tono de su voz hacía obvia la intención. La mujer intentó escapar, pero él brutalmente la obligó a permanecer quieta. Un inglés alto y joven se aproximó entonces.
-Dejará UD. en libertad a esta señora -murmuró.

Por toda respuesta el hombre extrajo una navaja, y amagó un tajo al sajón, quien hizo un quite, y con un certero golpe a la quijada envió por el suelo a su agresor. Se levantó éste de un salto, dispuesto a repetir el ataque, fulgurante al cuchillo que empuñaba su diestra. Las mujeres dieron un alarido cuando el apache cayó sobre el inglés y lo derribó; estaba ya a punto de clavarle el puñal en el corazón cuando tres gendarmes lo contuvieron, y después de esposarlo, lo sacaron a rastras del salón.

Al día siguiente se establecía la identidad del agresor como un peligrosísimo criminal, que acababa de asesinar a un joyero en París, despojándolo de más de un millón de francos, para venir luego a dejarlos en Monte Carlo. Se lo sentenció a muerte en Seine Assizes, pena que luego obscuramente se conmutó por la cadena perpetua a la Guinea Francesa.

Quizá uno de los más inescrutables jugadores que haya yo visto jamás fue Bolo Pasha, el hombre que vendió a su país -Francia -por el oro alemán, durante la primera guerra mundial, y que finalmente fue ejecutado en Vincennes, con acto de alta traición. Llegó a Monte Carlo en pleno conflicto, cuando el Principado era un secreto hervidero de intrigas y espionaje. Derrochaba el dinero -dinero germano- y viajaba con la pompa de un monarca; lo acompañaban tres secretarios, un valet, chóferes, y en uno de los mejores departamentos del Hotel de París se albergaba su harém particular.

Francés por nacimiento, se confería a sí mismo el título de Pashá, y una de sus diversiones favoritas era pasar como un magnate oriental, para lo cual resultaba imprescindible el harén, al que esmeraba en surtir ampliamente con mujeres jóvenes y bellas, y en el que solían celebrarse espectáculos y orgías que sobrepasan cualquier descripción.

Trató Bolo de obtener mi amistad, y una noche me invitó a cenar en su departamento. La curiosidad me llevó a aceptar, y así, una noche llegué correctamente vestido de fac. Bolo en persona salió a recibirme ataviado con una amplia "robe" de seda, la cabeza cubierta por un fez, y fumando tras la larga boquilla, un cigarrillo perfumado.

La cena fue de estilo oriental, y se bebió en abundancia del mejor champaña. Al concluir, Bolo insistió en mostrarme el harem, donde conocí a una media docena de muchachas muy jóvenes y atractivas, que vivían allí gracias al dinero que le pagaba Alemania por traicionar a su patria.

Partí al poco rato, pues mi anfitrión sugirió ciertas "diversiones" que no armonizaron con mis ideas de una velada agradable. Quedó al tierno cuidado de sus "esposas", con sus ideales de magnate de Oriente, y con los vicios de Oriente -atemperados a veces con la mujer de Occidente. Tal era la arquitectura mental de uno de los más grandes traidores de la Europa de entonces.

Una tarde el Servicio Secreto hizo un "raid" al departamento de Pashá Bolo, pero el pájaro, presintiéndolo, ya había levantado vuelo con todo su harém, hacia la frontera italiana, y desde ahí, por auto a Suiza, donde permaneció hasta que se creyó seguro para volver a Francia... donde fue arrestado apenas traspuso la frontera. Lo demás es suficientemente conocido.

Ya que de espías hablamos, permítaseme referirme a una mujer que quizá fue la más grande de todas: Mata Hari, por quien miles de hombres cayeron, víctimas de su inexplicable fascinación.

No olvidaré aquella noche en que Mata Hari entró al Casino Municipal de Biarritz con un traje hecho enteramente de hojas de palmera, algo más compacto que el de nuestra común madre Eva, y con el que fascinó el ambiente durante toda la velada... Esa noche habría de ocurrir un sorprendente suceso que nos revelaría que en esa bellísima mujer subsistían indemnes los violentos sentimientos y reacciones del ser primitivo, tras el exterior refinado, y la cultura que le

enchapara el contacto con la civilización.

Mata Hari era mestiza, hija de Chino y Javanesa, y esa mixtura de temperamentos originó esa bella criatura de tan extraña complexión.

La noche en cuestión Mata Hari había estado jugando fuerte en las mesas, y al levantarse, un oficial ruso de uniforme, alto y barbudo, se le acercó, y rodeándole con sus brazos imprimió un beso sobre los labios rojos y llenos...

Un silencio dramático se extendió por la sala, mientras una docena de hombres avanzaban para vengar el ultraje. Mata Hari aventó al oficial, los ojos dos carbunclos en la furia; haciendo detener a quienes venían en su ayuda, se encaminó lentamente hacia el oficial del Zar, con un vaivén altanero en la marcha. Lo miró un instante en los ojos, ambas caras muy cerca una de otra, y luego con gesto instantáneo levantó su mano del bolso, con una pistola en ella... Se oyó un estampido con un sordo eco en las paredes, y el oficial rodó sobre la alfombra, el pecho atravesado.

Mata Hari, con la minúscula pistola aún humeante en la diestra, contempló al caído, y luego, primitivamente, su pie diminuto golpeó al cuerpo. Luego, con calma igual, guardó la pistola, y se encaminó lentamente a la salida, mientras varios hombres, incluso un doctor, se inclinaban para socorrer al herido. La herida no era mortal por suerte, aunque el oficial debió permanecer en el hospital durante algunas semanas. El Casino ocultó el "affaire" y esa misma noche Mata Hari debió abandonar el Principado, para dirigirse a España en su gran Hispano Suiza blanco; desde allí prosiguió sus actividades, comunicándose con la Wilhelmstrasse por vía Amsterdam.

Nadie se sorprendió más que yo mismo cuando llegó la noticia de que había sido arrestada como espía alemana, y lamenté, en verdad, su trágico fin, frente al pelotón de fusilamiento, brava, indomable y arrogante como fuera siempre. Era una mujer inolvidable.

Antes de cerrar este capítulo de personajes curiosos y exóticos, quisiera mencionar a Oscar Wilde, a quien vi muchas veces en la Rivera, aquélla figura extraña y descreída, tan aislado como carente de suerte en la ruleta, a la que frecuentaba bien raramente, en verdad. Siempre me sedujo la extraña atmósfera que parecía pender de su figura trágica y solitaria, y cierta vez, la única, cambié con él unas palabras, durante una fiesta popular de la ciudad.

Se había ubicado en lo alto de una escalinata de un palacio que dominaba el "Promenade des Anglais" y desde allí contemplaba a la muchedumbre con una mezcla de piedad que atemperaba la tristeza. Me trepé a su lado y trabamos conversación.

- "Mon jour Monsieur" -me respondió distraído, y luego como si hablara consigo mismo-. Locos, todos locos!

- ¿Quiénes? -no pude menos de inquirir.

- ¿Quiénes? Pues toda esa gente que UD. ve; trastornados por su propia felicidad... trastornados de disfrutarla... Para mí todo no es sino una máscara, ya que soy el hombre más desgraciado de la tierra.

-Es usted pesimista, Monsieur Wilde -respondí-. Me miró fijamente un instante, luego dándose cuenta de que yo había mencionado realmente su nombre, saltó de su refugio, y desapareció entre la multitud.

Mientras lo veía alejarse, sus palabras seguían resonando en mis oídos.

- "Yo soy el hombre más desgraciado de la tierra" ..

19. Reyertas en los Casinos

Las pasiones abundan en los Casinos, y los perdidos fuera de sí, suelen olvidarse de sí propios y hacer cosas que los llevan a menudo a la violencia y al crimen, cuando no a la muerte. Es curioso advertir que tales episodios lamentables no ocurren solo al sexo fuerte, sino que también mujeres jóvenes y hermosas llevan a cabo acciones sólo descritos en las páginas del Código penal.

Cierta noche, en Monte Carlo, una bellísima española se levanta ciega de ira porque su vecina de juego había inadvertidamente recogido unas fichas que le pertenecían; extrajo un largo estilete y clavó su agudísimo filo en el rostro de la otra, quien al caer se aferró al cuello de su agresora, la faz cubierta de sangre. Comenzó una lucha violenta, durante la cual las placas y ganancias de los asistentes rodaron por la alfombra, en irremediable confusión. Separadas luego por la policía, se las condujo ante el juez, que dictaminó una multa de 2.000 francos a cada señora. La española se rehusó a pagar, y como no había prisión para mujeres en Mónaco, se le ordenó abandonar la ciudad en 24 horas. Agregaré que se llegó a un acuerdo con Francia respecto a los culpables sentenciados por los tribunales de Mónaco, los que se llevaban a las cárceles de Francia a cumplir sus penas, ya que no hay cárcel "honorable" en el Principado.

A propósito de esto les referiré un caso lleno de extraña ironía que le acaeció a un hombre que vivía en Mónaco. Hace algunos años -antes del convenio referido- un ciudadano de Mónaco cometió un crimen, y se le sentenció a la pena de muerte. El tribunal se halló frente al problema de cómo efectuar la ejecución. No se contaba con el aparato del verdugo en Mónaco, y lo que era peor, con ningún voluntario para cumplir la tarea. Después de una conferencia de los magistrados monegascos se convino en modificar el fallo, condenando al culpable a prisión perpetua. Pero esto trajo tropiezos de otro orden, ya que no había cárcel donde meterlo. Por supuesto se buscó y pudo hallarse una casona derruida. Se clausuraron las ventanas con sólidas barras de hierro, y una maciza puerta provista de seguro cerrojo se instaló en el sucucho. Era el único preso de Mónaco, y por lo tanto se encargó a un guardián la especial vigilancia del recluso, todo, naturalmente, a costa del presupuesto del Principado. Después de unos meses, las autoridades judiciales decidieron suprimir al guardián, y dejar que el preso se vigilase a sí mismo.

De esta manera el asesino vivió durante muchos años, mantenido por el Estado, y gozando de perfecta libertad, aunque técnicamente estaba recluido a prisión perpetua.

Cuando murió, el Gobierno se encargó de todos, los gastos de las ceremonias... Ignoro si un caso tan paradójico se ha presentado en alguna parte.

Pero para volver a las riñas y escándalos de que he sido testigo en los Casinos, les contaré de un duelo a pistola que se llevó a cabo en el Casino de Niza, entre dos italianos rivales en el favor y los encantos de una preciosa "demi-mondaine", que por cierto valía menos que la vida de cualquiera de sus pretendientes. Parece que uno de éstos había sido durante varios meses el "ami" de la chica, pero agotados casi sus fondos, se vió desplazado por el compatriota en los dones de la bella. Al entrar una tarde al Casino, el primer italiano vió a la mujer en compañía de su rival, y excitado por los celos y quizá por el champaña, retó a duelo al presunto burlador. Aceptó éste el desafío, y extrayendo cada uno sendas pistolas, comenzaron allí mismo a hacerse un fuego graneado, mientras el público se lanzaba a las salidas, presa del mayor de los pánicos. Al fin uno cayó -el primer amante- y el otro cesó de disparar. Llegaban ya los gendarmes que arrestaron a uno, e hicieron conducir al hospital al otro, cuya herida por fortuna no resultó mortal. Dos semanas después los italianos fueron sentenciados a dos años de prisión, y a expulsión de Francia. La mujer, entretanto, festejó ruidosamente la incidencia, y sus acciones subieron de precio, dado que dos estúpidos casi se matan por ella...

No hay nada más despreciable que ver a un hombre atacar a una mujer, y lamento consignar que ello ocurría con bastante frecuencia en los Casinos de Europa, aunque nunca el agresor salió indemne de su cobardía, pues siempre hay hombres que saben vengar a una mujer injuriada así en público.

Había en Deauville un repelente hombrecillo, tratante de blancas, que maltrataba de todas las maneras a las mujeres que con los fines presumibles "presentaba" en el Casino. Tenía siempre

mucho dinero, y estaba asociado con los mayores y más desvergonzados capitalistas de Europa, en la "especialidad".

Cierta noche se acercó por detrás a una de sus "pupilas" y le aplicó un pellizco tan violento en el brazo, que lanzó ella un gemido de dolor. Había cometido alguna falta seguramente, pero un inglés alto vió la cosa, y avanzando con rapidez, tomó al bribón por la garganta y sacudiéndolo, lo inquirió furioso, la razón de su proceder.

-Se equivoca Udí, M'sieud -balbuceó el pillastre-. Yo no he tocado a esta señora.

-¡Mientes, perro! -respondió el sajón, y soltándolo, tomó distancia para aplicarle un puñetazo tan violento en la mandíbula que lo hizo rodar por el suelo-. Gateando, intentó el hombrecillo ganar una salita, pero el otro, más rápido, volvió a cogerlo con una mano del cuello y con la otra de los fundillos, y balanceándolo unos instantes lo lanzó por el aire... Quizá calculó mal, pues el hecho fue que el sujeto dió contra uno de los ventanales que daban á la terraza, el que al quebrarse depositó al maltrecho sobre el áspero pedregullo de la avenida, en medio de un ruidoso concierto de cristales fragmentados... Dos gendarmes detuvieron al inglés y le condujeron al "Bureau de Police". Allí el comisario dió al preso una acogida más cordial de lo que podía suponerse.

-Permítame, señor, estrecharle la mano -dijo- UD. tiene pena por su acción, pero igualmente merece mi agradecimiento, pues ha hecho lo que siempre quise hacer, pero que mi posición oficial impedía.

En cuanto al granuja no apareció en el Casino durante algunos días, y cuando volvió a vérselo, muchos vendajes le tapaban el rostro, aunque no las miradas, plenas de sentimiento... por sí mismo.

No sé qué retribución dió a la chica en privado, pues ella no volvió a aparecer en los salones.

Hice algunas averiguaciones, y así me enteré de que había abandonado a la "banda", y que el mismo inglés que la defendiera había costado todos sus gastos...

Me temo que yo mismo fui una vez víctima de las agresiones y ataques de quienes porque pierden a la ruleta suponen que el "croupier" es el culpable de todo. Cierta noche al regresar yo a mi casa, en Mónaco, hallé sentado en mi sofá a un hombre con traje de calle.

-¡Ah!, M. Ketchiva -dijo al verme entrar-. ¡ Al fin lo encuentro!

-¿Qué quiere UD.? -exclamé con fastidio, pues me irritaba la intrusión del hombre en mi cuarto.

-Quiero matarlo -respondió-. Sentí que el temor me dominaba, pero comprendí también que sólo la serenidad podía salvarme.

-Supongo que no pretenderá UD. hacer algo tan tonto -musité, mientras me sacaba calmosamente los guantes.

-Soy un hombre arruinado -replicó el intruso- . pero esta noche voy a reivindicarme de toda mi miseria, y antes ajustaré cuentas con quien me ha traído a esa situación.

-Dígame quién es él, se lo ruego -dije, y encendí un cigarrillo.

-¿Quién?... Pues, UD. mismo... ¡canalla!

-Me parece, M'sieu, que UD. sufre alguna confusión. Jamás he intentado arruinarle, y si ha perdido UD. en el tapete, puedo asegurarle que no es mi culpa.

-¡Miente de nuevo! -me respondió- ¡UD. lanzaba la bola con el expreso propósito de arruinarme, pero ahora eso le costará la vida!

El hombre sacó un revólver y me apuntó a la cabeza. La situación era en verdad crítica. Mi cerebro se movía vertiginosamente, pero ¿qué podía hacer? Había que intentar algo que calmara al hombre.

-Bien, señor -dije- si es que vamos a morir los dos, brindemos cuando menos, con una copa en la mano.

El hombre dudó unos segundos, pero luego una extraña sonrisa plegó sus labios; bajó el arma y se volvió a sentar en el sillón, mientras yo tomaba del armario una botella de champaña.

-Una bebida adecuada para el último brindis -murmuró.
-Tiene UD. ciertamente buenos nervios.
-Soy fatalista -respondí- si mi hora ha llegado, y es UD. a quien el Destino ha designado para que se cumpla, pues... ya conocerá la creencia de los mahometanos...

Durante un cuarto de hora bebimos en silencio, entregado cada uno a sus propios pensamientos.
¿Tiraría el hombre sobre mí? Decidí intentar la persuasión.

-¿Dice UD. que se arruinó anoche en el paño?
-Hasta el último centavo... y eso que era un potentado.
-Pero el dinero no es lo esencial en la vida; puede reunir otra fortuna. Venga, le mostraré cómo debe proceder...
-¿Qué quiere decir?
-Termine su copa y se lo enseñaré -y apartando la mía, saqué un paquete de cartas.
-Voy a enseñarle un pequeño juego -dije- a un solo golpe. Si yo pierdo UD. puede matarme, y ganar 10.000 francos; si gano... entonces deberá concederme la vida...

La indecisión de mi interlocutor apenas duró segundos, pues después de sorber su champagna tomó del mazo lentamente una carta.

-¡La más alta gana!, dije, mientras tomaba la mía.
-¡Cuatro de copas!, aulló casi el hombre.
Di vuelta mi baraja con mano no muy firme.
-UD. gana -dije-. Tengo el tres de espadas... Me encogí de hombros, y sacando la billetera la arrojé sobre la mesa.
-Encontrará adentro diez mil francos... De todos modos, si UD. va a matarme, ya no los necesito. El intruso se incorporó, una rara mueca torciéndole la cara.

-M. Ketchiva, UD. es un "sportsman". Tomaré cinco mil francos para volver a mi patria, y en lugar de tirarle... bueno... más bien le estrecharé la mano.

Y así salvé la angustiada situación. El hombre, un nativo de Malta, regresó a su hogar, y se convirtió, como en los cuentos felices, en el mejor de mis amigos. Rehizo su situación, y me devolvió los 5000 francos restantes que me ganara aquella noche dramática.

No tuvo tanta suerte otro crupier compañero mío. Viajaba de Monte Carlo a París, vía Le Touquet, en un coche de primera clase, cuando entró a su cabina, un hombre que le había jurado venganza por haberse negado a complicarse en un plan tendiente a defraudar a la banca. Era demasiado tarde para intentar cualquier defensa, y mi amigo hubo de limitarse a fijar en su perseguidor una mirada de humillante impotencia.

-Así -dijo el truhán- que viajamos juntos, aunque no a la misma estación.

Mi compañero parecía pequeño junto a los seis pies de robustez del otro... En realidad no comprendo por qué no murió en el trance; se le encontró a la mañana siguiente la cara fracturada y tres costillas rotas que le costaron seis meses de hospital, pero hasta dónde llegan mis informes, pudo volver a tomar su plaza de croupier en Monte Carlo y Cannes...

Para cerrar el capítulo, les contaré una asombrosa pelea que entablaron un chino contra un hindú en el Casino de Cannes, en plena temporada.

Eran ambos hombres de riqueza y posición, y se guardaban un odio profundo. Descubrí más tarde que una mujer era la causa. Se balearon sin tregua esa noche, aunque con tan mala puntería que al no resultar heridos después de vaciar sus pistolas, se lanzaron el uno sobre el otro, rodando sobre el pavimento. El hindú demostró conocer mucho más que su contrincante en el arte de la lucha, y así el amarillo recibió una fenomenal paliza. Después de mucha dificultad se consiguió

separarlos y expulsarlos del Casino; pero mientras el hindú parecía dispuesto a perdonar y olvidar, el chino tramaba su terrible revancha.

Consiguió reclutar -Dios sabe adónde- un cierto número de compatriotas, y aguardaron en la calle una oscura noche al hindú... Sólo diré que después de despojar de todas sus ropas a la víctima, mutilaron su cuerpo con infinidad de heridas -a las que dieron la forma de caracteres chinos...- El hindú estuvo en el hospital durante varios meses, pero hasta el día de su muerte conservará en el cuerpo los caracteres simbólicos de la venganza oriental. Un perito declaró que los mismos significaban el lema de una antiquísima familia china, y así fue cómo los vengadores ejercieron su cruel venganza...

Dije que aquí cerraría el capítulo, pero me viene el recuerdo de otro episodio que paso a referir.

Una noche en la mesa número siete del Casino, el número siete salió siete veces seguidas, y la coincidencia extremó al punto de que siete jugadores abandonaron el local completamente arruinados.

Nunca se había visto suceso semejante en el Casino, y por ello el número siete acaparó los días siguientes la preferencia de los contertulios, sobre todos los restantes.

El exótico caso tuvo un trágico corolario, pues siete de los "habitués" partieron en bote una noche, para nunca saberse de ellos. Se dijo que el grupo, en el que se incluían dos hermosas mujeres, enfiló hacia alta mar, y allí cada cual se suicidó a su manera. De ello no tengo pruebas, pero lo cierto es que jamás retornaron a Monte Carlo.

La ironía y la tragedia es asunto de cada día en los garitos, pero la Dirección siempre se arregla para ocultar lo patético, aunque sólo sea prohibiendo la entrada a los que aún quedan con vida.

20. La Historia Secreta de Monte Carlo

Monte Carlo ha sido siempre un centro de intrigas, tanto políticas y criminales como financieras y amorosas.

Uno de los hombres que dirigía el Servicio Secreto Italiano, solía contarme algunas veces muchos de los entretelones de su profesión que incluía, incluso la vigilancia de las testas coronadas y los jefes de Estado que visitaban el famoso sitio.

Durante la otra guerra, la mayor parte de las "demimondaines" que concurrían al Casino del Principado eran financiadas por el oro alemán. Presencí cómo una de ellas era detenida, el mismo día en que se otorgaba a mi modesta persona la "Croix de Guerre". Hablando de mujeres espías, yo una vez disfruté de la amistad de una de las más hábiles que arriesgaba su vida por servir a Francia en el Servicio Secreto. Mademoiselle Jeanne Lacloche, hija de un Capitán de la Armada, muerto en acción, y que se hallaba dominada por el propósito de vengar la muerte de su progenitor.

Durante quince meses Mlle. Lacloche trabajó para Francia en Bruselas, y a causa de su belleza y de su habilidad de bailarina llegó a ser la favorita de los oficiales germanos que se disputaban sus favores, logrando vitales informaciones para su patria.

Me acuerdo también de un misterioso crimen que ocurrió en Monte Carlo y del que fue víctima una joven de dieciocho años cuyo cuerpo salvajamente mutilado fue hallado en la playa. Entre sus manos crispadas se encontró una nota, la que decía que se había suicidado para no ser vendida al harem de un magnate oriental.

La policía encaró el asunto con mucha suspicacia, y se tomó el mensaje como una superchería; se

murmuraba de un príncipe que vivía en su propio yate, junto a la bahía; las investigaciones revelaron ciertos detalles que indicaban que el cuerpo pudo haber sido arrojado desde el yate. Se habló de algún arresto sensacional, pero un día la embarcación principesca no se vió en su apostadero, y todo el mundo pensó que era mejor no hablar de un "affaire" que podía aparejar complicaciones internacionales. A Monte Carlo puede clasificársele como la tierra de lo ilegal. El dinero que obtenían sus traficantes clandestinos sobrepasaban al logrado por sus colegas de cualquier región de la tierra; y Dios sabe que hay sobre el mundo intrigas bastantes para mantener ocupados a todos los truhanes del orbe entero.

Pocos casos habrán, supongo, eclipsado al celeberrimo de la "estafa de Mr. A" en el que el Marajá de Kashmir -entonces Sir Hari Singh- jugó principalísimo papel. Conozco, sin embargo otro caso que casi supera a aquél, y al que se vincula el difunto ex emperador de las Austrias, Francisco José, quien, como es sabido tenía un "penchant" por las mujeres hermosas y las historias picantes. Llegó un día a la Rivera no sé si atraído por el sol o el juego, pero sí en todo caso por las innumerables bellezas que decoraban las riveras de la Costa Azul.

Una banda de tahures, integrada principalmente por mujeres, capitaneados por un aventurero internacional, de origen inglés, decidió aproximarse al Emperador y hacerle pagar "dividendos" por las atenciones que le prodigarán.

Después de mucha discusión y rivalidad entre las mujeres para destacar a la elegida, una bellísima griega de figura de diosa fue destinada en la misión de rendir a Venus el corazón del augusto personaje; con dinero provisto por la gavilla se instaló la damisela en el Hotel París, de Monte Carlo, donde moraba también el Emperador, y sostenida por un suntuoso guardarropa, y un coche de precio, comenzó su tarea de atraer a sus encantos al Emperador.

Un empleo juicioso de sus magníficos ojos, y la cuidadosa exposición de sus velados encantos, pronto atrajo a la real figura, y así una noche, la invitó Francisco José a bailar. Todo se desarrollaba de acuerdo al plan de los granujas, quienes empero debieron enfrentar una nueva complicación en sus intentos para atrapar mejor a su presunta víctima. Tomó ella la forma de una beldad rubia cuyas marcantes languideces parecieron impresionar aún más al Emperador que las formas clásicas y la belleza morena de la griega. Comenzó así una gran rivalidad entre las dos mujeres, y la banda hizo cuanto pudo por alejar a la rubia rival, hasta llegar a los métodos expeditivos del secuestro. Todo pareció arreglado, pero -de acuerdo a la mejor tradición de los dramas- la rubia logró escapar, y ponerse, por medios que es mejor no inquirir, en comunicación con el Príncipe, y persuadirle de que diera su "pasaporte" a la griega. Las cosas se ponían feas por la banda, la que en la última instancia, alquiló un pequeño chalet para tender en él una ratonera al Emperador, enviándole un mensaje según el cual la rubia lo esperaba allí cierta noche. Apenas llegado a la villa se apareció la griega dispuesta a recomenzar sus tareas de seducción, y al paregavilla penetró intempestivamente en la estancia, sus propósitos de chantaje hallaron suculento asidero... Pero Francisco José no era pájaro tan tierno como creían. Expresó fríamente que podían hacer "lo peor que se les ocurriera" -palabras de melodrama- y abandonó la casa para tomar su coche que lo llevaría a Monte Carlo.

Allí estaba otra vez la rubia, quien volvió a ingeniárselas para que su real amigo le refiriera las circunstancias del asunto...

-UD. debe regresar a Viena en seguida -díjole ella- no se atreverán a seguirlo, y cualquier historia que quieran divulgar no será creída por nadie -comprendiendo la sensatez del consejo de la muchacha, el Emperador hizo empacar sus bártulos y disponer un tren especial para Viena, en el cual -debo añadir- se reservó un asiento para la rubia sirena. A la mañana siguiente cuando el jefe de la pandilla de truhanes concurrió al hotel con objeto de cerrar sus mallas extorsivas alrededor del soberano, halló que éste no era ya huésped de la Rivera.

Abandonando toda discreción, el sujeto se encaminó a Viena, y allí procuró obtener una audiencia del monarca en su propio palacio. Enterado éste de la llegada del hombre, puso en movimiento los

mecanismos de su real voluntad: el hombre fue arrestado y sin dilación conducido a una fortaleza de Hungría, donde permaneció más de tres meses, al cabo de los cuales envió una carta al monarca manifestando que había perdido la memoria; días después Francisco José ordenaba su liberación, con lo cual termina este episodio entre trágico y grotesco de la vida amorosa del emperador de las Austrias. Diré que los detalles del caso me fueron referidos por el mismo truhán, así como por el Jefe de Policía de Mónaco.

Hablando de chantagistas, yo mismo fui una vez objeto de la atención de un par de hábiles granujas, quienes trataron de extorsionarme para que aceptase ayudarles en su plan de estafa al Casino. Había sido lo suficiente tonto para aceptar una noche el regalo de 10.000 francos que me hiciera un acaudalado americano, en el mismo Casino. La suma recibida tenía su origen -y explicación- en un librito muy curioso y antiguo que yo había vendido al hombre, que trataba de pretéritas formas de juego; pero cuando se amenazó acusarme, de haber recibido ese dinero como pago por "favorecer" al americano en sus jugadas, estaba ya éste al otro lado del Atlántico, y no podía, en consecuencia, servir de testigo material en mi defensa.

La pareja extorsionista -hombre y mujer, ambos franceses- vino a mi casa una noche, y recordándome el asunto, me amenazaron con ponerlo en conocimiento de la administración del Casino, lo que significaba, claro está, mi despido. Aunque no había verdadero fundamento en sus acusaciones, era presumible que lograrían sus propósitos, y me devanaba yo los sesos buscando una escapatoria.

-¿Cuánto quieren ganar Uds.? -inquirí.
-No le pedimos dinero -respondieron- sólo ayuda.
-¿Ayuda?
-Sí... Tenemos un pequeño plan...

Comprendí al instante; buscaban mi complicidad para estafar al Casino, como ya otros muchos lo habían intentado antes. Con rapidez tomé la única decisión que podía salvarme.

-Los ayudaré por una tercera parte de las ganancias.
-Aceptado -dijo el hombre-. Y ahora voy a explicarlo...

Y la pareja entró en los detalles del plan, el cual era ciertamente ingenioso, y con mi ayuda de "croupier" hubiese logrado, de seguro, amplio éxito. Accedí a comenzar esa misma noche, y apenas salieron, tomé mi sombrero y me precipité a un taxi. Al llegar al Casino me encaminé directamente a entrevistar al Director; apenas traspuse el dintel de la oficina del personaje, entré en materia sin omitir el más mínimo detalle. La respuesta fue escueta y consoladora:
-Me complace cómo UD. ha sorteado el enredo, Ketchiva -dijo- desde luego que acepto su palabra en todo. Proceda esta misma noche como convino con la pareja, nosotros nos encargamos del resto...

Y así esa misma noche inicié por vez primera en mi vida, un juego tramposo, obedeciendo a la señal que me impartiera mi "cómplice" al otro extremo de la mesa. Mientras tanto cuatro detectives sentados en diversos asientos alrededor de la mesa, seguían las alternativas del juego... Cuando la pareja se levantó para abandonar la sala fueron arrestados, y al día siguiente puestos en la frontera del Principado...

CONCLUSION

y ahora ya me parece oportuno llevar esta historia de mi vida de "croupier" a su término. He intentado mostrarles los entretelones del juego desde el "ángulo" del banquero... enseñarles toda la iniquidad y la vileza de los Casinos del mundo, tal como fueron observados por las pupilas de un hombre que durante más de veinte años sirvió a sus órdenes. Si he logrado rescatar un solo peso de los UD. pensaba apostar a la ruleta, el bacarat, "chemin-de-fer", o a cualquier otro de los juegos que se practican en los Casinos, mi esfuerzo por redactar estas confesiones se verá ampliamente

compensado.

Recordemos la ya citada frase de Talleyrand: "De todas las emociones humanas, ninguna es tan fructífera en vilezas e inmoralidad como el juego.
Palabras más verdaderas, repito, jamás fueron pronunciadas.